

#TextosAislados

Crónicas de la **pandemia**

Compilación de
Jaime Garba
Alejandra Quintero
Francisco Valenzuela



BLIBROS



#TextosAislados

Crónicas de la pandemia

Compilación de

Jaime Garba

Alejandra Quintero

Francisco Valenzuela

#TextosAislados. Crónicas de la pandemia

©Compiladores: Jaime Garba, Alejandra Quintero y Francisco Valenzuela

ISBN: 9798527936940

Coordinación editorial: Roger Michelena @Libreros

Corrección: Jorge Gómez Jiménez @CorreccionT

Diseño y diagramación: Mariano Rosas @booksmakers

Primera edición: mayo de 2021

Copyright© de la presente edición: FB Libros C.A.

FB Libros: 58+424.1158066

ficcionbrevelibros@gmail.com

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

A manera de introducción

Como muchas cosas de nuestra modernidad, todo comenzó con un tuit. Fue en marzo del 2020 cuando ante una pandemia que ya mostraba su letalidad y capacidad de contagio en Asia, Europa y que en América hacía presencia gradualmente, percibí algo en las redes sociales. Las fotos de la vida allá afuera disminuyeron y en su lugar *post's* de carácter más introspectivo y catártico, comenzaron a aparecer en los time line. Las cuarentenas iniciaban y la imposibilidad de continuar con nuestra existencia tal como la conocíamos nos introdujo a una realidad compleja. Entonces fue que me pregunté cómo vivirían el encierro los demás. Si las vidas de por sí son plurales, también sería el enclaustramiento, pensé. Así que planteé en un tuit, como una botella lanzada al mar, la posibilidad de un ejercicio catártico a través de la escritura: contar los días en aislamiento. Pudo haber quedado en una idea de flama baja que se apagara en el confundimiento de tantos tuits que pretenden trascender, sin embargo, un escritor al que respeto se unió a la iniciativa, impulso suficiente para lanzar invitaciones a escritores, artistas, lectores, amigos y posteriormente recibir propuestas de aquellos que leían los *#TextosAislados* ya publicados. Para esto apelé a la colaboración de mis grandes amigos de la revista virtual mexicana *Revés Online*, periodistas comprometidos con la cultura y el arte que cobijaron el proyecto de manera inmediata en su plataforma. Allí, casi a diario y durante cinco meses, las palabras de quienes escribimos nuestras crónicas se encontraron con lectores de todo el mundo. Aquí me detengo para agradecer especialmente a Francisco Valenzuela y Alejandra

Quintero, los editores de *Revés*, porque, como decimos acá en México, le entraron “al quite”, invitando a más personajes y corrigiendo los textos. Sin ellos, esto no hubiera sido posible.

En estas páginas el lector se encontrará con un abanico de historias, emociones, percepciones e ideas, de geografías tan distintas como concordantes, cuya hermandad consistió en un virus que hasta el día de hoy ha matado a millones de personas, arrebatándonos a familiares, amigos, compañeros, conocidos... despojándonos de la estabilidad económica, emocional y social. Cada texto es en sí mismo testamento de los primeros meses de la pandemia, que incluso a un año sigue mostrando dinámicas similares y atípicas que creímos pronto dejaríamos atrás para recuperar la normalidad. Hoy sabemos que esa normalidad no regresará y estas palabras son constancia de la transformación del mundo. Que el sufrimiento, la angustia, el desconcierto, pero también la fe, la alegría, la compasión y la intimidad de cada autor, sea vehículo presente y futuro para analizar desde la creación y la crónica, esta pandemia.

Quiero agradecer con todo mi corazón a todos y cada uno de quienes ofrecieron sus compartimientos de manera desinteresada, cumpliendo con profesionalismo tiempos de entrega mientras sorteaban las complejidades propias de las circunstancias. La historia les recompensará. También nuestra gratitud a *FB Libros* por ser el editor de esta compilación: es el formato de libro un nuevo impulso al que estaba destinado a llegar.

Que el bienestar los acompañe a cada uno.

Jaime Garba
Michoacán, México a 17 de marzo del 2021

El nuevo virus, la nueva era

Maggie Paredes Marín

Mientras escribía la historia de la semana acerca de mi bello Catemaco, escuché en las noticias que un nuevo virus brotó y se expandía por varios países. Jamás imaginé que llegaría al mío, a mi querido México.

Desde la delicadeza y brutalidad, porque así se siente vivirla, desde la esperanza y desesperanza; con la palabrería del Jefe de Estado que encomienda la salud pública a dos imágenes religiosas, y el actuar de las personas aún conscientes que -desde el amor de sus palabras, escritos y acciones- le regresan el aliento al futuro que ahora se admira lejano e incierto para la humanidad.

Leo las noticias de cada día a través de diferentes medios de comunicación esperando una buena o una mala. Como moneda lanzada al aire y el deseo de escuchar al fin que enhorabuena se ha encontrado la cura. La alegría se aviva cuando de repente te encuentras con el video de una pareja bailando *Cheek to cheek* desde el balcón de algún departamento mientras viven la cuarentena obligatoria que su país ha impuesto como medida extrema para evitar contagios y más muertes, porque sí, es desolador lo que este virus vino a hacer.

Mientras leo muerte, llega una carta que anuncia vida, vida en el vientre de la tan querida y allegada prima María.

Atendiendo las necesidades que implica no arriesgarse, tomo la decisión de salir al supermercado para comprar raciones extra de lo que comúnmente se acostumbra -por si las cosas no van mejor en

los días venideros- y entonces tener provisiones para no tener que salir. Evitar aquellos lugares que nos llenan de gratitud por el miedo fundado de que podemos contraer el virus.

Las enfermedades históricamente han abatido a la humanidad y algo bueno hay en ellas, siempre sale victorioso el ser humano y en algún punto del tiempo se levanta y vuelve a empezar.

Por el momento, lo escrito con anterioridad es el día a día de una mujer con las emociones a flor de piel, desnuda ante la incertidumbre y cobijada con la fe. Les dejo saber que para esta historia yo me he adelantado al final, fantasioso, quizá, pero con la certeza de que todo mal acabará.

Después de la penumbra:

La tarde estaba tranquila, ya no había ajeteo alrededor y las personas tenían un semblante más sereno. Los pájaros resonaban en los árboles y las ardillas se paraban en las ventanillas de la cocina a observar. Las pelotas rebotando y los niños riendo en las calles, nunca añoré tanto eso como hoy.

Me dispuse a salir y disfrutar de todo ese espectáculo. La carretera que por años manejé estaba llena de árboles tirados, tenía grietas tan grandes que por un momento podías pensar que te llevaban al otro lado del mundo o al centro de la tierra que Julio Verne describió con tanta fantasía. La caminata me llevó a uno de los jardines más bellos que el pueblo de Andalucía tenía, de niña me llevaban mis padres a contar las hojas que habían tirado los árboles por la entrada del otoño.

Todo estaba más tranquilo y más sano, la brutalidad humana casi nos extingue y como consecuencia nos tuvimos que aislar durante dos años.

Mientras avanzaba por las calles, vi personas llorando en algunas esquinas y recordando lo felices que fueron antes de aquella catástrofe que nos aconteció y abatió. Otros más acariciando recuerdos de los difuntos que no pudieron velarse debido a las contingencias tan graves que se vivieron.

A lo lejos observé a la señora Manuela; veía con tal melancolía las margaritas del jardín. Todos sabemos que su finado esposo, el señor Leonel, le regalaba cada mes un centenar que dejaba adornado el negocio que tenían de licores, el señor murió tres años antes del desastre, aún así, supongo que recuerdos como ese nunca se van.

Solo me quedaba reconocer que ante tanto desabasto de esperanza, la vida nueva comenzó y se dio a conocer, pareciera que las plegarias habían sido escuchadas, y la fe que se había quebrado junto a los edificios viejos y abandonados había tomado un nuevo rumbo.

Qué bueno que estamos una vez más aquí, para derrumbar la penumbra.

Pachuca, Hidalgo, marzo del 2020

Presente permanente

Santiago Roncagliolo

Ahora, por ejemplo.

Cada miembro de mi familia se encuentra en un lugar diferente. Mi hija asiste a una reunión social con sus amigas. Mi hijo está dirigiendo al Atlético de Madrid en los cuartos de final de final de la Champions. Mi esposa trabaja en el ayuntamiento de una ciudad vecina. Y yo investigo para una historia ambientada en el siglo XVII, un tiempo que ahora parece mucho más lejano que hace una semana.

Afortunadamente, en esta familia, cada miembro tiene una computadora. O un teléfono. O una Playstation. En las comidas, nos reunimos a narrar cómo van nuestros universos paralelos. Mi hija está llena de anécdotas sobre todas sus amigas, con las que reúne en la aplicación House Party. Tienen tanto de qué hablar entre ellas que me pregunto si están saliendo por las noches a escondidas a alguna discoteca. No sé qué se puede contar durante el día entero sin salir de casa.

Por su parte, mi hijo está negociando para fichar a Neymar. Hace unos días, distinguíamos entre su Champions y la real, la que se transmite por la tele. Ahora sabemos que era solo una cuestión de pantallas. En realidad, la de mi hijo es la única copa verdadera, porque a diferencia de la otra, la suya sí se está jugando.

Si les preguntas, los chicos quieren quedarse aquí para siempre. O al menos, hasta que se acaben los capítulos de Merlí, que vemos juntos por las noches. Es una serie muy extraña, sobre

adolescentes que van por la calle sin que los detenga la policía, y se reúnen en un lugar llamado “instituto” donde, al parecer, están permitidas las aglomeraciones. Nadie lleva mascarilla ni guantes, y estoy seguro de que su grado de contagio se volverá exponencial en cualquier momento. Irresponsables.

Para hacer ejercicio, en casa ponemos el juego Just Dance. O lo ponen los demás, porque yo me hice daño en la espalda en la primera sesión, y ahora no puedo bailar. Me he lesionado bailando calypso en la sala de mi casa. Nada me había hecho sentir tan viejo. Pero normal. En estos días, todo se ha vuelto anticuado, perteneciente a un tiempo que ya no existe.

En mi retiro temporal de las pistas de baile, mi opción de relax es la cocina. Soy más ecológico que nunca, porque nada puede desperdiciarse. Un plato tirado a la basura es un viaje adelantado al supermercado, lo que incrementa la posibilidad de contagio. Además, privilegio los productos frescos para llenar las horas. El estofado de hoy me tendrá pelando papas y zanahorias toda la mañana. Así habré consumido un poco del tiempo que me sobra.

La verdad, paso bien el tiempo aquí adentro, sin obligaciones ni estrés. Disfruto de los míos. Y tenemos un balcón donde desayunamos bajo el sol, lo cual es, en estos días, como tener una playa privada.

Trato sin éxito de no mirar la cifra de muertos en las noticias: 1,300 en España, 10,000 en el mundo. Trato sin éxito de no pensar en el futuro.

Las fuentes de ingresos allá afuera se van cerrando. Los proyectos vitales pierden sentido.

Pero yo resido en esta burbuja, pensando a cada instante que, hasta ahora, todo va bien.

Barcelona, marzo 2020

Días cortos, noches largas

Carmen Boulosa

Salvo excepciones (biblioteca, avión, sala de espera) escribo en casa. El encierro es lo mío. Me gusta, y mucho. Nunca me alcanza el tiempo. Los días se me hacen cortos.

Estos días de encierro obligado no debieran alterar mi rutina. Sí, me privaron de lo planeado para celebrar la traducción al inglés de una novela (*El libro de Ana*), con ansiedad y con alegría esperaba la presentación con Siri Hustvedt el 14 de abril en The Fiction Center de Brooklyn, la feria del libro de *Los Ángeles Times*, el diálogo con mi querido Phillip Lopate en la McNally de Soho —¡qué fiesta!-, entre otros broches de oro. Hubiera sido padrísimo.

Esas cancelaciones sólo han hecho la rutina más rutinaria: no me alcanza el tiempo -es lo de siempre-, los días, desde hace ya unos años, se me han vuelto cortísimos. No lo entiendo por qué. Siento que me tocan días más cortos, más estrechos, menos flexibles. Trabajo, trabajo y no parece que trabajo.

Las noches son otra cosa. Las noches se me han vuelto largas, duerma poco, o duerma como la gente, son noches densas, espesas, difíciles de cruzar. Qué noches, temibles.

En parte porque estos días de encierro (o de subrayado de la rutina), me cuesta aún más trabajo dormir. Eso que se da entre el sueño y la vigilia, ese trechito de vida tan indescifrable en el que apenas se asoma, como de puntitas, un tipo de conciencia oscuroluminosa que mucho tiene que ver con Los Otros —con ustedes-, con la vida

#TextosAislados

comunitaria, con lo que está pasando (y muy a menudo también con lo que estoy escribiendo, trabajando) se me ha vuelto zona de guerra. Preciso: se me ha vuelto zona de muerte. No: se me ha vuelto zona de enfermedad. No: zona de ansiedad. No: zona intransitable.

¿El fantasma del coronavirus se ha colado ahí? ¿El fantasma del asombro colectivo, la incertidumbre, la inestabilidad económica, la desazón, los cadáveres, la fragilidad? Presentes, todos presentes, de noche, mientras que de día (en estos días míos flacos y rígidos) sigue la vida, tal cual.

Coyoacán, Ciudad de México, marzo del 2020

Notas sobre el miedo

Amanditita

Desde hace más de diez años vivo entre la Ciudad de México y los Ángeles. Aunque por períodos más largos geográficamente estoy en los Ángeles, realmente vivo en México, porque creo que uno vive en el lugar en el que piensa y le pertenece al lugar al que ama.

Me tocó salir de Los Ángeles el jueves 12 de marzo. Cuando llegué al aeropuerto todo estaba en calma, uno que otro llevaba máscara desechable, no había gel desinfectante en las tiendas, pero fuera de eso todo corría con normalidad.

Cuando subí al avión, comenzó a llover y la turbulencia nos acompañó todo el camino.

Soy una persona muy miedosa, tengo miedos lógicos y otros irracionales.

Unas semanas después del terremoto del 19 de septiembre del 2017, que me tocó sola en un hotel en la Ciudad de México, experimenté un miedo que no había sentido nunca. Un miedo corporal comenzó en el pecho y llegó a mis piernas, paralizándome; lo único que funcionaba era mi mente diciendo incesantemente que estaba a punto de morir.

No pude dar un paso, logré sentarme en el piso junto a unas escaleras eléctricas y me quedé ahí por más una hora; las lágrimas corrían por mi rostro paralizado. No sabía si era una embolia o un

pequeño infarto. Después de hacerme análisis y tomar terapia varios meses, descubrí que mi cerebro simplemente no pudo contener más el peso de toda mi angustia, de todas mis preocupaciones, de todas mis alucinaciones terribles.

Me da miedo el temblor, me da miedo ir sola en el Uber, me da miedo que se enojen conmigo, hacer mal mi trabajo, me da miedo que la gente que amo sufra. Me da miedo que se caiga el avión, me da miedo no escribir bien, me dan miedo los incendios, me da miedo no ser inteligente. Me da miedo no dormir y me da miedo cuando duermo catorce horas, me da miedo lastimar a la gente que quiero, me da miedo que me lastime la gente que quiero. Me da miedo tomar alcohol, me da miedo enfermarme, me dan miedo los medicamentos para el miedo, me da miedo perder esta conexión con mis sentimientos oscuros que son el revés de mis sentimientos luminosos.

Prefiero no tomar nada y pasar días de la chingada porque es tan real como el miedo que tengo días hermosos, que hay días donde despierto llena de vida. Siento tanto amor y una gratitud por la vida que por unos momentos me siento inmortal y segura.

Después del aquel ataque de pánico he lidiado con un miedo nuevo, el miedo a que vuelva a repetirse, pensar qué pasaría si me paralizó en medio de una calle o en un escenario. Odio aquel recuerdo y sin embargo lo aprecio, porque he aprendido mucho. No solo volví a salir, volví a tocar, soy una persona distinta, ahora hasta tomo un chingo de café, lo que está mal, ya lo sé.

El 12 de marzo al bajar del avión y prender el celular todos estaban completamente alarmados, como si durante mis tres horas de vuelo hubiera estallado una guerra.

“Cúbrete la boca”. “No saludes a nadie”. “No estés en la calle”.

Era extraño, había viajado para recorrer las calles, al día siguiente me encontraría con Ednica, una fundación que defiende los

derechos humanos en la niñez y juventud de niños y jóvenes que trabajan y sobreviven en la calle.

Iríamos a la colonia Morelos, a Indios Verdes, a la Candelaria.

Ellos nos estaban esperando y para mí, llegar a mi cita era muy importante.

Entonces tomé una decisión, la decisión de que dentro de mi cajonera de miedos ya no había espacio para un miedo más, no importaba ni la presión social, ni la realidad puntualizando en la desgracia, yo no iba a retroceder.

“Es muy importante en mi viaje personal no abandonarme ante esto”, pensé.

Y continué mis días con esa conciencia.

Estuve contenta, de pronto parecía que estaba viviendo en otro mundo, un mundo alterno, un mundo que no se destruye tan fácilmente.

Recibí ataques de mucha gente por internet, conocidos y desconocidos me reprochaban por seguir adelante y no recluirme. Ciertamente lograron debilitarme y me entristeció mucho darme cuenta lo separados que estamos. No nos separa un metro de distancia, nos separan kilómetros y no me parece una casualidad que se materialice una enfermedad que señale lo lejos que estamos los unos de los otros.

¿Y si sobrevivimos a la pandemia sobreviviremos a la enemistad?

Una noche antes de volver a Los Ángeles, mi querida amiga Denisse me preparó un tazón con frijol, arroz y chile. Nos reíamos en la cocina a las casi a las 4:00 AM. Me sentí tan afortunada de estar con ella, sabía que pasaría mucho tiempo antes de estar con una amiga.

Unas horas después aterricé en Los Ángeles, parecía una película de zombis, encontré una ciudad casi desierta.

Prendo el celular, de nuevo noticias alarmantes, gente que quiero ya está contagiada; y me pregunté ¿qué pasaría si nunca nos pudiéramos abrazar de nuevo? ¿Besar a alguien se convertirá en un acto revolucionario y estúpido?

En casa me comprometo con la cuarentena. Organizo mis necesidades a mis recursos. Guardo en una caja mis lentes de sol, en una maleta guardo mis zapatos de salir, en otra caja mis maquillajes... y los refundo en el closet.

En los lugares protagonistas de mi habitación pongo mis colores, mis cuadernos, mis libros favoritos y los que no he leído; es extraño pero siempre compré libros pensando que un día podía pasar algo así.

Me siento en la orilla de la cama con ganas de llorar y recuerdo uno de los primeros capítulos de *La Peste* de Albert Camus.

Es un momento donde apenas comienza la peste. La ciudad está llena de ratas muertas, aún no se sabe con exactitud qué sucede, pero se presiente lo peor ante los primeros muertos.

Es ahí donde ocurre un diálogo entre un doctor y un ciudadano. El ciudadano le pregunta al doctor si los símbolos mortales no le inquietan y el doctor responde:

“Lo único que me interesa es encontrar la paz interior”.

Los Ángeles, California. Marzo del 2020

Este momento, esta pausa

Paulina Vieitez Sabater

Los animales han tomado las calles, rondan, curiosoan. Millones de seres humanos observan atónitos desde sus ventanas. Descubren que ya no tienen poder sobre ellos. No hay un gobierno superior, no hay contacto posible. En su confinamiento el hombre se ve obligado a mirarse. Habría de ser suficiente, como antes, solo verse. Pararse frente al espejo, acomodarse el pelo, arreglarse. Hoy no. Tiene horas para descubrirse nuevos lunares, revisar sus cicatrices, repasar el camino de sus arrugas. Ha llegado el momento de la pausa.

Maravillados, dos astronautas observan que han aparecido brotes de verde en la tierra, y agua. Alguien les hace saber que en efecto algo en el planeta ha cambiado. Hay una huella real en el cielo, de un azul profundo, que contrarresta a la de carbono.

¿Será cierta la teoría que circula de que era urgente liberar al virus, provocar la limpia, forzarlo todo, parar al mundo? Se lo plantean los medios, los líderes políticos preguntan, teorizan. ¿Vendrá de aquello a lo que tanto han temido, de lo advertido por filósofos y líderes religiosos? Ese llamado despertar de la conciencia colectiva, despertar del hartazgo, gestar la rebeldía hacia lo injusto, hacia lo insoportable.

Parecería imposible pensar, en principio, que el confinamiento no potenciara aún más al ego, la necesidad de la preservación individual o en todo caso de la familia nuclear, forzada a reunirse, a

enclaustrarse en un pequeño espacio y a mantenerse sana alejándose de los ajenos, de los que no conocen, de quienes han viajado al extranjero.

Pero los espontáneos gestos en comunidad, la tecnología que mejor usada ha traspasado las manos del usuario único para volverse facilitadora de múltiples conversaciones en línea, de registro de casos en localidades, de conteo mundial, ha provocado la real cercanía virtual (si es que el término cabe), comprobando lo contrario, que el grito al unísono por fin es escuchado.

Sucede entonces que en la sala de una casa una pareja vuelve a ser capaz de hacer el amor. Una vecina solitaria recibe una bolsa de víveres en su puerta y una nota de cariño. El *influencer* se da cuenta de que no todo sucede en las pantallas, que necesita la compañía de su hermano, de su clan, y que lo que pasa en el seno íntimo de un hogar sin que todos miren, sabe mejor. Una enfermera ve por primera vez con más compasión a sus pacientes y el médico comprende que no son solo una cifra. Los telediarios deciden frenar la transmisión de contenidos violentos para dar paso a historias de curación, a meditaciones, a reflexiones que aportan, que presentan la otra cara de lo que es ser humanos.

Los jóvenes se comunican para prevenirse, para darse consejos, para no sentirse solos. Se envían canciones, descubren la poesía. Un padre regularmente ausente, se ve obligado a preguntarse cuándo habrá sido la última vez en que jugó con sus hijos, en que miró sus ojos y se descubrió a sí mismo niño. La madre de familia, limpiando es que descubre un libro de su infancia, un álbum, aquellas cartas olvidadas. Se acerca a la abuela el nieto que nunca conversaba con ella, la llama, le da tiempo, uno largo y sincero, que ella aprovecha para desahogar su soledad y recontar la historia familiar. El director que regresa solo a la oficina extraña a su gente, el jefe de la fábrica por fin comprende que los trabajadores merecían un descanso, regresar a sus familias, no ser explotados.

Poco a poco todo se limpia: los suelos, la atmósfera, el viento, el alma humana. Los espíritus, por llamar de algún modo a la fuerza vital, al aliento de ser, recuperan su capacidad de aquietarse, de guardar silencio, van ganando paz.

Se revela el antídoto descubierto, el gen SIRT6, es el único capaz de enfrentarse al virus, de frenar la pandemia. Tiene que tomarse de los ancianos, en una metáfora increíble y mágica de lo que está sucediendo. La respuesta de todo la tienen ellos y es así como vuelven a ser útiles, valiosos. Una gotita de sangre de cada uno es capaz de curar a sus hijos y a sus nietos, a propios y extraños, menores a 65 años.

Por fin comprendemos, por fin este momento, por fin esta pausa nos quita el velo, nos sacude, nos recoloca, nos obliga a ser corresponsables de lo colectivo y responsables de nosotros mismos. Todo vuelve entonces a su cauce, al curso que deben tener los siglos por venir, a la preservación del ser antes que el tener, para que lo pequeño, lo frágil, lo casi invisible, el paraíso imperceptible que llevamos dentro, nazca de nuevo, modifique y sane, reverdezca y coloque a cada cual, a cada creatura, en donde tiene que estar.

Desde mi departamento en CDMX mirando
el cielo y lo verde desde mi ventana.
Acompañada de mi madre de 84 y de mis
dos hijos, de 13 y 19.
Hasta ahora estamos sanos, estamos juntos.
Dedicado a la abuela de esta casa y a
los ancianos del mundo.

La vida simple pero feliz

Silvia Fernández

Trabajar en casa no es nuevo para mí. Desde hace seis años he tenido la fortuna de poder elegir ir a la oficina o quedarme en casa para trabajar. Al principio aquella flexibilidad me resultaba oro, porque vivía con mi entonces novio y me permitía trabajar mientras esperaba al técnico del teléfono o el cable. Además, me daba la oportunidad de ir al mercado en mi tiempo de comida, todo para que cuando él volviera a casa pudiéramos hacer lo que fuera y desentendernos de esos pendientes. Ha sido muy conveniente y cómodo administrar mi tiempo.

Durante todo ese tiempo la gente siempre me decía la típica frase: “qué envidia, tú que puedes”. Pero últimamente me doy cuenta esa misma gente con trabajos que pueden encajar en esta modalidad y que ahora están viviéndola, no es tan feliz. Tal vez la promesa de no bañarse las mañanas frías si no es necesario y quedarse trabajando en pijama no es para todos. Para trabajar cómodos en casa, hay que tener horarios, cierto nivel de disciplina y personalidad a la que no le importe perderse días de extroversión.

Esta comodidad tiene garras afiladas, pero casi imperceptibles, y sucede que todo puede resultar un gran distractor si no hay la suficiente disciplina. Es en ocasiones también tentador para cancelar planes, dar vueltas constantes a la alacena para descubrir si desde la séptima vez que la abrimos -hace tres minutos- ha aparecido un chocolate nuevo, unas piñas con chile o unas gomas de mango con

chile. Nos volvemos sedentarios en niveles cómodamente peligrosos.

Llevo seis años aprendiendo a conocerme el modo “Godín” en casa y saber si por la carga de trabajo ese día resultará mejor trabajar en silencio absoluto, con música, buscar un *podcast* o sólo hablar con los gatos. Aprendiendo además a calcular a qué hora pasa gritando frases ininteligibles el señor del gas (la verdad creo que nunca grita “Flamamex” como debería y se divierte gritando “la mameeé”). O el del hierro viejo, los tamales o el camión de los aguacates, para cerrar o no las ventanas a la hora de mis llamadas programadas.

También aprendí que en la fonda de la cuadra de enfrente siempre llegará alguien con marimba o a cantar; aquella es mi señal para pensar en la hora de la comida y qué prepararé para cuando el hambre llegue. Me sé los sonidos de mi calle muy bien, sonidos que han ido desapareciendo estos días de aislamiento y le van dando más espacio a los pájaros que viven en las copas de los árboles frente a mi balcón. Me gusta esa calma, tanto como me gusta saber que esta es una oportunidad que la gente está tomando para tejer cadenas de apoyo local donde la gente se acerca a sus negocios de confianza para comprar bonos y ayudar con los gatos del personal, el local y lo que vaya a venir.

Cadenas de gente que está poniendo sus contenidos abiertos con transmisiones en vivo por las mañanas de las rutinas del día. La receta saludable para la tarde, la lista de actividades para entretener a los críos en la casa. Las editoriales que están liberando textos gratuitos, la chica que cuenta cuentos en línea y que da un respiro a quienes están en el hogar trabajando, y además tienen que hacer malabares de horarios y actividades de casa. Gente que usa las redes sociales para publicar sus dibujos y conocer el trabajo de los demás. Individuos que bajan los costos de sus talleres en línea. Quien conoce a sus vecinos porque se ofreció a apoyarles con las compras y quienes han empezado a mantener más contacto por medios digitales con otros afuera para ayudar a superar los ataques de ansiedad o pánico.

Al final, los siguientes nueve meses son inciertos, y puede ser que todo se sienta muy irreal, pero será un periodo de aprendizaje del entorno cercano y de recordar cosas que habíamos olvidado de nosotros y de la vida simple, pero feliz. De bajar el ritmo, respirar lento y apreciar esos metros cuadrados por los que hemos –seguramente– pagado un dineral. Podremos redescubrir si estamos viviendo con o sin la gente adecuada, sabiendo que pocas cosas son tan importantes como la salud y la tranquilidad.

Ciudad de México, marzo del 2020

Diario de una escritora con depresión en remisión

Margarita Posada J.

DÍA 5 o -2

Mis rutinas no cambian mucho. Siempre he trabajado desde casa y salgo solamente a hacer largos paseos con el perro y a tomar café con algunos amigos o colegas con quienes esté trabajando en algún proyecto. Faltan dos días para que se declare el simulacro pero yo ya he decidido aislarme voluntariamente luego de volver de un viaje a Cali en el que no sólo estuve en aeropuertos y en aviones, sino que fui a un hospital a dar una charla sobre salud mental y luego regresé a Urgencias de ese mismo hospital para que me cosieran puntos en una herida producto de mi imprudencia en una gresca de mi perro con el de mi amigo.

Mi ímpetu por informar antes que ser informada hace de las suyas. Estoy tratando de alertar a todo el que puedo a través de las redes para que asuma su cuarentena sin necesidad de leyes, pero al tiempo estoy criticando al gobierno de turno y los veo perpleja mientras avisan de medidas que son como pañitos de agua tibia para curar una enfermedad letal.

Me impaciento, me exalto, me sobreactúo. Discuto con una amiga que trabaja en la alcaldía y me pide que no difunda el numeral #DeSimulacroAcuarentenaYa. Recibo información, videos, audios.

Vivo metida en Twitter para seguir de cerca cada cosa que sucede en el mundo.

Decido que me voy a ir a la finca de mi familia en Cachipay. Pero mi hermano me dice que él va en camino con su esposa y sus hijos y que le da mucha pereza tener que oír a mi perro ladrando todas las mañanas (es un gran danés que ladra una vez a la semana, por mucho). Sale lo peor de todos. Me enfurezco y me desespero (al final nos contentamos. Todo es irrelevante mientras estemos en esto), hasta que empiezo a soltar y a recordarme que el lugar en el que estamos siempre es el correcto aunque no lo queramos aceptar.

Cuando salgo con el perro, oigo los pájaros y veo la ciudad convertida en fantasma. Caigo en cuenta de que estamos viviendo en una película de ciencia ficción. Todo es posible. El perro me dice con su mirada “esto no es un paseo de verdad”. Pero él también va adaptándose a lo que hay. Se queda quieto en la puerta del apartamento a que salga a limpiarlo con agua y vinagre y le desinfecte las patitas. Luego espera a que le dé permiso de entrar. Flojito y cooperando, como deberíamos ya estar todos.

DÍA 7 o 1

Por fin el gobierno está anunciando que la cuarentena seguirá al simulacro de mi ciudad en todo el país. Pienso en mi empleada primero que todo. Le aseguro que recibirá su pago del diario aunque no venga. La llamo, la tranquilizo. Empiezo a utilizar todas las herramientas que mis encierros por la depresión me han dado para sobrellevar un momento como este y ayudar a otros.

Empiezo a aflojar, a entender que yo sólo puedo hacer mi parte, que no puedo decidir por nadie y que, si bien me he propuesto no seguir replicando mensajes llenos de pánico y de ansiedad, es muy factible que otros me los envíen, así como las mil cadenas de

oración y distorsiones personales de cada ser humano sobre Dios, porque cada quien está lidiando con esto como puede.

Mi sobrino me llama a contarme que se encontró a mi papá muy tieso y muy majo por las calles del pueblo en el que viven. Lo adelantó en su moto, se le cerró y lo mandó para la casa como él me obligaba a mí a entrar a la hora de la cena cuando tenía doce años y jugaba en las calles de mi barrio. Las vueltas que da la vida... Recuerdo aquel verso de Rafael Pombo:

-¡Muchacho, no salgas!- le grita mamá pero él hace un gesto y orondo se va.

Van a morir personas de su edad, vamos a morirnos muchos, puede que sea yo, o el vecino o mi mamá. Qué certeza más absoluta, incluso antes de la pandemia. Nunca la tenemos tan presente como cuando es visiblemente inminente, pero es inminente a cada respiro. Siempre me acuerdo de un cuento que echa Thomas Lynch (poeta y enterrador), que va a una gala de poesía y su amigo que perdió a su hija de tres añitos recita un poema de una línea tres años más tarde que dice:

Katherine, We Die (Katherine, nos morimos.)

Así se llamaba la chiquita a la que nunca le alcanzó a explicar la muerte... así llega incluso estando viejos supongo: Nos morimos. Cuando realmente estamos indefensos ante el miedo es cuando nos damos cuenta de que nuestra voluntad está en manos del universo, de dios, del azar, como cada una lo conciba.

DÍA 11 o 5

El país lleva tres días de simulacro y dos de cuarentena decretada. Me ocupo en mis cosas de siempre. No tengo un peso y he vivido siempre muy al día, así que lo que menos me preocupa en este momento es qué va a pasar con la economía. En lo que a mí respecta, ayudar a los que tengo más cerca y dejarme ayudar es lo que importa.

Del año entero en que llevo compartiendo este apartamento con mi amigo Simón, hemos compartido a lo sumo cuatro o cinco comidas sentados a la mesa. Ahora compartimos a diario. Nos consentimos mutuamente, nos alternamos las labores, nos repartimos el miedo y vamos piloteando todo en equipo, con su gato y con mi perro.

Dicto mi clase de escritura *online* y embarco a mis alumnos en ejercicios que los saquen de la angustia. Escribir es terapéutico. Ya tengo implementadas varias reuniones familiares y de amigos muy cercanos en las que nos vemos y conversamos, más que de la situación, de lo que hicimos en el día, de lo que cocinamos, de lo que leímos, de la serie que vimos. Intentamos estar conectados hacia adentro. Les ofrezco una clase de yoga *online* a mis amigas.

Dejo de ver noticias. Limito mi consumo de redes. Procuro más silencio. Me doy cuenta de que todo el dolor, todo el amor, todo lo que me ha pasado, especialmente sufrir de depresión y de agorafobia, me han traído hasta este momento equipada.

Siento que los otros están ahora en sintonía con mi manera de vivir. Otro amigo escritor me lo confirma: “les va a tocar aprender a vivir como nosotros”. Esto es como vivir con depresión, pero sin el ánimo enfermo aún.

Echo mano del yoga, de la respiración, de la rendición. Me recuerdo que la verdadera cárcel está en mi cabeza cuando no dejo fluir los pensamientos. Debo decir que me estoy jactando un poco de ser depresiva, porque nunca antes un depresivo le había servido tanto a la humanidad.

Tengo un mundo interior muy amplio, lleno de jardines colgantes, de ríos de creatividad, de pájaros y de amor. Lo compuse mucho durante mis días de hibernación gracias a la depresión. Antes sólo pensaba que esa experiencia me iba a servir para escribir y hacer que otros no se sintieran tan solos. Hoy veo que es una experiencia

que me está sirviendo para VIVIR AQUÍ Y AHORA. Me quito yo misma los puntos de la herida en la pierna y me digo: está sanando, todo siempre está sanando.

Bogotá, Colombia, marzo del 2020

Día dos

Julián Andrés Vargas

Seguramente en otro país, ciudad, barrio, cuadra y casa de esta “casa común” (como nombró el Papa hace algún tiempo el lugar donde habitamos) estén pasando por la medida de control y salud más oportuna en este momento: la cuarentena.

En Colombia, y en especial en la ciudad donde vivo (Santiago de Cali), no se ha determinado hasta el día de hoy (7 de marzo) el confinamiento absoluto. Las personas, en este país, tienen que tomar por iniciativa propia ‘el autoaislamiento’ como vía de seguridad y responsabilidad con los demás, porque nuestros gobernantes priman la economía y no la salud, sus intereses y no la vida.

¿Quién -en serio- díganme quién, pensaría que la forma de desobediencia ciudadana en estos momentos es confinarse voluntariamente y no asaltar la calle para pedir por lo que nos pertenece?, cuando hace unos meses las calles estaban coloridas, combativas y firmes en lucha por nuestros derechos, o mejor, por lo que nos arrebataron los que se mantienen en el poder. Estamos palpando esta distopía.

El día dos me atrapa en la sala de mi compañera de caminar, entregando pendientes laborales, bombardeado de información, sobrepensando la crisis y hasta el momento, respirando constantemente para que no me alcance un ataque de depresión y/o ansiedad.

Me atrapa sentado, leyendo y cuestionándome. Me atrapa sin ánimos (o con pocos), pensado en mi familia y queriendo terminar rápido el revolcón.

Cuestionándome -entre tantas cosas- el privilegio que, de alguna forma, tengo al estar en casa y poder “confinarme”. Muchas personas habitantes de calle no lo tienen. Cuestionándome por qué no se actúa por los más vulnerables: trabajadorxs informarles, trabajadorxs sexuales, habitantes de calle, presos, migrantes y muchxs más. Cuestionándome la sobredimensión en redes sociales del mismo confinamiento, donde se ven personas haciendo, rehaciendo y construyendo sus quehaceres en los hogares, con el afán de producir constantemente... mientras yo apenas puedo terminar a tiempo mis pendientes laborales y repensar esto de vivir. Cuestionándome la estrujada que nos pega el virus en nuestras formas de ser y vivir, nuestras formas de relacionarnos y la más importante, nuestra forma de concebir a los animales. Cuestionándome todo.

En suma, me atrapa la crisis, así como por décadas hemos ahorcado y violentado la casa común que ahora nos enseña por medio de un virus; donde acaba de morir un mundo para quizás, surgir otro.

Y esto, extrañamente, es el segundo día de encierro.

Santiago de Cali, Colombia, marzo del 2020

La realidad no era eso que pisábamos todas las mañanas

Teófilo Guerrero

Me despierto a las 7:00, pero no me levanto; tomo el celular o la tableta y comienzo a revisar la gran cantidad de trabajo que impone el “*home office*”, sin horarios, sin reglas, sin descanso. Desalojo algo de lo que tengo pendiente y me levanto de la cama para preparar café como todas las mañanas. Pero ahora no salgo. Limpio. Limpio el piso. Limpio el piso, la cocina, el patio, mi ropa, poco a poco sigo atendiendo las preguntas de los alumnos, un oficio urgente que hay que enviar, revisar lecturas, trabajos. Durante todo este tiempo mi cabeza no para de pensar, decir, imaginar. A veces creo que es remordimiento, a veces creo que es hartazgo, otras más me parece que mi cerebro, mi mente y la conciencia hacen un embotellamiento para que no extrañe la calle.

La calle no está sola, hay gente que camina, uno o dos carros, tres camiones atestados. Ni siquiera quiero pensar en la gente del camión, lo sucio de los asientos, los tubos grasientos, el polvo en el piso. Y luego la casa, limpia. El orden es una idea que me cruza por enfrente. Mi vida debería tener más orden. ¿Cómo será una vida ordenada?

Pienso mucho en mis hijos, ¿Que estarán haciendo ahora? Porque en el orden que todos piensan, en las películas y series las familias están juntas, la mía, no. Luego viene una canción de Bowie, se me ocurre que la mitad de los Beatles y él corren con fortuna porque no

tienen que ver este *impasse*, este *reset* en cámara lenta, esta desaceleración de todo y de todos. Pero no todos.

Cuando salgo lo hago rápido, hay mucha gente que desafía lo extra cotidiano de la situación: comen tacos con las manos sucias, se saludan, se dan palmadas, una pareja se besa. Yo eludo pensar en lo anormal, lo normal, lo cotidiano, y lo no cotidiano. Entro a la carnicería, pido carne molida y regreso.

Al cocinar me doy cuenta de que perdí la costumbre de tomar una cerveza o algo de vino para hacer de la cocina un ritual, ni siquiera para comer. Agua simple. En muchas ciudades no tienen agua, en Mexicali hay un enfrentamiento por el agua, las empresas son unas hijas de la chingada, muchos trabajadores han perdido su trabajo, estarán a medio sueldo, y mucha gente en el empleo informal no podrá llevar ni lo básico a su casa, a su familia. ¿Qué estarán haciendo mis hijos? Dejo que la comida llegue al hervor y les llamo por teléfono. No hay novedad, como siempre, pero ahora siento que no estoy en donde debería, si esto se pone más grave... pero voy a revisar la comida para no pensar.

Como. Agua. Me siento a encender la computadora y seguir trabajando. En un segundo todo confluye: el meme chistoso en Facebook, la mujer que sale de la entubación en España, una línea del Aleph, los pájaros que cantan en el patio y desde hace mucho no se escuchaban, una frase de Camus, un acorde de reggaetón, la temperatura que sube en la calle, las ganas de pintar una pared de rojo tinto, Monserrat y todos los planes que aplazamos para estar juntos, un perro que ladra, la calle, el camión que pasa, Monserrat y su vestido negro, unas voces, mi mamá, el ruido de un taladro, Monserrat sonriendo, el olor a cloro...

Veo los platos sucios, la cazuela, hay que lavar, y seguramente otro asalto de cosas: ideas, conceptos, fragmentos de canción, líneas fugitivas de un poema, un destello de la voz de uno de mis hijos

cuando era niño, la risa de Monserrat, las teorías de conspiración de mi padre...

Platos limpios. Hay que volver a trabajar. Por lo menos puedo pensar en otras cosas y no en todo lo que está, en todo lo que es, en todo lo que existe y no conozco, en todo eso que dejaría de conocer, de hacer, de pensar, de comer, beber y amar... si un día no estoy: por el virus, por la violencia, por el tiempo, o porque simplemente un día ya no estaré.

Y pienso que la realidad no es eso que hay afuera, ni era eso que teníamos como normalizado. Que es una cosa dinámica, sorprendente, una masa de tiempo y materia que no se sabe nuestros nombres.

Tlaquepaque, Jalisco, marzo del 2020

Postales de cuarentena

Bernardo Fernández, BEF

Vivo solo. Soy dibujante de cómics y novelista. Llevo la vida social de una ostra, en los márgenes del medio literario. Mis únicas salidas fijas en la semana son a dar clases en la Ibero y mi sesión semanal de psicoanálisis.

Mi vida en el encierro no es muy diferente.

Lavo, limpio, trapeo como nunca lo hice. Siempre me burlé de mi primera esposa. “Eres ablutómana”, le decía. Ahora tengo una obsesión con los gérmenes que enorgullecería a Louis Pasteur.

Di mi clase en línea. Un seminario llamado “Prospectiva para el diseño” que he convertido en mi juguete académico: leemos ciencia ficción para reflexionar sobre el futuro. Antes de la cuarentena leyeron *Música en la sangre*, escalofriante cuento de Greg Bear sobre un científico que se inocula un cultivo de células inteligentes que comienzan un proceso de reingeniería genético desde dentro de su cuerpo. La cosa se sale de control y se convierte, justo, en una pandemia. Mi clase fue muy sombría.

A media sesión, una de mis alumnas dice: “Sé que esto no está en el temario pero, ¿creen que esto sea un virus de laboratorio que soltaron para exterminarnos?”

La discusión se anima.

Lavo, lavo, lavo.

Mi hija mayor vive a una cuadra con su mamá. Me visita. Antes de entrar a la fase 2 íbamos al parque a caminar tres kilómetros. Ahora recorreremos la casa en un *loop* enloquecido. El resto del tiempo dibujamos juntos, en silencio cómplice. Como antes del encierro.

Hoy corrí seis kilómetros entre la cochera y el patio. Debo parecer un loco. O un preso. Decididamente cuando acabe esto, si es así, festejaré corriendo ocho kilómetros en la pista de la Ciudad Deportiva de Jardín Balbuena.

Tengo los dorsos de las manos irritados de tanto tallarlas.

En la desesperación, comienzo a dibujar cómics porno para romper la monotonía. Al menos la cuarentena me ha despejado una duda vocacional: soy un pésimo erotógrafo.

Veo a mi psicoanalista a través de zoom. “Te estás tocando la cara, Fátima”, le digo. “¿En dónde está tu cabeza para fijarte en eso cuando me estás hablando de algo tan importante?”, contesta. “En un mundo arrasado por un bicho microscópico”, repongo.

La música me salva.

“Papi”, dice por teléfono mi hija menor, refugiada al otro lado de la ciudad con su mamá, “cuídate de que no te muerda el bicho malo”. Sí, Bebé. Lo intento.

Me acabo de enterar de la muerte de alguien -el compañero de trabajo de una amiga- por el COVID-19. No había viajado. No era una persona acomodada. Tenía 35 años.

“Señores pasajeros, abróchense sus cinturones, estamos atravesando por una zona de turbulencia”. Siempre que escucho esas palabras me angustio mucho. Atravesaremos una turbulencia. No hay cinturones de seguridad. Sólo medidas de aislamiento social y jabón para lavarse las manos.

“Esperemos que esto sirva para el progreso mundial”, me escribe una de mis mejores amigas por el *chat* del Facebook. “De lo contrario somos unos pendejos y merecemos morir.”

Lavo, lavo, lavo...

Ciudad de México, marzo del 2020

Bigotes en cuarentena

María Miel

Yo ya traía bigotes antes de la cuarentena. Para qué les voy a mentir.

Me gustaría decir que soy de esas mujeres que se mantienen perfectas y a tiempo, todo el tiempo. Ser de esas mujeres que se acuerdan de hacer cita en el salón de belleza el día justo antes de que la raíz grite traicionera a conocidos y desconocidos lo que por derecho de pago de piso debería guardarnos el secreto. Mujeres que nunca tienen un pelo de más en ninguna parte visible y mucho menos en las guardadas para la recreación íntima.

Pero no, esa no soy yo.

La verdad es que abuso bastante de la generosidad de los genes de dos seres que se enamoraron para mi bien y decidieron procrear una hija que no salió tan tirada al catre a pesar de que a veces se le olvida echarse ganitas.

Es que a mí la cuarentena -o mejor dicho- el auto aislamiento me agarró un poco a lo baboso y eso que lo decidí yo misma. Quizás por eso.

Como que un día me agarró la urgencia por dejar de estorbarle al mundo que insistente multiplica enfermos, urgencias y muerte. Así que de estar bailando la vida en plan: “Un, dos, tres. Un pasito pa’lante María...”, en el cambio de estrofa pasé a: “Un pasito pa’atrás...”

Me fui al supermercado, compré víveres calculados a ojo de quien no sabe calcular para encerrarse un mes. Hice las diligencias que supuse suficientes pero que nunca lo son. Me reuní con mi familia, compartí mi decisión por ellos, por mí, por todos. Nos abrazamos como si fuera la primera vez, la última y la de “hasta mañana que duermas bien.” Y me guardé en mi casa de libros y colores como un día cualquiera que no será.

Así que después de todo eso, aquí estoy, a quince días de haberme guardado, amaneciendo cada día en medio de familias, amigos y amores contándonos los días por todos los medios virtuales disponibles, bajo cielos de cemento.

Hacemos malabares y múltiples intentos de encontrar las palabras más cálidas, alentadoras, positivas, solidarias y divertidas; para suplirnos la risa, la caricia, el abrazo, o la mano que no nos suelta, o esa mirada que nos reconstruye todo. Y no lo hemos hecho tan mal.

Nos estamos acostumbrando a hablar a falta de estar, ¡qué maravilla! Y a estar atentos al mundo de otros, de ajenos y desconocidos, porque válgame la noticia y no se vaya a usted a desmayar: somos una enorme madeja de hilos conectados y enredados que, si pretendemos no rompernos, necesitamos cuidar.

Pues sí, como les cuento, aquí estoy, con pelos en todas las partes visibles y privadas. Con una raíz bicolor combinación de mi cabello oscuro y las canas, seguido de diez centímetros de tinte azul en tres diferentes tonos por las lavadas; que si me pongo poética en medio de esta tormenta, mi cabeza es como el mar caribe en una noche de estrellas.

Entonces, mientras lo pienso y lo escribo me emociono y le sonrío al mar de mi cabeza, y me parece que todo es posible. Que todo desastre tiene una poesía guardada. Y me llega la certeza de que

nadie será el mismo al final de la tormenta. Todos tendremos para renacer, nuestro mar o nuestra primavera.

Monterrey, N.L., marzo del 2020

Cambiar de acera

Eileen Truax

Soy una privilegiada: todos los días salgo a caminar.

Vivo en una ciudad pequeña, llena de parques y rodeada por un bosque. Esto me permite salir a “ejercitarme”, como dice la orden ejecutiva que firmó la gobernadora de este estado, sin exponerme, o exponer a otros, al peligro de contagio, la razón de ser de toda esta locura cuarenténica.

Cuando llega esa hora del día, camino de manera consciente, con el solo objetivo de caminar. Es decir, no camino para ir a un sitio, o porque necesito hacerlo para llegar a donde ocurren las actividades del día. No es porque *tengo que* moverme de un lugar a otro; es porque *quiero* caminar: caminar no como medio, sino como fin.

Ya van a ser tres semanas desde que inicié la cuarentena –los primeros días como decisión personal tras hacer un viaje internacional; luego por instrucción del presidente de la universidad donde está mi actividad; después, por orden gubernamental–. Mi trabajo se ha movido de las aulas en los edificios decimonónicos del campus, a salones virtuales creados en plataformas con nombres onomatopéyicos: Skype, Zoom, Ring, Click. Esto da una sensación de control, supongo, porque estás cumpliendo con tus obligaciones laborales, y al mismo tiempo puedes organizar las actividades del resto de tu día, incluido el acto de caminar.

Salir a caminar sólo por caminar, sin ir a un lugar ni a una hora, es algo que en la vida real ya casi no hacemos. Incluso si salimos

a ejercitarnos, pensamos en rutas que nos permitan terminar en cierto tiempo, o estar cerca de cierto lugar, para después hacer otra cosa. Aún más: caminar para ejercitarse es una de las actividades diarias que podrían omitirse de ser necesario, si alguna actividad de mayor urgencia así lo exige. Resulta extraño entonces que, en estas semanas, la actividad memorable de cada día sea esa, solo caminar.

Cuando salgo, los vecinos también andan afuera. Cada quién marcha hacia su pedazo de parque o bosque y nos encontramos poco, pero nos encontramos. Los encuentros suelen ser a distancia; alguien caminando en la acera de enfrente, alguien paseando en bicicleta, niños jugando en un jardín. Si el encuentro tiene lugar en la misma acera, una de las dos partes –suelo ser yo– se alejará, o de plano cruzará la calle para evitar la cercanía –inevitablemente recuerdo esa pregunta del cuestionario Gatopardo, inspirado en el cuestionario Proust: “¿Qué personaje le haría cambiar de acera?”

Algunos evitan el cruce de miradas, como si sintiéramos culpa por el hecho de mantener la distancia. Algunos, los menos temerosos, me dicen “hi”. Yo respondo, y a veces hasta levanto un poco la mano, un gesto que en condiciones normales jamás haría. Cuando cruzamos suficientemente cerca como para vernos las caras, todos, los que vienen de frente y yo, hacemos esa sonrisa de labios apretados; saben cuál, ¿no? Esa que parece decir “sí, ni modo, así la cosa”; el “*it is what it is*” tan gringo.

Descubro que, en general, las personas no sabemos interactuar a más de un metro de distancia. Estamos acostumbrados a hablarnos de cerca, incluso en ocasiones a tocarnos; si sueles hacerlo, encontrarte por la calle con alguien conocido, y no estrechar su mano –al menos–, se vuelve una cosa muy extraña, casi imposible de soportar. Así que sí, todos caminamos, pero la verdad es que evitamos encontrarnos.

Estar conectado en un salón virtual es ahora la manera más cómoda de tener contacto humano; es más fácil ver cara a cara a otra persona en el video del Zoom, que al vecino de la calle de atrás cuando venimos por la misma acera y uno de los dos se tiene que bajar. Si en nuestra vida regular alguien se retirara de mi camino abruptamente como lo hacemos ahora, me sentiría ofendidísima. Tal vez me quedaría pensando si le hice algo a esa persona, y si es alguien conocido –un vecino, alguien de la universidad–, trataría de enmendar las cosas. La cuarentena se convierte entonces en una coartada para no tener que dar explicaciones, ni pedir las.

Hoy por la tarde volví a salir, y de frente a mí venía una pareja con un perro hermoso, grande, peludo. El perro me vio y estoy segura de que me sonrió; supongo que se alegró de ver a alguien diferente, para variar un poco, e hizo un gesto para acercarse a mí. La pareja se detuvo y cruzó la calle. Así que hoy, el personaje que los hizo cambiar de acera fui yo.

Ann Arbor, Michigan, marzo 2020.

El Om, la OMS, el miedo Omnipresente

Alejandro Paniagua

1

Siempre me ha dado terror la muerte. Trabajar como maestro, salir al cine o al teatro, buscar libros de viejo y caminar son actividades que me han servido para distraerme de ese pánico que no cesa. Así que en el instante cuando me avisan que estaré aislado en casa, me estremezco ante la idea de enfrentarme (día y noche) con la obsesión de enfermar y morir de Coronavirus. Sobre todo, porque no soy racional cuando me invade la paranoia.

2

La primera noche de encierro, sueño que tengo la urgencia de asesinar a todas las personas en el mundo. Y de hecho, sueño que las mato una por una. Para eliminarlas uso una escopeta negra Stinger. El sueño consiste, sobre todo, en una multiplicidad de escenas donde confronto a diversos individuos. A cada uno termino disparándole a quemarropa, justo a la altura de la boca. Recorro las escenas inmerso en un odio sereno. Como si yo fuera un monje que alcanzó la iluminación recitando insultos a las divinidades, cantando maldiciones sagradas.

Los gritos de mis víctimas se vuelven añicos, igual que la parte baja de la cabeza. Sus dientes vuelan por el aire y forman sonrisas imposibles. Las lenguas muertas caen al suelo. En varias de las escenas

mato a personas familiares. A mi abuela, por ejemplo, pero en el sueño es solo una bebé. Al tipo de la tienda, a la mujer que alguna vez -cuando era adolescente- me vendió una figura de He-Man; a uno de mis maestros de matemáticas, a José Luis Rodríguez “El Puma”; a los vecinos, a Salvador Díaz Mirón (aunque él haya muerto en 1928). Cuando ya no queda nadie, sólo yo, al planeta entero lo cubre el olor de la muerte. En algún punto de la pesadilla, los dioses de la Tierra abandonan el planeta. Supongo que no les interesa ni un tanto la devoción o el miedo de una sola persona.

3

Despierto con nauseas. Freud aseguró que los sueños llevan implícito un deseo. Yo le creo, sin duda. Por supuesto, el deseo que revela mi sueño no es matar a la humanidad, es casi lo contrario. Lo que me encantaría es que la muerte no me afectara tanto, que no fuera un asunto que me cimbra y me determina. Mi deseo es tener la capacidad de escuchar o leer, en las noticias y en las redes, el conteo de las muertes por el Coronavirus y no perder la razón. La figura central de mi sueño (alguien que no se conmueve ni un poco frente a la muerte de todas las personas en el mundo) simboliza el desapego total frente al cese de la existencia. Me gustaría tener aquella sangre fría en este momento.

4

Todo el día me siento devastado. Porque el terror de fallecer, en mi caso, resulta vergonzoso. Soy budista, pertenezco a un sistema denominado Vajrayana. Lama Yeshe, mi Maestro Raíz (quien por cierto falleció en mi casa), decía que un budista, incluso el más mediocre de los practicantes, debía al menos perder el miedo a la muerte. A pesar de contar con muchos años de disciplina ininterrumpida, yo aún vivo con un apego completo hacia la vida.

5

Mi mujer llega del trabajo. Me siento feliz porque ella inicia su cuarentena y voy a verla más tiempo. Frente a la posibilidad de la muerte, mi esposa y yo decidimos honrar a la vida. Esa misma tarde acuño una frase que seguramente se volverá legendaria en nuestra relación: “Quítate todo menos tu gafete del COLMEX”. Homenajeamos a la vida un rato a pesar de que todo el país está acorralado por la muerte.

6

Aprovecho la cuarentena y hago (al menos cuatro horas diarias) de un mantra budista que los tibetanos usan para evitar contagiarse durante epidemias o brotes de enfermedades. La recitación está dedicada a una deidad llamada Parnashavari y se pronuncia más o menos así: Om Pishatsi Parna Shawari Zarwa Dzara Trashamanaye Soha.

7

Intento jugar Nioh 2, un videojuego de PS4 que se caracteriza por ser muy difícil. Un jugador promedio morirá al menos mil veces antes de terminar una ronda completa. Como sucede en nuestra realidad, también en el juego la muerte es un elemento fundamental. Intento avanzar durante media hora, sin embargo, tampoco puedo lidiar con tantos fallecimientos virtuales. Arrojo con desdén el control y apago, iracundo, la consola. Sólo duermo dos horas. El resto de la noche sigo haciendo mantras.

8

Veo las estadísticas de muertos en el mundo y me pongo a chillar. No tengo ningún control. Oro llorando por los enfermos y las

familias de las víctimas. Sobre todo, pido para que los muertos tengan un mejor renacimiento y alcancen la iluminación en su siguiente ciclo. Me duelen los ojos y la cabeza.

9

Soy afortunado, cuento entre mis amistades a una de las grandes eminencias del budismo: Gurdrag Khentrul Rinpoche. Así que le escribo para saludarlo y desearle buena salud (la verdad es que también lo hago porque tengo miedo). Al final de una breve charla me dice que pedirá por México, por mi familia, por mí. Me siento un tanto más tranquilo. Al día siguiente, recibo una notificación del Maestro. Pienso que será un mensaje profundo y de vital relevancia, pero sólo me manda un video donde dos orientales entonan una canción graciosa sobre el Coronavirus. Les dejo la liga por si quieren verlo. Me río y agradezco por la buena intención de alegrarme el día. Pero el miedo no se calma.

10

En algún momento del encierro intento masturbarme. Entonces pienso que en ese preciso momento alguien muere tras una asfixia irrefrenable, en alguna parte del mundo. Y es verdad que siempre que nos masturbamos, al mismo tiempo, algunas personas expiran. El problema es que hoy yo sé de qué mueren y probablemente dónde lo hacen. El conflicto es que mañana serán contabilizados en una lista que me pondrá los pelos de punta. Para cuando terminan mis reflexiones, mi libido ya se ha vaciado por entero.

11

Una de las noches, la incertidumbre nos abate a mi esposa y a mí. A ambos se nos dificulta dormir y estamos ansiosos por diferentes

razones. Entonces improvisamos una dinámica que de seguro también se volverá icónica en nuestra vida. Para tratar de levantarnos el ánimo luego de ver un video sobre la pandemia en México, yo le digo a mi esposa: “Poder de los gemelos paranoicos actívense”, y juntamos los puños. Entonces aseguro: “En forma de miedo al contagio y a morir solo en un hospital del ISSSTE”. Y luego ella me responde: “En forma de miedo a la pobreza y a morir de hambre”. Nos reímos un buen rato, pero cuando se silencian las carcajadas, nos aterramos de nuevo. Temblamos de manera coordinada.

12

Por la mañana, una amiga me escribe para decirme que Tritul Rinpoche, un Maestro budista también cercano a mi familia, me manda decir que la pandemia tendrá un final afortunado para el mundo, y que él vendrá en octubre de visita a México. También quiere informarme que durante esa estancia nos hará, a mi esposa y a mí, una “ceremonia matrimonial” tibetana. Recuerdo enseguida que se lo pedimos la última vez que vino al país. Sonrío. Su mensaje me reconforta.

13

Todo el día me la paso meditando y haciendo mantras sin parar.

14

Antes de dormir, entro a Facebook. Edgar Adrián Mora, un escritor y crítico mexicano al que admiro, sube una nota que habla de las personas infectadas en Italia, quienes dan el último adiós a sus seres queridos por medio de videollamadas. Se me descarapela el corazón al leer el artículo. Por supuesto, cuando veo una foto que ilustra el tema,

me imagino a mí mismo muriendo en la cama de un sanatorio y a mi mujer recibiendo la despedida desde su computadora.

Pienso que aquella imagen terminará por destrozarme y activar el pánico. Pero algo es muy distinto hoy. Por primera vez en mi vida no me da miedo morir. Siento una tranquilidad que me sorprende. Concluyo que a mí el encierro me ha dado un regalo excepcional: la posibilidad de visualizar mi muerte y aceptarla con valentía, con poderío. Me siento agradecido.

15

No sé qué pase mañana, ni siquiera sé si yo o mi pareja estaremos a salvo del virus algún día. A pesar de todo, sé que ahora la experiencia será más llevadera, sin duda. He vencido uno de mis grandes apegos. Sé que Lama Yeshe, mi Maestro Raíz, estaría orgulloso de mí. Recito el mantra en mi cabeza: Om Pishatsi Parna Shawari Zarwa Dzara Trashamanaye Soha. Y duermo seis horas seguidas por primera vez en el encierro.

Marzo, 2020, desde la CDMX

La vida nunca nos da gusto

Jaime Garba

Parece la vida nunca me da gusto. En diciembre del año pasado fui víctima de un asalto y añoraba los fines de semana para no tener que salir de casa ante el miedo de volverme a topar con mi victimario. Llegada la noche, la ansiedad se acercaba a mí cual marea creciente: lenta e imperceptible; entonces permanecía despierto hasta que el sueño me vencía. Pensaba manteniéndome consciente podía ralentizar el tiempo. Ingenuo. Una vez dormido, de prisa llegaba la primera mañana y sentía como si tan sólo hubiera pasado un segundo. Es imposible describir la angustia de las semanas que viví enfrentándome a ese salir de casa, pretendiendo torpemente ante mi hija todo estaba en orden y sin atreverme a responderle por qué apenas un pie afuera, caminaba urgente volteando a todos lados. No quería salir, en verdad no.

Como el tiempo mitiga los pesares (pero sin que la violencia en donde vivo disminuyera) la paranoia dio tregua y sentí ánimos de realizar los actos cotidianos que me dan mucha paz: caminar escuchando música, ir a la cantina, comprar el diario en la plaza, visitar la biblioteca, reunirme con los amigos a jugar ajedrez, salir con la familia... No diría estoy completamente curado. Tristemente situaciones de ese tipo son como heridas internas con las que uno debe aprender a vivir porque duelen cuando el frío, o en mi caso cuando uno ve en los diarios que los crímenes y la impunidad aumentan.

Un par de días antes de que la crisis del Covid-19 se desatara en el país (veíamos lo que ocurría en China, Italia y apenas en Estados Unidos como si habitáramos otro planeta) visitaba la Ciudad de México. Recorrí gozoso el Monumento a la Revolución, Bellas Artes, la Alameda. Crucé la gran avenida Madero repleta de cientos de personas (hoy, impresionante, cerrada al paso), el Zócalo y Templo Mayor. Fui a librerías y kioscos de periódicos en el Centro Histórico, sorteando ese ir y venir de personas que recorren la región más transparente del aire. Bebí algunos tragos y admiré impresionado ese caos que a todo foráneo le parece una monumental obra teatral montada por millones de actores.

Se suponía que pasaría otro día más en la CDMX, empero, los rumores de un brote mayor (no se llegaba a la decena de contagios, todos importados) corrió en grupos de Whatsapp. Aunque yo no hice caso de ellos (las fuentes eran dudosas y me sonaban a *fake news*), tuve que acceder a volver. Al final fue lo mejor. Unas horas después se decretaba el adelanto de las vacaciones al 23 de marzo. El colegio donde trabajo –así como muchas otras escuelas– decidió no esperar y concluir actividades el día 16. Eso conllevó a la suspensión de un montón de proyectos y a la ruptura de la cotidianidad. Comenzábamos a mirarnos raros unos a otros cuando alguien estornudaba y a tomar más en serio el panorama que el Gobierno Federal compartía en sus conferencias diarias.

Entonces llegó el aislamiento. Fue allí cuando acepté la vida no me da gusto. Deseo concedido: no saldría. Al principio, para qué mentir, sentí alegría de ver mis horarios de trabajo maleables. En lugar de ducharme, preparar el desayuno, recorrer diez kilómetros, enfrentarme a los retos nunca predecibles de trabajar con niños y terminando la jornada agotado, deseoso de llegar a casa para comer y tomar la siesta, me levantaba diez minutos antes de comenzar el *home office*.

El tiempo y las circunstancias se volvieron un aliado, o eso pensé los primeros días hasta que desee salir a la cantina, encontrarme con amigos, hacer alguna actividad en familia, comprar el diario, ir a caminar... pero una voz en mi mente sonaba autoritaria: “quédate en casa”. Las cifras de contagios crecieron exponencialmente en México y el mundo, también los muertos. Las imágenes tremendas de hospitales y el encierro estricto provocaba (provoca) escalofríos; China, Italia, Estados Unidos, Francia... ahora parecían ciudades vecinas. Llegó el momento en el que nos sentimos vulnerables. Comenzó el miedo y la incertidumbre.

No salir de casa pasó de ser una sugerencia a una orden. De la fase 1 saltamos la 2 en un santiamén con la advertencia de que pronto llegaría la fase 3. Al saberme consciente no debía ir más allá de las paredes de mi hogar, la libertad se convirtió en cautiverio. Imposible seguir viviendo sólo de trabajar, leer, escribir, hacer tareas, comer y dormir. Pensé cuán terrible ha de ser encontrarse preso y estar sujeto irremediamente a esa clase de rutinas. La libertad nos provee de la elección de realizar cualquier cosa aunqueelijamos siempre hacer las mismas, eso es ser libre.

Ahora anhelo que esta maldita pandemia termine para poder salir de casa. Pero también para que la crisis de salud y económica que comienza deje de lacerar a tantos. Trato de encontrar optimismo en las letras, en los juegos virtuales de ajedrez, en las páginas de *Crónicas Marcianas* que leo a mi hija antes de dormir. En los absurdos movimientos de baile que realizo para que mi cuerpo no termine momificado de tanto sedentarismo. Por las noches ahora intento mantenerme despierto pensando de qué formas esto es positivo. A veces encuentro respuestas optimistas, otras no.

La vida no me dará gusto, lo sé, porque pocas veces lo hace. En tanto, sigo empeñándome en apreciar el canto mañanero de los pájaros que desconocen de pandemias, bebiéndome mis dos cafés como si fueran los últimos, levantando enciclopedias viejas para

#TextosAislados

fortalecer los músculos, caminando de un lado al otro del departamento imaginando paseo por Central Park, tomando cervezas en el sofá mientras escucho a Charlie Parker en París, jugando Uno con mi hija o teniendo sesiones de dibujo al carbón, catalogando los libros de mi biblioteca o escribiéndoles notas en la última hoja con el sueño de que algún día para alguien esas palabras sean un descubrimiento valioso.

Aprendí a vivir y a soportar el miedo, ahora creo que el miedo tendrá que aprender a vivir conmigo y soportarme. Por lo menos hasta que el mundo vuelva a girar al ritmo de siempre.

Michoacán, abril del 2020

El guiño de la Vía Láctea

Claudia Islas Coronel

Recuerdo que todo comenzó cuando nos bajamos del avión, yo me había traído el mar en la mirada, la casa de la playa en el recuerdo y un poco de arena en los bolsillos. Jamás imaginamos lo que vendría, aún sin desempacar, los días ya iban perdiendo el sabor de las cenas con los amigos, se iban apilando uno a uno hasta formar esta masa gris desde la que escribo.

Recuerdo la sensación temprana de angustia, la de la espera en la fila de la montaña rusa, la expectativa por que todo comenzara, la marejada de informes, los datos, las gráficas, el medallero (como le apodaron al mapa que día con día se iba pintando de rojo), el coraje y la impotencia de saber que jamás lograremos ponernos de acuerdo, los ataúdes, la tristeza en italiano. Luego, la explosión de la basura mediática, el silencio que iba apagando lentamente las calles y en medio del incendio, esta escena en cámara lenta, sorda, que trajo el recuerdo punzante de aquella luz que hace tantos años me guiñó sobre la playa para despertarme, un empujón hacia el abismo para que me montara en la Vía Láctea y entendiera la grandeza de la insignificancia, para que reconociera mi lugar minúsculo en esta sucesión del tiempo.

Con ello, llegó una frágil sensación de paz, de sabernos a salvo si renunciábamos a la libertad, a los paseos por la ribera. Una ofrenda de sacrificar los paseos durante los últimos días de clima fresco en el infierno, de ver a las amapas florecer únicamente desde los videos

acusatorios en los parques aún llenos de gente. *Será por unos días*, quisimos convencernos y continuamos sanitizando el calendario, como si afuera no se estuviera derrumbando el futuro, como si las jacarandas de mi abuela, este año, se hubieran olvidado de iluminarme la mirada.

Poco a poco nos vamos acostumbrando a las video llamadas, a las caricias electrónicas, a temer a las sonrisas desnudas, a no encontrar los ingredientes para el pastel de cumpleaños, al silencio obligado, a los días pegajosos que se repiten incesantes entre noches de insomnio mientras allá afuera, la Vía Láctea sigue su marcha.

Al cabo de unas semanas, la nostalgia comienza a manifestarse, improvisamos canciones alrededor de la fogata imaginaria, nos revolcamos en el oleaje de la pantalla, llamamos a los padres, a los hermanos, a los amigos; creemos sentirlos electrónicamente y rezamos para que no nos alcance el virus, para que no se termine el cloro, para que no tengamos que marcar ese tan mentado número, para no ser de esos a los que despidan en una puerta de ambulancia para siempre.

Y así seguimos, rogando al cielo para no ser, otra vez, parte de la estadística, rezamos a cualquier dios, a todos los dioses porque uno solo no alcanza para terminar con la pandemia humana, rezamos en todos los idiomas para que nos escuchen allá afuera, si es que aún queda alguien, rezamos como nos contaron que se hacía para sumarle días al calendario, y los vamos asoleando junto a la pila de ropa sucia que nos quitamos al llegar, rezamos pidiendo que nos alcancen los días para volver a sentir, para volver a mirarnos de cerca, para romper por fin la barrera invisible.

La palabra mañana se queda en la memoria cuando se anuncia una extensión del castigo, tratamos de consolarnos mientras se van borrando ya los rastros de lo que fuimos antes de entrar en esta madriguera. Mañana iremos a celebrar la vida, mañana que por fin se nos permitan de nuevo las risas desnudas, volaremos a su lado

para encontrarnos, para bailar y sacudirnos el encierro, para descubrirnos nuevos en la mirada. Porque más de una vez hemos llorado, esperando a ser la lluvia que nos empape como otros años. Lloramos abrazados del silencio sin poder decir adiós, sin palabras. Y nos encomendamos al camino, a la esperanza de un futuro que nunca fue nuestro pero sentimos perdido.

Hemos perdido las calles, los paisajes, los boletos, el descanso, la certeza, pero seguimos haciendo planes desde nuestras miradas insignificantes hacia la infinita grandeza, desde esta terquedad congénita por asir la carne a lo fugaz.

Culiacán, Sinaloa, abril del 2020

Prisión domiciliaria

Francisco Valenzuela

Alguna vez pensé que si cometiera un delito, buscaría a un abogado influyente para que me consiguiera una prisión domiciliaria. Si estuviera encerrado de por vida entre mis cuatro paredes, con libros, internet, comida y cerveza, no necesitaría mucho más. Podría recibir visitas esporádicas, digamos, los fines de semana, y con eso estaría más que bien. La gente no necesita estarse viendo todo el día, como ocurre en las oficinas, o en la escuela. La gente ni siquiera debería comer con compañía, eso sólo provoca que alguien coma más tortillas que tú, que alguien inicie con una conversación innecesaria.

Antes de conseguir el trabajo que ahora tengo, prácticamente resolvía mis asuntos con una computadora conectada a internet. Nutrir un sitio web, corregir libros, editar revistas o hasta sumergirme en los laberintos del Excel para generar datos. Hubo ocasiones en que sin darme cuenta llegaba la noche y nunca había salido de casa. Ni siquiera para ir a comprar una cerveza. O lo que fuera. Entonces es que tenía esos pensamientos: una prisión domiciliaria.

Desde hace algunos meses me conseguí un trabajo en un periódico. Tras ello, se terminaron mis días de encierro voluntario. Casi todos los días debo salir a la calle para buscar algún reportaje. A menudo me cito en cafés para realizar alguna entrevista. Voy a los museos, a las galerías, a los teatros, a donde sea que haya algún evento de interés periodístico.

Cuando puedo, evito salir a la calle y hago las entrevistas por teléfono. Si algún evento tiene transmisión en vivo, es más fácil verlo desde la computadora. Tener una vida con otras personas está sobrevalorado. Es más sencillo escribir cuatro mensajes en whatsapp y listo. Aunque si es viernes, se vale salir al bar, tomar varias cervezas, algún mezcal, un ron. A veces hasta fumar un porro. Cuando se fuma un porro, la conversación va mucho mejor.

Cuando comenzó el lío del coronavirus, cuando el gobierno comenzó a gritar que nadie debería salir de casa, pensé que los jefes del periódico nos confinarían en cada hogar. Pero eso no sucedió. En todos estos días he salido a cubrir noticias: he estado afuera de hospitales, he entrevistado a escritores en ruina, me han enviado a ver si le pagan a los viejos, o a estar atento por si amenazan con saquear alguna tienda.

No me gusta llevar cubrebocas, pero sí cargo un gel que, debo aceptarlo, quizá no sirva, pues lo compré en un mercado popular y ni siquiera está etiquetado. Hace poco entrevisté a unos músicos abuelos que tocan el acordeón y la guitarra. Estuve cerca de ellos. Uno tenía los ojos llorosos, y aunque nunca tosió, llegué a sospechar que estaba contagiado. Tal vez me contagie y ambos estemos muertos en unos días, pensé. En ese caso, ambos seríamos sólo un número. Por la tarde, a las siete, un empleado del presidente diría que hay varios muertos más este día. Entre ellos estaríamos ese abuelo y yo. Y todo por correr a entrevistarlos.

Como no me gusta que en el periódico me saquen del encierro, es probable que un día nos peleemos y entonces me despidan. Pero no creo que eso vaya a pasar pronto, que vaya a pasar, por ejemplo, en abril. Tal ve suceda en mayo, o en junio. Cuando eso suceda, si es que sucede, la gente ya estará en las calles. Dándose abrazos, besos, tendiéndose la mano.

Yo estaré confinado entre mis cuatro paredes. En mi prisión domiciliaria.

Si es que ese abuelo no me contagió.

Si eso sucede, para mayo o junio tal vez ya esté muerto.

Igual que el abuelo del acordeón.

Morelia, Michoacán. 4 de marzo de 2020

Detenerse y respirar profundo

Karina Gidi

La verdad es que yo necesitaba parar. Detenerme y respirar profundo. Es asombrosamente sencilla la forma en que puedo enajenarme, insistir en sentirme ocupada, productiva, útil. La epidemia ha sido como toparme con pared. Más allá de los temores que creo que la mayoría compartimos, la gratitud inmensa por tener la posibilidad de vivir sin trabajar unas semanas, de tener una casa donde hacer la cuarentena, más allá de reconocer la labor generosa y valiente de muchísimas personas, empezando por los trabajadores de la salud; lo que más me ha revelado esta situación que estamos atravesando es la aceleración interna con la que suelo vivir, y la preocupación intermitente en mi cotidianidad.

La aceleración y la preocupación. Las tengo presupuestadas en mi vida diaria. Este virus nos metió en una cápsula de tiempo que se respira en cámara lenta. No se puede vivir así, ya lo sé, pero no se debería vivir tan del modo opuesto. Y en cuanto a la preocupación, tengo a mis hijas conmigo, no estoy corriendo para llevarlas o traerlas, ni estoy monitoreando si la mayor ya va llegando a casa. Estoy tranquila. Eso es una novedad.

*

Le llamé a Silvia, mi vecina de al lado. Es una señora mayor y es hipertensa. Que está todo bien, me dice, que ya puso un trapito

blanco en su puerta por recomendación de otra vecina, porque cuando las plagas en Egipto, mandaban pintar de rojo las puertas como protección. O algo así entendí. Igual le recordé que ahí estaba yo para ayudarla si lo necesitaba. No porque creyera que el trapito pueda fallar, sino como un refuerzo, digamos.

Tere, la señora que hace el trabajo doméstico en mi casa, prefirió pasar su cuarentena aquí. Tiene 59 años pero ha tenido algunos problemas de salud. Dice que prefiere quedarse y trabajar que irse a encerrar sola. Tere no tiene familia. Tiene a su papá en San Felipe de Jesús, en el municipio de Amatepec, Estado de México, pero cuando le pregunté si quería ir a verlo me dijo que mejor no. Ayer la quise reemplazar en la cocina (me gusta mucho estar en la cocina y ahora tengo tiempo) pero Tere se molestó.

Está más o menos establecido que yo puedo entrar a la cocina si voy a hornear un pan de nuez o unos *muffins* de plátano; ahí sí tengo permiso. O también si voy a freír tocino para hacer una *frittata* en el refractario, con espárragos o espinacas. También tengo libre tránsito en las mañanas para hacer el jugo. Pero la hora de la comida es su reinado y más me vale no aparecerme por ahí ni para poner la mesa. Acordé con ella que toda la tarde descansara. En la noche se asoma para ver qué andamos haciendo, se sienta a ver la tele con nosotras un rato o nos platica cosas, luego se despide y va a su cuarto a descansar.

*

No voy a hacer mayor cosa que estar tranquila. Asegurarme de que estemos haciendo lo mejor que se pueda por cuidarnos y cuidar a los demás. A la familia, a los amigos, a los vecinos que necesiten ayuda. Llamar cada tanto a la gente que conozco y que sé que está sola pasando estos días. El encierro confronta mucho y asusta. Pero más allá de eso que es como echar lazos de cariño y de cuidado, no pienso hacer nada. De pronto me sentí como cuando las caricaturas corren

desenfrenadas en su sitio, sin avanzar. No quiero. No voy a obligarme a estar creativa y productiva. No quiero pasar de estar aprisa y enajenada afuera, a estar aprisa y enajenada adentro. Me voy a endeudar un poco, ya lo sé. Pero eso luego lo resuelvo. Ahorita la prioridad es mirar la vida transformarse. Mirarla de frente. Ocupar mi lugar ahí, aunque aún no sepa bien cuál es. Estar atenta, porque todavía no sabemos qué secuelas va a dejar esta pandemia. Vamos a necesitar la paciencia y la fortaleza de todos.

CDMX, abril del 2020

Algún comienzo

Gustavo Ogarrio

23 de marzo de 2020. Es lunes. No me doy cuenta que este día comienza la carrera inmóvil hacia el vacío...un comienzo tan desprovisto de conciencia y de misterio. Todo empezó como un día cualquiera, con pensamientos cualesquiera, en nuestros lugares de todos los días, que eran cualquier lugar. Quizás porque estábamos tan distraídos en la costumbre de andar a la deriva en una ciudad de hielo derretido en los primeros días de la primavera, en un país de techos sin palomas, en unos cuerpos de respiraciones diligentes que dormían boca abajo o a veces de lado, y que también roncaban con estruendo sin adivinar que ya venía la peste avanzando como un paquidermo amargo y siniestro porque su andar anónimo arribaba ya desde China o Madrid o Lombardía... haciendo escalas mortíferas en lugares que cuando tomábamos el metro dejaban de interesarnos...

Quizás fue este día cuando escuchamos en el alta voz de la patria o de la república o de la televisión en cadena nacional o del aviso telefónico de la hermana o del padre o del primo cercano: “Quédense en casa”. Y algunos nos empezamos a quedar...No fueron todas y todos. No fueron ese par de bocas que vendían plátanos y fresas en una camioneta con la parte trasera al descubierto, tampoco fueron los policías del metrobús Sonora y mucho menos las enfermeras y los doctores del Hospital General. No fueron los *diablos* de la Central de Abasto, los que mueven carne y verduras y queso para derretir y calabazas y aguacates y jabones y escobas y papel aluminio en sus

veloces y trepidantes fierros con pequeñas ruedas. No fueron las mujeres que sobre Calzada de Tlalpan “venden” sus cuerpos desde la antigüedad y que ni siquiera en esta era que comienza pueden detener la caída sobre ellas de esas panzas atómicas y de esas respiraciones horrendas en sus hombros...

1 de abril de 2020. Era una ciudad desnuda de gente, como si le hubieran arrancado del abdomen, de las piernas y del torso esa armadura trenzada durante siglos, la de millones de rostros cayendo en el abismo lacustre del absurdo, ese ir y venir que se multiplica a su vez en otros tantos millones de partículas hambrientas de sodio, quesadillas, bicarbonato y refrescos. Era una ciudad monstruosamente bella en la tragedia silenciosa de despojarse de sí misma, con su diabetes y su hipertensión en peligro de muerte; con su canto gregoriano del mediodía en sinfonía esperpéntica con los sonidos ahora apagados de los mercados, de las avenidas, de las plazas con pantallas gigantes, de los vendedores ambulantes que se han quedado sin voz y sin vacunas contra el lento transcurrir del tiempo.

No tengo memoria alguna de un infarto de esta naturaleza: yo corrí por el interior del Mercado de Coyoacán cuando era niño sin que jamás se detuviera el torrente sanguíneo de las máscaras y las piñatas y las carnitas y los atoles a punto de entrar a la era del plástico; en los hospitales todavía alcanzaba para morir en la resignación absurda del “se hizo todo lo posible”.

Ahora me entrometo en la vida íntima de la avenida Circunvalación que me lleva al pie de la Merced mientras veo su triste alejarse de pájaro moribundo, con su cambio de velocidad en la venta de flores y sartenes, con su tendido de puestos en el que las risas sin tapabocas no son suficientes para animar la circulación de los pesos, de los billetes devaluados en el anochecer de los tiempos. Los años me van liberando de ciertos olores, pero también huelo que la muerte se aproxima y se viene haciendo publicidad desde otros países: China, España, Italia, Irán... todos ellos en la vibración del cíclope herido,

en la tragedia pulmonar de los abuelos, envueltos en la ola negra del contagio masivo que se aproxima como un gigante sin entrañas...

Huelo el miedo en su raíz de tormenta, empezando por el mío, que se refugia en esta inmovilidad sin pedestal que tampoco culminará en la metamorfosis de los lagartos. He visto lo que vendrá en la sonrisa chimuela del hambre... en esta desolación de cuerpos encerrados que se enfrentan a los cuerpos que, viviendo y respirando a la intemperie, sobreviven. Era una ciudad lavada a mano por la pandemia, en su granizada de temores, envuelta en este purgatorio global que todo lo convierte en fantasmas.

Ciudad de México, marzo del 2020

Pequeño manifiesto de las madres en pandemia

Hilda Cárdenas (No Hilda)

“Yo siempre pienso en el peor de los casos. Ahora mismo estoy calculando cuánto tardaría en salir corriendo del coche y llegar hasta Nina si ella corriera de pronto hasta la pileta y se tirara. Lo llamo “distancia de rescate”, así llamo a esa distancia variable que me separa de mi hija y me paso la mitad del día calculándola, aunque siempre me arriesgo más de lo que debería.”

Samanta Schweblin

Tardó más en sonar mi despertador que yo en apagarlo. Eran las 7:30 de la mañana y tú aún no despertabas, así que aproveché el silencio y cerré los ojos de nuevo, sin poder dormir pero simulando lo mejor que podía. A esas horas, los pensamientos ya habían despojado a las imágenes de los sueños para protagonizar la actividad mental con sus cuchicheos. El silencio se había terminado. Suspiré antes de levantarme. Cuando al fin me senté, mi dedo gordo tanteó el piso telegrafando a mis sandalias quienes aparecieron ávidas de hacer su función. Caminé tratando de que mi torpeza no arruinara aquella paz y encendí la cafetera y mientras la excusa de la espera afloraba, llegaste. Como si el cordón umbilical fuera ahora fantasmal, siempre me sientes. Aunque no haga ruido.

De tu cuarto salió primero el buenos días y lo seguiste sin mirar nada directamente, sin mirarme. Fuiste al baño y apostarías a que no miraste tampoco al espejo pues saliste de ahí con el cabello igual de desordenado. Huí a mi cama y me volví a tapar esperando hicieras lo mismo y te durmieras, con mucha fe de aquel dicho donde los hijos siguen el ejemplo de los padres, pero nunca funciona. Llegaste y me contaste un sueño con tus compañeras de la escuela, no lo dijiste, pero sé que las extrañas, que quieres platicar con ellas, que quisieras ver el nuevo diseño de manicure de tu maestra y que te gustaría comprar un mollete en el recreo.

1. Las madres sabemos cosas que los hijos dicen con los ojos

Nos quedamos acostadas alrededor de diez minutos que, a diferencia de antes cuando ibas a la escuela, no podríamos hacerlo. Nuestros silencios hablaron entre sí, se elevaron por sobre nosotras y se enredaron en lazos que aún no podemos descifrar, ese lugar entre el despertar y el desayuno está lleno de tumbas, de actividades muertas que quisimos hacer un día antes. Cuando tenías dos años te gustaba jugar con unos bloques de construcción, tenían un folleto de instrucciones donde había que armar una casa en la jungla.

Al principio yo armaba todo y tú sólo me pasabas los bloques. Luego yo armaba la base y tú construías el resto; después, armabas y desarmabas a tu antojo ese diseño y muchos más. Ahora no necesito hacerte el chocomilk, solo acercar las cosas de la tienda. Te levantaste como sin peso y me dejaste con mis pesados recuerdos, desde la cama escuché como musicalizabas la cocina preparando casi un jazz líquido con leche y chocolate. Un sentimiento que no sé bien decir si es esperanza o miedo, se arrojó junto conmigo al pensarte en tu futuro armando y desarmando tu destino a tu ritmo.

2. Las madres guardamos el miedo en el pecho para que los hijos actúen sin él

Te acompañé a la cocina y le puse agua fría al café para tomarlo como estos días me han obligado: a tragos grandes. Leí desde mi celular que se declaró emergencia sanitaria. Tragué más saliva que café e inmediatamente te volteé a ver temiendo que leyeras también mis pensamientos. No los leíste. Descalza, desde el sillón estabas viendo Mickey y sus amigos en televisión abierta, tan libre y despreocupada como cualquier niño en fin de semana. La piel de los niños es tan firme que difícilmente entra la preocupación, en cambio, la piel adulta guarda toda clase de inquietudes entre, bajo y sobre sus no pocos e irreverentes pliegues.

Decidí dejarte así unos momentos, prolongar lo más que estaba en mi control ese estado lánguido y escaso de la existencia. Tu hermano escuchó la televisión y cual vagabundo encobijado y maloliente nos rodeó escarbando en las sobras algo que llevarse a la boca para después regresar a su cama que poco le falta para tener periódico también encima. Parecía no importarte su presencia, ni la mía. Reíste con las tonterías de Goofy... Hasta los comerciales.

3. Las madres odiamos los comerciales

A veces no te entiendo. Como cuando te quiero comprar algún libro para tu edad y tú pides uno sin dibujos o cuando te presto mis marcadores y prefieres mis plumas. En ocasiones pareces más grande, más enfocada y más madura que yo. Otras veces te entiendo como si fueras mi amiga, una que nunca tuve. Cuando después de desayunar y lavar tu plato sacaste la sábana de flores rosas y la colcaste bajo la escalera para hacer una casa dentro de esta casa, cuando la llenaste de cobijas y de peluches y desde fuera yo vi un caos, pero al meternos la luz que venía de arriba hizo que las flores resplandecieran vida en nuestros ojos, siento que insuperablemente nos comunicamos

con –y en– la presencia, ahí nos entendemos. Tu casa tenía muros luminosos, muebles acolchados y habitantes cordiales a pesar de que están rotos o que les falte un ojo.

4. A veces las madres guardamos los ojos de los peluches para ver el pasado a través de ellos

Ya para mediodía nos pusimos a limpiar. Nunca has sido muy ordenada y yo que pienso que sólo puedo exigirte lo que yo soy. Aprobé con la sonrisa cuando me preguntaste si tu cuarto ya estaba limpio. El vagabundo volvió y habló con su celular. Tú me preguntaste que si cuando tuvieras su edad tendrías también uno y te condicioné el pedido a cambio de buena conducta. Una felicidad revitalizó tu cuerpo como si ya te hubiera entregado el aparato. Fuiste a tu cuarto de nuevo y te pusiste a hacer la tarea sobre tu cama pulcramente tendida.

Como tu maestra ha pedido fotos de los niños haciendo los trabajos, tú en todo momento estás al acecho de mi instinto paparazzi, mirando de reojo a ver si te estoy enfocando con la cámara. La prisa nos ha abandonado y puedes preguntarle a tus peluches las respuestas de las multiplicaciones sin que yo te esté llamando la atención.

Desde el marco de la puerta, como las piedras silente de la calle, te observé sin moverme, tratando de que el cordón fantasmal se tensara y te dieras cuenta de que yo estaba ahí. En tu pequeño cuerpo cabe cada vez menos tu ser, cada día la casa parece encogerse ante ti. Me da una nostalgia de fósil cuando ese ser que eres tú se va dispersando hasta los lugares no-tuyos: la sala con tus tijeras, mi escritorio con tu plastilina y mis letras con tu imagen.

Conservando mi identidad de piedra recordé cómo en nuestra casa anterior marcamos tu crecimiento, esas marcas horizontales de tu estatura en centímetros parecían las capas superpuestas de tierra colorida que se estudian en geología. No te pude comparar con una roca como yo, se me vino a la mente un ciruelo en crecimiento nutriéndose de esas capas de tierra.

5. Por mucho que crezcan los hijos, para las madres, siempre serán ciruelos en crecimiento

Hice de comer ensalada de pollo. Me dijiste que ya me habías dicho que no te gustaba y me miraste de forma tan larga que creí el tiempo se había detenido. Luego te volteaste. Tus uñas mal pintadas de negro hacían juego con tu blusa; “*girl power*” se leía sobre la rosa blanca que estaba al centro. La primavera nos rodeaba. Te comiste la ensalada apartando la lechuga más verde, esa que te encanta comer sola o en los sándwiches.

Durante el resto de la tarde estuviste quebrando tostadas para comerlas en triángulos que geoméricamente se amoldaban a tus manos. “¿Me prestas tu celular?” No sé cuántas veces he escuchado salir esa pregunta de tu boca con el mismo tono entre tierno y amenazante.

Sé que si no te lo presto preguntarás “¿qué horas son?” cada diez minutos, como los has hecho desde que empezó todo esto. El último día que fuiste a la escuela no lo disfrutamos como nos hubiera gustado, no sabíamos que no habría más. No sabemos tampoco cuándo será el último de estos días y tampoco lo disfrutaremos. Con tu petición cumplida, te recostaste en la sala a ver los *tik toks* pero después de un rato dejaste el celular lejos de ti y de mí, como a propósito.

6. Las madres nos angustiamos porque no sabemos cuándo es el último día de infancia de los hijos

Salimos a los campos de fútbol que están en frente. A esa hora fuimos los únicos dispuestos a desgastar los tenis. Atravesaste el aire en tu bicicleta y marcaste sus llantas a mi alrededor haciendo un tejido circular en la tierra, sudaste de tanto pedalear y callar. “¡Ma!, ¡ya sé andar en la bici de Alan!” No te aguantaste. Me sentí orgullosa de que lograras algo que te habías propuesto pero no te lo dije porque no quería bajar tu velocidad; sólo sonreí.

Cuando el vagabundo, tú y yo, jugamos al “gato” con una de las gomas del manubrio de tu bici me sentí feliz. No me di cuenta

hasta la noche que estaba a punto de dormir, pensé en que algún día, cuando acumules más años, te podré ejemplificar por qué Antoine de Saint-Exupéry dice que la felicidad es invisible a los ojos. Esa noche tuve insomnio.

7. Las madres nos apartamos y sonreímos cuando, a pesar de las adversidades, los hijos logran sus metas

El final del día nos juntó para la cena y entre cada bocado los planes del día siguiente se fueron compartiendo. Ustedes los niños son muy adaptables, nosotros los adultos crujimos cada que nos doblan poquito. Después de que dijiste “buenas noches” y apagaste la luz, pensé en los recuerdos que te mantendrían en la cama unos minutos cuanto tuvieras mi edad, el cómo me recordarías y el cómo percibes esta situación dentro de la casa, lejos de la histeria colectiva, de los miedos adultos y de la inseguridad económica, no imagino, aunque quiera, como es tu perspectiva o cómo serán tus memorias. Luego pienso en las cosas que yo pasé con mis padres y que no asimilé como ellos.

Mientras me pongo la pijama pienso en el papel de madre que dejo tirado en el piso junto con mi pantalón de mezclilla y mi blusa negra. Me permito ser vulnerable unos momentos y me recuesto sabiendo que la noche será más larga que otras.

Las madres no lloramos frente a los hijos en la pandemia porque no queremos que ellos nos vean tocándonos el rostro al secar las lágrimas.

Las madres necesitamos hablar de los que nos hace madres.

Tonalá, Jalisco, abril de 2020

Día de confinamiento 1438

Efraín Villanueva

Me ofrezco a ir por las provisiones de la semana, pero Sabeth insiste en acompañarme. Aborrece el teletrabajo que se le ha impuesto. Antes de la pandemia, solo toleraba nuestros fines de semana carnívoros y alcohólicos, de encierro y televisión, para complacerme. Es humana: entre más severa la restricción, mayor su deseo de ir en contravía. Le cuesta aceptar la nueva realidad en la que *querer* ir al exterior no es suficiente para hacerlo. Hay que preguntarse, primero, si es *necesario*.

Andamos de la mano, manteniendo el mayor trecho posible con los demás transeúntes. Yo prefiero caminar en zigzag, aun si nos toma más tiempo del habitual, y la jaloneo hacia la acera contraria antes de que cualquiera se cruce con nosotros.

Rewe es una de las cadenas de supermercados que ha decidido limitar el número de ciertos artículos esenciales por comprador. El aviso de restricciones en la entrada ha sido modificado, a mano, varias veces en las últimas semanas. En lugar de las cinco unidades iniciales se ha pasado a un kilo de harina, medio de azúcar, dos paquetes de pastas, una bolsa de arroz, tres empaques de leche y doce rollos de papel higiénico.

La cafetería y panadería continúan abiertas, pero sólo para llevar. El área del comedor ha sido clausurada con un aviso enorme en el que ofrecen disculpas y ruegan comprensión. Hay una larga línea en el kiosco que también funciona como oficina postal. El distanciamiento

social ha revivido el deseo de enviar cartas y paquetes. La desesperanza general ha incrementado las inversiones en boletos de lotería.

Los ojos de los compradores destellan menos desespero del que la turbulencia de estos días ha causado. Sabeth ve en ellos tranquilidad. Yo, resignación.

Pequeñas mascotas de cuarentena empezaron a aparecer en Dortmund en marzo de 2020. Imagen de Elisabeth Brenker.

Nada falta en las estanterías excepto pastas, enlatados, granos, huevos, leche, jabones de mano y por supuesto, papel higiénico. Nos vemos forzados a tomar más orgánicos de los usuales, lo que incrementa la factura –mientras tanto, el salario de Sabeth permanece igual y mis encargos de independiente han disminuido. Las filas en la caja son largas y la gente obedece las señalizaciones de espera dispuestas en el piso cada dos metros. En los pasillos, sin embargo, el distanciamiento social muere inevitablemente.

De regreso en casa, la coreografía silenciosa con la que guardamos la compra –suficiente para la siguiente semana– es quebrantada por un ruido. Sabeth me pregunta si estoy bien. No le respondo. Contemplo las cuatro recién compradas botellas de *vinho verde* que he destrozado accidentalmente, mientras mido el riesgo de regresar al supermercado.

En Alemania: diecinueve mil infectados, doscientas sesenta muertes y ciento cuarenta y siete recuperados.

En esta ciudad, con su medio millón de habitantes, ciento cuarenta infectados, casi tantos como el conteo nacional de Colombia y sus cuarenta millones.

Los italianos han enviado a sus casas a cuatro mil cuatrocientos cuarenta recuperados, pero no saben qué hacer con similar número de muertos. Camiones del ejército, repletos de ataúdes, desfilan en sus calles.

Dortmund, Alemania, marzo de 2020

En el reino de la mentira

Satori Ko

Quedarme en casa no es nada nuevo para mí. Extraño las interacciones universitarias y a los nuevos amigos que había hecho, pero estar aislado está lejos de serme una tortura o siquiera algo nuevo. Por otro lado, la razón del aislamiento, la pandemia del Covid-19, ha dado una característica especial a esta cuarentena: el estar atento a lo que ocurre.

Mientras que en otras ocasiones podía sentir al mundo ajeno a mí, girando lejos, muy lejos; en esta ocasión me siento ligado a él por una red virtual que hace treinta años habría sido impensable.

Porque no estamos hablando sólo de las noticias oficiales (y no tanto) sino de las reacciones específicas de las personas que (desesperadas, enfadadas y todo lo demás) le gritan de continuo al abismo sin fondo de las redes sociales, mismo abismo donde nos vamos encontrando unos a otros gracias a la magia de perversos algoritmos que insisten en «conectarnos».

¿Pareciera que quiero satanizar las redes? No del todo, más bien me ha angustiado el reflejo que el abismo nos ha reflejado. Nunca como en estos días había sido tan patente el profundo cisma en que se ha estado fracturando irremediablemente el mundo. Los bandos se forman de manera «orgánica», los que creen y los que no creen; conspiraciones y datos manipulados y argumentos lógicos y absurdos, sentimientos, emociones y esperanzas de cambio junto con la sobria perspectiva de que tal vez todo más bien empeore.

En otros tiempos habríamos estado encerrados en una casa, un cuarto, obligados a interactuar hasta la tragedia como en tantas obras de teatro. En este caso tenemos un cuarto de infinitas proporciones donde también estamos encerrados, donde la interacción no es obligatoria pero también la buscamos (¿qué tan autodestructivos podemos ser?), donde queremos encontrar puntos de resistencia que nos confirmen que no estamos solos, que hay algo, pues si tu mano, si tus palabras... no topan con nada, es porque estás solo... o ignorado, que es peor. Deseamos el conflicto y la destrucción, tal vez para evitar redirigir esas fuerzas contra nosotros mismo. Tal vez.

Pero aquí es donde comienza mi verdadero lamento: ¡qué diferente pudo ser todo! Porque jamás en la historia habíamos estado más preparados para lo que ocurre. Tenemos la tecnología y todos los medios para hacer frente a una pandemia que, aunque terrible, está lejos de ser la peor. La magnitud del problema no es nada que no pudiéramos resolver, eso está claro. Lo que también está claro es que «no quisimos».

Llevamos décadas de advertencias sobre los peligros de un desastre de esta naturaleza y para lo único que parecen haber servido, es para fundamentar teorías conspiratorias sobre «lo raro» que es que supieran lo que iba a pasar. Siempre ha habido temas más importantes, más urgentes, más redituables, y con las llamadas de atención pasadas (SARS, Ébola, H1N1, etc.) no bastó. Pero todo esto acaba siendo secundario, me parece. Porque lo realmente lamentable es la manera en que hemos desperdiciado nuestros medios de comunicación.

En un mundo de fantasía nos seguiríamos regocijando de que un mensaje de aquí a la India toma micras de segundo en lugar de años. Y no sólo mensajes, imágenes, audios, ¡videos! En este mundo de fantasía que quiero pintar, las personas tienen opiniones diversas, dialogan entre sí y tienen fuentes confiables que se contrastan razonadamente unas con otras.

Pero eso es fantasía. La realidad es que los peores vicios humanos se explayan en este paraje digital. Escogemos qué noticias creer con base a qué narrativa nos parece más simpática o coincide más con nuestros prejuicios. Prescindimos de la lógica y a veces hasta la acusamos de tiránica. Otros vicios son más comprensibles, el mundo sigue siendo enorme y nuestra información sobre el mismo, incompleta, es natural querer llenar todos esos huecos con lo primero que se nos ocurra, porque aceptar la propia limitación es una de las pruebas más duras para el ego (la arquetípica frase «sólo sé que no sé nada» no siempre da a entender el nivel radical de humildad que pretende).

Pero la verdadera raíz de todo esto es la mentira. No hablo de la mentira inconsciente o de la mentira ignorante, sino de la mentira perversa y voluntaria que delata que de fondo somos un mundo en guerra. Países, unos contra otros de formas más o menos veladas. Personas que atacan a otras para aprovecharse y obtener los beneficios, viendo en la ganancia a corto plazo más valor que en una comunión que a la larga beneficie a más.

En este momento en que nuestra ventana al mundo se ha reducido a nuestras ventanas literales y a las distintas pantallas que poseemos, podemos percibir claramente la distorsión monumental en que las redes de mentiras hacen de lo cierto, dudoso, de la sospecha una certeza y de mil gradientes más donde no podemos percibir dónde empieza y dónde acaba lo cierto, lo verdadero, no sólo ya en los medios, sino en nosotros mismos. ¿Qué tan objetivo estoy siendo, qué tanto de lo que tomo como verdad, es verdad? El escepticismo está allí, al acecho, pero el humano no soporta vivir de dudas, necesita verdades y tomamos las que podemos.

Mientras tanto, me alegro sinceramente de que todos los medios a mi disposición me permitan seguir en tiempo real lo que tal vez está pasando al tiempo que disfruto de todas las oportunidades

#TextosAislados

de esparcimiento y formación (estamos de acuerdo en que no faltarán libros para leer), eso sí, con un horrible y amargo regusto de que todos, como humanidad, podríamos estarlo haciendo mucho mejor.

Guadalajara, abril del 2020

Todos los días son domingos

Alejandra Quintero

Todos los días se han convertido en domingo, el poco ruido en las calles, la certeza de que sólo existen los espacios de casa para transitar, la extraña calma de quien sabe que no tiene nada que hacer ese día, combinada con una especie de nueva rutina que te permite decidir si trabajas, descansas, comes o sales al patio a que te dé el aire.

Honestamente, yo no creo haber comenzado a sentir siquiera la cuarentena. No sólo porque mi forma de trabajo siempre ha sido en casa y dependo básicamente de puras herramientas digitales, muy poco contacto humano. Y aunque soy una persona muy sociable, quienes me conocen saben que me encanta la fiesta, tampoco puedo negar que me siento en mi zona de confort cuando puedo controlar mi entorno.

Los días se me van entre levantarme temprano, tomarme una pastilla, buscar información, generar imágenes, *post*, encontrar un poco de creatividad en el silencio. Si me siento bien, hacer un poco de cosas de la casa, si no, dormir a ratos, descansar, para continuar trabajando. Durante todo el día y todos los días conservo comunicación con mis amigos más cercanos, hablamos de las noticias, la imprudencia de las personas, memes, el miedo, lo que sentimos, y siempre llegamos a la conclusión de que aunque no podamos vernos y abrazarnos, esperamos que todos tengan una red de contención emocional como la que nosotros nos significamos.

Siempre estoy pegada a la computadora, leo noticias, buenas, malas, alentadoras, catastróficas, no me pierdo la rueda de prensa diaria y trato de procesar tanta información que nos bombardea por todos lados, sobre todo cuando mi trabajo implica estar pegado a las redes sociales, y lo hago no sólo por no morir en la ignorancia, sino porque también de esa forma ayudo a mi familia a que juntas tengamos mejores procesos de reflexión, mejores cuidados mutuos y que no nos dejemos llevar por el periodismo amarillista, las cadenas inservibles y la incredulidad de la gente que solo ayuda a la ignorancia de otros.

Pero por otro lado me doy cuenta, como era de esperarse, que la gente pasa más tiempo en las redes sociales, no necesariamente para mantenerse informada, sino para poder interactuar con otros seres humanos, para sentir que a través de los *likes* alguien les escucha, les ve. Se les nota enojados, frustrados, y pienso que es lógico, que el encierro no va bien con todos, que la sobreinformación es algo muy complicado de asimilar. Aún así no deja de ser triste el darse cuenta de que aquellas personas que considerabas inteligentes distan mucho de serlo, y que el encierro saca su verdadera personalidad, su contraparte intolerante, tendenciosa, egoísta, esos lados oscuros que ahora se muestran sin tapujos.

No son días fáciles, cuanto más pasa el tiempo vamos temiendo más, por nuestras familias, el futuro, el trabajo, cómo nos recuperaremos de esto, cómo vamos a volver a salir a las calles, cómo vamos a enfrentar las ausencias que ni siquiera imaginamos ahora, qué va pasar con todos aquellos que no pueden permitirse quedarse en casa. Pero quizá justo este miedo es el que nos permite aferrarnos ahora a los pocos alicientes que vamos encontrando en el camino, valorar más las presencias, el tiempo, el trabajo, la vida.

En realidad no sé cuándo terminará mi confinamiento, si tendré más meses para reflexionar sobre esto, pero me niego a pensar en ello por ahora, intento reiniciarme cada día para no acumular la

pesadez de las horas, me entretengo sólo en esos lapsos de tiempo en los que simplemente veo al sol moviéndose por las paredes de mi cámara, me concentro en respirar, tan solo respirar... pienso un poco en esas frases cursis pero entrañables que a veces nos decimos con mis amigos, esperando el día de volver a vernos porque somos una familia, pensando que todo esto va pasar en unos meses y que finalmente los días dejarán de ser domingo siempre.

Morelia, Michoacán, primavera 2020

Cartografía de la catástrofe

Héctor Echevarría

El día de hoy ensayaré una cartografía de la catástrofe. Pensaré en el carácter reiterativo de mis actos, en mis gustos monote-máticos, en las incesantes manías que florecen en este periodo forzado de cuarentena.

Me despierto a las nueve de la mañana. Siento en los párpados los sedimentos de un sueño lúcido, constante, repetitivo. El eterno retorno de lo mismo. Media hora después, me levanto definitivamente de la cama. En el mueble contiguo reposan mis anteojos, una taza que me regalaron mis alumnos, un libro de Gaston Bachelard, el celular, la computadora. Reviso ansiosamente los mensajes de whatsapp. Nada nuevo: el comentario trasnochado de una amiga, los escalonados mensajes de un grupo intrascendente, las noticias amarillistas de mi abuelo Adolfo. Así se va dibujando y desdibujando el tedio.

Luego tomo la computadora, la enciendo, me meto a Google y anoto la palabra temida, los signos irrefutables de la catástrofe: *Coronavirus*. Me hundo, como millones de personas, en una especie de zozobra virtual. ¿Qué será de nosotros?, retumba la pregunta en mis sienas. *Coronavirus: la pandemia que ha puesto en jaque al mundo entero*, leo en uno de los titulares. Cifras, cifras y más cifras. Todos los periódicos del mundo fomentan un pánico inédito, universal. Las noticias le llegan a uno hasta el tuétano, alimentando nuestros miedos más recónditos. Sería más preciso decir: hasta la amígdala cerebral, el epicentro orgánico de nuestras ansiedades.

Me preparo un café. “El néctar negro de mis sueños blancos”, dijo días antes de quitarse la vida Manuel Acuña, según el testimonio de Juan de Dios Peza, su mejor amigo. Con el café siento una taquicardia. No me importa. A pesar de que la cafeína me altera, sin una taza de café por las mañanas mi vida resultaría inequívocamente uniforme, grisácea, insostenible. “Sin café y sin literatura, la vida sería un error”, parafraseo el aforismo de Nietzsche.

Imagino que, como yo, mis vecinos también están resguardados en sus casas. Qué gran paradoja: es primavera y en las calles se respira una atmósfera de muerte. Una pandemia. Se supone que la primavera es la estación donde florece la vida, donde lo único que se propaga es el deseo de vivir y no este virus mortífero que asola la ciudad. Hasta qué punto hemos llegado: estamos a las puertas del Apocalipsis. Apocalipsis que, sobra decirlo, nosotros hemos forjado a lo largo de los siglos.

Entonces, no sé por qué razón, entre los trazos sin sentido de esta cartografía de la catástrofe, me asaltan las palabras de Italo Calvino en sus *Ciudades invisibles*: “el infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio”.

Habitamos el infierno; es más: lo sufrimos cotidianamente. El futuro como tal se ha convertido en lo que en esencia es: una palabra hueca, inexistente. Sólo nos queda este instante. También la dura incertidumbre de no saber cómo culminara esta situación, es decir, si en los próximos años no sobrevendrán otras pandemias, catástrofes sin tregua, hecatombes nucleares.

Con mi taza de café en la mano, sintiendo el caballo desbocado de mi corazón, miro filtrarse por la ventana los resplandores de la mañana, que, es preciso decirlo, van desbaratando lentamente los negros presagios de mi vida. Un día más ha comenzado.

Uruapan, Michoacán, abril de 2020

Historiar desde el encierro

Víctor Gayol

G. Wells escribió, hace un siglo: “La historia humana se convierte, cada vez más, en una carrera entre la educación y la catástrofe.” La frase es de su obra *Perfil de la historia*, que se comenzó a publicar por entregas de 24 fascículos en noviembre de 1919 y, ya como libro completo, se imprimió en 1920. *Perfil de la historia* es un ensayo enciclopédico que hace un relato desde el origen de la Tierra y la evolución de la vida sobre ella hasta la Primera Guerra Mundial (1914-1918).

Fue escrito y publicado en medio de la gran pandemia de influenza (H1N1) que asoló a todo el mundo desde enero de 1918 hasta diciembre de 1920. La influenza enfermó aproximadamente a 500 millones de personas, esto es, a un cuarto de la población mundial de entonces. Por esa enfermedad, de hace justo un siglo, se ha estimado que fallecieron cerca de 50 millones de personas, es decir, alrededor de un 2.5% de la población total.

Hoy es 12 de abril y retomo la escritura de este texto que me invitó a escribir Jaime Garba por ahí del 21 de marzo. He perdido la cuenta de los días en el encierro por la pandemia de Covid-19, pero me ha servido para reflexionar mucho acerca de la frase de H. G. Wells y el momento en el que se escribió, pues hoy cobra mucho sentido. Para mí como historiador, para ustedes como lectores.

La historia humana no está separada de la historia natural, de la historia de la Tierra, de sus ecosistemas, que incluyen plantas, animales

y a esas entidades que son los virus. Por supuesto, la historia humana tampoco está dissociada de la historia del cosmos, aquella que tan maravillosamente nos relató Carl Sagan hace unas décadas. Pero esa historia cósmica, que incluye planetas, estrellas, galaxias y meteoritos, parece que hoy no nos afecta tan directamente como la historia natural de nuestro planeta. Porque de pronto, la aprehensión que provoca el pensar que un meteorito pudiese chocar con nuestro planeta, generando una gran catástrofe como la que extinguió a los dinosaurios, ha dejado lugar al miedo y la preocupación por una pandemia.

Lo constatamos justo ahora. Como nuestros abuelos o bisabuelos lo constataron hace un siglo con la pandemia de H1N1, o la gente de antes con las epidemias de cólera que asolaron al mundo en el siglo XIX, o con las de viruela, matlazáhuatl y cocoliztli que mermaron a la población de los pueblos originarios tras la conquista europea. Y así, nos podemos remontar hasta las plagas de la época de Justiniano o las de Atenas.

Con estos dos párrafos de entrada, creo que ha quedado claro el cómo los historiadores y otros bichos dedicados a leer y escribir vivimos el encierro. No en balde dicen que somos... “ratones de biblioteca” ... porque nos la pasamos pegados a los libros y a los cuadernos, a los papeles, a los lápices y a la plumas fuente, esas amables que recargas con tintas de diferentes colores para escribir distintas cosas. Hoy, también, estamos pegados a las computadoras y los dispositivos móviles por su capacidad de navegar por Internet para recuperar información alojada en la web. Y así es que vivimos los ratones de biblioteca, casi sin salir de ese entorno lleno de libros, pantallas e información que nos hemos construido en algún cuartito de nuestras casas.

Ser ratón de biblioteca es algo que se lleva en la sangre, en el carácter, creo que casi desde el nacimiento. Aunque también influye el contexto y la educación. En mi infancia, había más libros en la casa que juguetes, porque mi madre era una compradora compulsiva de

libros y enciclopedias. Y, aunque en su consultorio médico tenía mucha literatura ligera para entretener a sus pacientes en la sala de espera –como el *Reader's Digest*–, en casa había enciclopedias científicas, colecciones de literatura clásica, las obras completas de Freud y cosas por el estilo. Aparte de aprender a disfrutar la lectura, lo importante era aprender a seleccionar la lectura.

Con el paso del tiempo, leer y escribir fue una actividad que tomó el lugar del juego. De tal manera que, en vez de salir a la calle a echar la cascarita, buscaba la manera de pasar la mayor parte del tiempo leyendo, encerrado. Así es como pude leer de un tirón, *Guerra y paz* en dos semanas de vacaciones, *El nombre de la rosa* en una Semana Santa; *El Ulises*, de Joyce, durante la convalecencia cuando me sacaron las cuatro muelas del juicio.

Y aunque ser ratón de biblioteca te dispensa de una sociabilidad exagerada, lo cierto es que siempre buscas el diálogo con otras personas que leen y escriben. Y así como aprendes a seleccionar las lecturas, vas seleccionando a las personas con las cuales intercambiar ideas. Aunque esta selección –de lecturas y de personas– no siempre la haces de manera consciente, racional y calculada. Está presente, la mayoría de las veces, esa fuerza de atracción imperativa –o rechazo– entre las personas que alguna vez Goethe denominó las afinidades electivas ...que es una metáfora de esa fuerza que, en la naturaleza, hace que ciertos minerales se vinculen y unan con ciertos minerales y no con otros, o que se separen y sean incompatibles desde siempre. El agua y el vino se mezclan, el agua y el aceite siempre se separan.

Internet ha creado no sólo la posibilidad de acceder a información desde la pantalla de tu computadora. También, ha permitido establecer relaciones con personas que están a miles de kilómetros de ti, gracias a las redes sociales. Con ellas puedes, incluso, conversar en tiempo real sin tener que esperar lo que tardaría una carta en ir y volver su respuesta, en tiempos previos a la Internet. Y aunque Internet y las redes sociales tienen sus cosas negativas –las falsas noticias que

esparcen el miedo y permiten manipular el ánimo de las personas, los *trolls*, los *bots* y un sinnúmero de elementos tóxicos—, es posible encontrar información y personas valiosas en ella.

Hacia la mitad de enero de este año, me topé en Twitter con Alfonso Araujo (@Alf_ArGzz), director del México-China Center. Inmediatamente hubo ese clic de afinidad electiva y nos empezamos a seguir en la red social. Alfonso lleva viviendo cerca de veinte años en la ciudad china de Hangzhou, muy cerca de Wuhan, el epicentro de la actual pandemia. Desde la segunda quincena de enero, Alfonso comenzó a hacer un diario muy pormenorizado —en Twitter y en sus blogs—, del desarrollo de la epidemia. Para el 23 de enero, China tenía 25 muertos por el virus.

Al día siguiente, Francia informaría de sus 3 primeros casos de contagio. En México, todavía veíamos eso como algo que estaba sucediendo en algún lugar exótico del lejano oriente. Desde entonces, Alfonso ha seguido contando en Twitter tanto la experiencia personal del encierro, las estrategias del gobierno chino, como también una serie de cifras estadísticas. Y es que a Alfonso, ingeniero interesado en la economía y la historia, se le dan bien los números.

A mí no se me dan tan bien los números, pero los entiendo cuando están bien argumentados. Al ver lo que estaba publicando Alfonso y contrastar con el conocimiento del comportamiento humano que me ha dado la historia y la antropología, imaginé un escenario de emergencia sanitaria global como el que hoy estamos experimentando. Intuí, de manera temprana que tendríamos que modificar en mucho nuestras actividades, nuestras actitudes. Y ante eso, lo único que nos queda es tener paciencia y disciplina.

Al día de hoy, a nivel global, suman más de 113 mil muertos y 1.8 millón de contagiados por un virus para el cual nuestra civilización no tiene una vacuna. Aquí regreso a Wells. Tenemos cultura, educación, hemos construido cosas maravillosas como especie. Los

libros son una muestra de ello. Pero, cuando sobreviene una catástrofe biológica, quedamos inermes y a veces parece que toda esa educación y esa cultura no nos ofrece salidas. Es entonces que viene la pregunta: ¿Qué podemos hacer?

Quienes puedan, láncese a vivir en el encierro de manera racional y emotiva. Esto es, pensando en cada situación, la posibilidad de allegarse los insumos necesarios para la subsistencia sin caer en las compras de pánico y ese tipo de estupideces. Teniendo empatía. Lo que toca es que tengamos consciencia para que todas las personas puedan acceder a una buena forma de vida.

Darse un espacio para uno mismo también es importante. Ejercitar el cuerpo y la mente con yoga o calistenia todos los días es fundamental. Ten en cuenta que la casa donde habitas debe estar extremadamente limpia: barrer, trapear y sacudir representan una excelente analogía de cuando ibas a calentar al gimnasio. Hoy es el mejor momento para encontrarte con tu cuerpo, con tu mente, con tu intelecto. Yo sé: a veces, no te da el cuero para levantarte temprano. No importa. Que eso no sea un impedimento.

Encuentra un momento para meditar y no dejarte llevar por los miedos, los pensamientos negativos y esas cosas tóxicas. Centra tu meditación en el aquí y el ahora. Recuerda que vives en el cuerpo de un homínido que echa en falta colgarse de las ramas de los árboles y hacer cabriolas. Dale espacio a ese homínido y aprende a convertirlo en un ser en busca de su propia sadhana. Pero quédate en casa. Comparte entre los otros homínidos de tus redes tu experiencia. Muestra empatía. Pero quédate en casa.

Jacona, Michoacán, México, abril del 2020

Algo más salvaje que el mar

Ana Aguilar

Desperté deseando que todo fuera un sueño, pero la realidad se interpuso antes de terminar el deseo. Con la consciencia todo se convirtió en Covid-19, un lunes eterno. Esa inmensa ola lejana por fin estaba sobre nosotros partiendo en pedazos nuestra vida diaria. “Quédense en casa”, nos recomendaban los amigos de otros países, empero lo terco de nuestra cultura se encima con la incredulidad y la gente continúa saliendo, divirtiéndose, restándole seriedad a esta pandemia. Al pronunciar la palabra debo apretar los dientes para no sentir escalofrío. Suena interminable.

Y así es, su capacidad de contagio es alta, se propaga despiadadamente. Desde el primer paciente positivo en México mi mente no ha dejado de estar alerta, procesa información Covid en todos los aspectos. Todos los días salen actualizaciones médicas de protocolos y manejos por todo el mundo.

Soy anestesióloga, una de las especialidades a las que se le resta la importancia meritoria, no obstante en tiempos “del fin del mundo”, como muchos le llaman a esta situación nunca antes vivida, somos de los profesionales más indispensables: enseñamos y ayudamos a nuestros colegas en varias situaciones.

Estar en la línea de fuego es lo que más preocupa por el miedo al contagio, porque a pesar de día con día enfrentar a la muerte en el quirófano y venerarla cada noviembre, le tememos más que nunca.

El tiempo transcurre tan lento que pierdes la orientación del día en el que estás. Vas solo contando un día menos o un día más; solo importan los viernes porque irás a resguardarte en casa, a la cual nunca antes habías tenido miedo de llegar. Ahora caminas pensándote con el virus encima: en la ropa, en las manos, en el cabello, en todo el cuerpo. Debes repetir un protocolo estricto para ingresar al hogar. Sanitizar tu coche, dejar afuera zapatos, limpiar todo lo que tocaste, bañarte, lavar tus pertenencias con desinfectante y dejar libre de virus tus cosas personales. Todo para tocar con desconfianza a tu familia, esos a quienes quisieras abrazar para mitigar el miedo, para cultivar la esperanza y olvidar el ambiente hospitalario donde ya pocos ríen, están distraídos, enojados, incluso algunos al borde del llanto.

El folklore de las salas de espera se convirtió en silencio, en miradas de asombro ante cualquier movimiento o estornudo. Es un ambiente tenso, hostil.

Lo que más pesa es pensar en que alguien de la tropa caiga. ¿Cómo mantenerte fuerte ante eso?, intubar un amigo, verlo perder la batalla no será nada fácil. Es el pavor de todos. Ver cómo algunos con patologías siguen trabajando porque les negaron la incapacidad. Pero los directivos en algunos hospitales fueron los primeros en ponerse a salvo. Los demás sólo somos un número más.

Algunos ya nos aislamos de nuestros familiares más vulnerables, yo dividí mi casa y vivo en un cuarto, paso despensa a mis papás y mi hijo solamente. Los veo por una ventana, pero están cerca.

Algunos enviaron a sus hijos a otra casa, incluso a otra ciudad. Mi niño me pregunta si puede visitarme, dice que él puede romper la puerta como un ninja para verme.

No dejo de pensar en los que perdieron su trabajo. Hace una semana vi meseros vendiendo agua en los semáforos.

Algunos amigos me contactan con crisis de ansiedad, otros preguntando cómo está realmente la situación o si ya vi morir a alguien.

Otros comprenden lo rudo de la situación como profesional de la salud y me preguntan cómo estoy.

¿Cómo estoy? Digamos que con insomnio, incertidumbre y en proceso de adaptación. Llorando porque mientras escribo esto, 16 de abril de 2020, mi abuela cumplió 94 años y cerca de las 16:00 horas falleció por secuelas de un sangrado y una neumonía presentada hace un par de semanas. Le tomaron una muestra para descartar Covid por los síntomas respiratorios y la manejaron con ese protocolo. Hasta el día de mañana sabremos los resultados. No podrá ser velada, no la podemos ver por última vez ni despedirla, incluso no podremos consolarnos ni abrazarnos. No le llevaremos flores, no podremos hacerle misa... así directo irá al crematorio.

Ni siquiera le podré llorarle como quisiera; mañana debo tomar mi equipo de protección: un cubre bocas N95 que me causa resequedad en piel y vías aéreas, unos googles que no puedo quitarme en todo el turno -porque no sé quién pueda ser portador del SARS-CoV-2 – y que casi me ulceran la piel de la frente y nariz haciendo que arda como chile (ahora sí entendemos esa frase los anesthesiólogos). Deberé sentirme un poco tranquila porque esto no es lo peor. Al estar al frente de pacientes Covid portaré un uniforme de polipropileno que me hará “sudar como un cerdo”, una máscara pesada e incómoda que no me permitirá respirar y tendré que alzar la voz para que los demás me escuchen.

Todo esto derivará en un constante maltrato a mi cuerpo. Deshidratada, exponiendo los riñones por no beber el líquido necesario y evitar ir a orinar para no desvestirme y exponerme al contagio más de lo debido y a su vez no desperdiciar material, el que de todas formas no tenemos. Derivará un cabello reseco de tantas lavadas, las manos agrietadas de tanto alcohol y látex, la cara marcada si tengo suerte y no se convierten en úlceras, y si mi disautonomía me lo permite, no desmayarme por la presión baja.

#TextosAislados

Siempre he pensado que a nosotros como médicos la residencia nos prepara para un apocalipsis. No duermes, no comes, no ves a tu familia, soportas el maltrato, en ocasiones la humillación y castigos. Pero nunca, nunca... estás pensando en la posibilidad de morir.

Solo puedo decir que una pandemia saca lo peor o lo mejor de ti mismo. Te hace fuerte aunque la vida se ensañe en demostrarte que te quiere joder. Te das cuenta de tu realidad, de la gente que te ama y simpatiza contigo, te das cuenta de los miserables que solo ven por ellos, de la importancia de tu cuerpo, de las comodidades con las que cuentas. Reiteras que la familia es lo que más importa y notas que te enfrentas a algo más salvaje que el mar.

Guadalajara, Jalisco, abril del 2020

Same same

Carlos Underwood

Reviso el mapa elaborado por la universidad Johns Hopkins y confirmo que en Vietnam nadie ha muerto por la covid-19. Según el centro de investigación, el país asiático contabiliza 271 casos positivos de coronavirus y sus secuelas se acercan más a una anécdota que a una catástrofe como en el resto del mundo. Las cifras me confunden, pero me sacan una sonrisa y me hacen recordar a mi amigo Hô Viêt Loa.

Loa vive en Đà Nẵng, una ciudad protegida por un dragón y con una población que experimenta daños irreversibles en sus genes como herencia maldita por el ataque indiscriminado de dioxina durante la invasión estadounidense a Vietnam, entre 1961 y 1971.

Los gringos no sólo esparcieron impunemente el mortal químico en los cultivos y en el agua, enterraron miles de galones de *agente naranja* en las entrañas de Đà Nẵng y otros puntos del sudeste asiático. Pese a la devastación y una contaminación subterránea que aniquiló a millones, los vietnamitas siguen en lucha contra el herbicida y ahora contra el *SARS-CoV-2*: los vietnamitas son guerreros inquebrantables.

Conocí a Loa por accidente. Me hospedé un par de días en el hostal de su familia y descubrí magia en un lugar no muy diferente a México. A pesar del idioma nos entendimos y surgió una amistad que ahora en la lejanía agrieta el corazón cada vez que recuerdo las comilonas en la azotea de su edificio junto a sus tíos y amigos y el café un día después antes de partir.

Same same, me repetía Loa cada vez que le decía que Vietnam se me hacía a México. *Same Same*, me repetía al tiempo que le explicaba que los abrazos, los besos y los apretones de mano también son un rasgo cultural en mi país que no nos deja indiferente, y menos ante litros de cerveza y rollos de verdura y carne. *Same same* le constaba con una sonrisa bien puesta en el rostro: *same same*.

El tío de Loa me abrazó con fuerza al decirle que estaba en Đà Nẵng por una búsqueda, una búsqueda para documentar las consecuencias del *agente naranja* en su tierra. No parpadeó. Se levantó y nos abandonó por unos minutos. Loa no dejaba de decirme *same same* como gesto de empatía y para seguir bebiendo. El tío de Loa no tardó en regresar con una caja de madera entre sus brazos. En su interior se advertía un tesoro, un par de medallas como premio de guerra.

—Son medallas de mi padre. Mi padre mató a muchos estadounidenses en la guerra. Es un héroe, me dijo.

—¿Dónde está? Me gustaría entrevistarlo, hablar con él.

—Está muy lejos de aquí, no es posible.

El tío de Loa me tomó del brazo, me miró fijamente a los ojos y por tercera vez me abrazó.

—Toma fotografías. Aquí están las medallas, son de mi padre. Me ordenó con suavidad el tío de Loa o eso entendí después de usar el traductor de Google en mi celular.

—Gracias, contesté y lo abracé por cuarta vez.

Reímos, hablamos de la guerra, de la comida, de cómo la fraternidad entre desconocidos sorprende e invita a seguir con la fiesta, a beber, a entender sin reglas cómo la noche es un simple pretexto para que las personas terminen de conocerse y contarse historias familiares, a abrazarse y a besarse nuevamente en un delirio infinito de alcohol y palabras.

—*Same same*. Así es México. —Les dije.

Eso aconteció el 16 de febrero, o el 18, no sé exactamente, pero fue en febrero. Recorrí Vietnam por tres semanas y el perverso coronavirus ya era noticia y una realidad en Occidente.

Mientras en Italia el *SARS-CoV-2* hacía estragos en la población, en Vietnam las medidas de contención se reducían a informar a la gente sobre cómo se propagaba el virus. En las calles se advertían carros del gobierno con pancartas ilustrativas sobre cómo evitar el contagio de la covid-19, la nueva enfermedad que supuestamente comenzó en un mercado húmedo en China. Ante la tempestad, el gobierno vietnamita cerró escuelas, unos cuantos bares, oficinas, pero la vida seguía sin mayúsculo bloqueo.

Loa me confesó que la gente en Vietnam no se rinde, no se deja vencer ante nada. Los vietnamitas han doblegado a los chinos, japoneses, franceses, estadounidenses, y aún no bajan la guardia ante la dioxina, un enemigo invisible y añejo cuyas consecuencias actualmente son terribles. Ahora, el *SARS-CoV-2* ataca, se extiende como tifón y al parecer, Vietnam lo combate sin bajas.

Reviso nuevamente el mapa elaborado por la universidad Johns Hopkins e intuyo el desastre. Casi 4 millones de infectados por la covid-19 y 263 mil muertos en todo el mundo. Contra todo pronóstico, Vietnam sigue luchando, sin muertos.

Escribo esto desde Belfast, en Irlanda del Norte, una ciudad que me ha aceptado a pesar de mi inglés imperfecto y mi odio al frío. Llevo más de 40 días de confinamiento. Pienso en mi amigo Loa porque extraño el contacto, las reuniones, los abrazos, las interminables noches con cerveza y hablar con desconocidos como si fueran mis hermanos: *same same*.

Aquí en Belfast, sin virus o con virus no hay dragones ni hay abrazos, sólo silencio.

Irlanda del Norte, 7 de mayo, 2020

No te metas con mi cucu

Ruth Maldonado Lobato

Sentada en el colchón a pelo. Metí a lavar las sábanas porque se cayó mi frapuchino con mezcal después de un fuerte viento que impulsó la cortina y ésta, a su vez, el vaso. De fondo La Sonora Dinamita con “Que nadie sepa mi sufrir” probando el “nuevo” estéreo viejo conectado a la Mac, porque las otras bocinas sonaban tan culero que parecía radio vieja tratando de sintonizar estación.

El ambiente huele a suciedad. Más temprano la perra se orinó en pleno comedor, y aunque hemos lavado con cloro y pino, mi puto olfato detecta alguna partícula que no quedó del todo removida, o quizás es mi obsesión jodida con los aromas que traspasan el tiempo y se impregnan en el recuerdo, algo así como memoria olfativa.

“Qué gano con decir que un hombre cambió mi suerte, se burlarán de mí, que nadie sepa mi sufrir”.

Esperanza en pijamas se ríe y su carcajada resuena en las paredes, envuelve cada superficie y va rebotando hasta llegar a mi habitación. Nueve días se dividieron como en tres y mañana temprano él parte. Y yo me siento tan encabronada porque viene y se va, así, sin más. Como si esto fuera un pinche hotel (hubiera dicho mi madre), pero soy tan egoísta que no tomo en cuenta que su partir paga las cuentas más caras y me da libertad de ser la puta esa que todos repudian y juzgan, y que apenas anoche me dijo: “yo te elijo así, antes me embriagabas de emociones y palabras, pero ahora te elijo conscientemente”. Y así, así dice amarme.

¡Carajo! Viene a removerme toda la vida, la casa, los jodidos hábitos que tengo, el egoísmo, la enajenación. Viene, “orina” como macho su territorio y se larga con promesas de retorno.

Emilio está encerrado en su cueva sufriendo el cambio de escuela: “no tenía planeado nada para el futuro. Sólo pensé que si fallaba en esta escuela, me suicidaba o algo”. Y yo emputadísima alegándole que deje los chantajes emocionales. “¡Pinche chamaco mimado y privilegiado!”, repito para mí.

“Sí Lupita, baila Lupita”, suena en el Spotify.

Entran y salen de la habitación. Me ven tomando nota y sé que en su pensamiento se repiten: “Está chateando”, mientras, se acabó “Lupita” y entra “Carola”. Me río porque la muy cabrona “me tiene pena”.

“¿Cómo mierda se descansa?” La canción sigue sonando, mi pinche mente sigue dando vueltas: la puta tarea, la puta tesis, la puta maestría, la puta contingencia, la puta vida.

Mañana se marcha y se queda todo a medias: el lavabo sin empaques, la hija esperanzada, el hijo chantajo-suicida, la mujer puta y abandonada.

–Vuelvo pronto, te lo prometo, quince días o un mes, quizás dos.

Buenas noches, mañana todo torna a lo de siempre. Eso sí, las plantas nuevas trasplantadas, la bicicleta estática aceiteada, él ausente y mi ovulación presente y... “No te metas con mi cucu”.

Morelia, Michoacán. Mayo del 2020

Días sin prosa

Gabriel Rodríguez Liceaga
(Fragmento de novela inédita)

Acumulo ya varios insomnios, siempre encadenados a su correspondiente día llevadero en el que desayuno mal, como bien y ceno pésimo. Leo, medito, veo pelis, me doy un fumón; pero siempre con la patina de la incertidumbre y el hartazgo. Material de inspiración, el canal de noticias está encendido en casa tácitamente, son como la licuadora o el reloj despertador o el derecho a la concupiscencia a deshoras de mis vecinos. “En Hermosillo ha tenido reciente apogeo una forma inconsciente de diversión. Le llaman Semáforo Ruso. Y, como su nombre lo indica, consiste en pasarse un alto a toda velocidad. Poniendo en riesgo no solo la vida propia, sino la de gente inocente”.

Estoy trabajando el doble y de nueve a nueve. Videollamadas, juntas, regaños, peloteos, presentar ideas. El encierro me tiene amarrado de manos en la recaudación de material que se vuelva viral. Viral como el virus que nos tiene hacinados. Hace un par de años estaba de moda eso de soltar el volante y bajarte del auto para bailar en la calle con el coche en movimiento. La gente comenzó a replicar esta propuesta que naturalmente y por fuerza, tenía que acontecer oyendo y bailando una canción y una coreografía en específico. Un cantante de norteño pagó millones por poner esta dinámica suicida de moda. ¿Semáforo ruso? Ya ni siquiera es gracioso que la gente muera por llana estupidez. Supongo que hay una marca de autos que quiere vender en Sonora un sistema de seguridad nuevo.

No estaba en mis planes necesitar de un clan de cervezas a las dos de la madrugada en martes, pero en ese momento dije en voz alta: voy por un six.

Camino de madrugada rumbo a la esquina en tiempos de pandemia. A mitad del trayecto está una tortería. El puesto ahora sólo es un recuadro de lámina bastante raspada y con el dibujo anatómicamente improbable de una torta cubana con maracas. No han abierto en un mes. Suena ruido proveniente del interior del local. El corazón del negocio es una radio que apenas si transmite un sonido empanizado. La conclusión me llega de golpe.

Hay gente viviendo allá adentro. Hay una persona en cuarentena adentro de las Tortas Unicornio. Ahí adentro se embriaga y se masturba o tiene sexo, se cocina, padece pesadillas y aburre un individuo. ¡Lo ubico! Un señor con el ombligo volteado hacia afuera, bajo de estatura, panzón, le va al Atlante, su bigote es de esos necios que mantienen la tosquedad del siglo pasado. Me detengo. La radio encima dos estaciones disímiles: algo que parece un noticiero y un bolero lánguido. ¡Aparece una rata! Enorme, peluda, larga como misa de ocho. Naturalmente me espanto. Exclamo un grito poco viril aunque a los cinco segundos ya estoy sereno.

Veo al roedor zigzaguear la banqueta con diligencia y enfermedad o hechizo. Cuando está por alcanzar las fauces del alcantarillado sale de la nada un automóvil a toda velocidad y la estela del sonido que genera. De un segundo a otro ya no hay rata. Solo un fiambre cerdoso sobre Río Lerma, una candileja de sangre, un piccito que se mueve milimétricamente. Miro el semáforo. En rojo. Semáforo ruso. De no haberme detenido a pensar en la tortería y su inquilino, quizá yo sería ese despojo neutralizado en el asfalto.

Vengo abrazando una caja de doce cervezas, la elegí y pagué de forma más que mecánica. Apenas entre a casa notaré que compré estúpida y estorbosa cerveza sin alcohol.

Pero, aun abajo, los edificios inteligentes a la distancia me alelan. Tienen las luces de todos sus pisos encendidas a pesar de que en aquellos cubículos no ha trabajado nadie en un mes.

Ustedes creen que están de pie, pero en realidad ya están de rodillas-. Digo en voz alta. Hablando con aquel conjunto de edificios inteligentes.

De inmediato siento que traiciono a todos los objetos inanimados con los que dialogué los últimos días en el departamento. Cuando regañé a una fila de libros por inclinarse, cuando amenacé de muerte a una cuchara, cuando le falté al respeto a una botella de plástico o le leí el futuro a una moneda de cinco. Y me siento estúpido. Como si el acto irracional de hablar con algo inanimado fuera exclusivo del encierro doméstico. Como si uno sólo pudiera hablar con cosas minúsculas y no con una hermosa y enorme construcción humana. La caja de cervezas me pesa.

De la tortería ahora suena, en medio del silencio, una canción para perrear hasta abajo. Me formo justo detrás del ritmo y acabo meneando los hombros. Ignoro a la luna que esa noche está vestida como si fuera a dar el anillo.

Me dan ganas de escupirle a un charco de grasa, atinarle justo al centro para modificar todo su colorido reflejo fluorescente. Carajo. Acabaremos extrañando cosas inéditas. Que un perro a la distancia le ladre a alguien que está aun más lejos, que un niño mugroso me venda un mazapán, que me ande del baño y conforme me vaya aproximando al hogar la caca se asome más y más con lujo de piel chinita, que un avión parta el cielo en dos crenchas desiguales. ¡Un puto avión que vaya a otro continente! Un avión que lleve a señoritas de belleza a un certamen aquí cerca, o mejor aun: que se dirija a Lesbia.

Estoy desvariando. El aeropuerto sigue funcionando, pero yo juro que hace meses no pasan los aviones por el cielo. Me siento solo y extraño a Margarita, no son la misma cosa. Habito un paréntesis

que yo no abrí. Pero los planes de toda la especie humana se han venido abajo, pensar que esto solo le está afectando a uno, es bobo y necio. Me acuerdo de la historia del hombre que está en el Sahara, angustiado porque no tiene arena para su reloj de arena. Llegando a casa veré una película.

En mi edificio sólo está encendido mi departamento. Dos ventanas proyectando golosina para los insectos del árbol, una franja de luz -a dos segmentos- tan inocua como esquinada. Sala y recámara. Todo alrededor es la oscuridad de los que duermen, esa bola de peligrosos extranjeros. Dejé prendida la luz. Existo. Hay un dios dormido en mi interior. Siento algo hermoso en contraste con la otra cuadrícula, la de los incontables focos encendidos a lo largo de treinta y tantos pisos. Que cada quien reine su mole de soledad vista desde abajo.

Volveremos a las calles, le digo a la caja de cervezas inermes mientras me la re acomodo buscando las llaves en mis bolsas del pijama. Volveremos a ser el estorbo de los demás. Y correremos cuerdas enteras porque ya no nos aguantamos las ganas de cagar y arrojaremos gargajos en la banqueta y le diremos a un niño que no, que no queremos comprar uno de sus dulces.

CDMX. Mayo de 2020

Una miadita en medio de la pandemia

Juan Mendoza

Diaro, a las 8.30 de la mañana, puntual desde hace seis semanas, una avioneta pregonera anuncia por un altavoz que te quedes en casa. Esa recomendación me la hacían mis padres cuando de adolescente quería ir a una fiesta en la noche. También se la hace la voz de la conciencia de un tipo que pretende dejar a su familia para irse a echar pata con la amante. La avioneta también recomienda que te laves las manos, que no te toques la cara, que evites el contacto con los humanos. Resulta bastante tétrico. Se me ocurre que así anunciaban propaganda política en tiempos menos frágiles y más violentos.

Cuando pasa la avioneta sé que ya llevo cuatro horas en chinga trabajando. La empresa para la que laboro me facilitó algunas herramientas para hacerle de cagatintas desde casa: *home office* le dicen los gringos y muchos latinoamericanos mamones que no pueden decir “trabajo desde casa”. Descubrí que soy más eficaz y eficiente si me levanto a conectarme de madrugada que si me quedo despierto toda la noche. Cuando era joven me desvelaba voluntariamente y por gusto: para escribir y beber y rematar con un cigarrito mirando a la luna.

Pero ya ni siquiera fumo, escribo cada vez menos y ya no tengo 19 años. Lo que sí tengo es una hija de tres que me consume más energía que cualquier novela escrita en madrugada. En cuanto despierta, lo primero que hace es buscarme para jugar: ella no sabe de virus, ni confinamientos, ni trabajos desde casa y sólo quiere ser la

doctora Brisa y su única ambición es que yo le consiga pacientes para revisar que no tengan gusanos en el corazón.

La neta, y por si las dudas, también la estoy poniendo a jugar al apocalipsis zombie.

He seguido al pie de la letra las instrucciones de “quédate en casa”, más por necesidad que por obediencia. O salud. Mi jornal es de 14 horas diarias, o más. Y cualquier cosa que diga de más será sólo para defender a un patrón explotador que no me conoce y, creo, no le importo. Al menos, tanto. El Desayuno, la comida, la cena, la limpieza y el cuidado de la infanta corren a cargo de mi amada esposa, la que además, es maestra en línea; cuando yo termino la última junta en línea hacemos relevos australianos: yo me dedico a cuidar de nuestra pequeña hija y ella se conecta a evaluar a sus alumnos.

A esas alturas ya salió por el mandado, al cajero, a pagar servicios, tarjetas y a echar gasolina al auto. Yo no puedo ir porque tengo que estar disponible para cualquier contingencia. Por eso, hoy viernes que cancelaron las dos reuniones que tendría por la tarde, para celebrar me destapé dos cervezas Victoria con 1.8 grados de alcohol que son las únicas que consigues en el Aurrera Express, y me decidí acompañar a mi *wife* a hacer los menesteres fuera del hogar.

Cuando llegamos al auto me punzó un poco el vientre anunciado que dentro de poco tendría que ir a orinar. No hice caso al llamado de la naturaleza porque de regresarme al baño, la tardanza para salir se alargaría otra hora más. Además, pensé, no podemos tardar mucho si hacíamos las cosas enfocadas y sin distracciones por ser tiempo de pandemia.

Ajá.

Los tres, armados cada quien con sendos cubrebocas, salimos rumbo al primer destino: el cajero automático. Teníamos que conseguir efectivo para liquidar una tarjeta que no podemos pagar ni en línea ni por teléfono y al banco le va a valer sorbete la pandemia, los

muy hijos de puta. Por fortuna sólo había tres personas delante de mí esperando usar alguna cajero y no tardé gran cosa si tomamos en cuenta que mi *wife* se ha llegado a enfrentar filas de hasta hora y media desde que comenzó la cuarentena. Y no lo queda otra que esperar. Eso sí es horror y no que la gente se convierta en muertos vivientes. Salí del cajero y se avivaron las ganas de orinar. Intenté ignorarlas porque apenas llevábamos lograda una meta.

Lo siguiente fue ir a la plaza comercial más cercana donde hubiera un Sanborns para pagar la tarjeta. Mientras avanzamos en el auto las ganas de pegar una “miada” han pasado de moderadas a imperiosas. La cerveza “Victoria Chingones” de Grupo Modelo no embriaga, pero el proceso de la micción es idéntico a cualquier otra con 4 grados de alcohol. Esperé en el auto, con Brisa, a que mi esposa regresara de gestionar el cubrimiento del adeudo.

Mi hija que, como ya dije, no sabe ni qué pedo con el virus, quiso darse una vuelta por la plaza. Pude negociar a dar un rol sólo en el estacionamiento. Pudimos correr y brincar libremente por la poca afluencia de autos. Luego nos metimos a jugar con el celular. Cuando regresó mi *wife* me dijo que el Starbucks estaba abierto, podía usar el sanitario ahí. Me enfilé sin pensarlo dos veces.

Una novela de John Windham, el *Día de los Trífidos*, empieza diciendo que cuando un miércoles empieza como si fuera domingo, algo no está bien en alguna parte. Es extraño, pero pasear por la Plaza sí te da un sentimiento apocalíptico. Da miedo: negocios cerrados, poco personal –todos con guantes y cubrebocas–, algunos con máscaras de acrílico. En el Starbucks me negaron el servicio al baño. Ya había pedido dos cafés y me dio pena aceptar que sólo les consumí para usar el sanitario. “Sólo como curiosidad, ¿ustedes dónde hacen?” No, pues, tienes que hacer antes de salir de tu casa y aguantarte después, hasta que vuelvas”. No le creo. Supongo que usan el baño que me están negando. Supongo que el WC es un lugar donde es más fácil contagiarse y por eso no lo abren. No lo sé.

Recibo los capuchinos más caros del mundo, que aumentan el 30% de su valor si pides un tipo de leche distinta, y que me los sirvieron al 70% de la capacidad del vaso. Sé que tuve que haber reclamado porque no iba a pagar 130 pesos por dos cafés pinchones a los cuales les faltaba la tercera parte de su contenido y que además estaban fríos, pero eran más mis ganas de “miar”, así que agradecí y me fui en chinga a buscar al primer personal de limpieza o guardia de seguridad que saliera al camino y preguntarle acerca de los sanitarios.

Un poli me dijo que no había en funcionamiento uno solo en toda la plaza. Le pregunté lo mismo que al empleado, él fue más sincero. “Hay uno abierto para nosotros...” Creo que adivinó mi siguiente petición, porque añadió. “Pero es sólo para puro personal, no pueden entrar clientes” Nombre... pues muchas gracias y chinguen a su madre. Los negocios abiertos, la mayoría de los que ofrecen comida, las cajas del Sanborns y atención a clientes de telefonía celular, siguen con un estricto control sanitario.

Medir distancia, obligar el uso de cubrebocas, no más de 20 personas en establecimientos grandes. La gente formada se mira todo menos preocupada. Algunos, incluso, van sin cubrebocas, descansando en las bancas, dando el rol. Un buen porcentaje de la población estará en su casa, en calzones, pidiendo comida por Rappi o UberEats, conectándose a la red de su trabajo y poniendo el siguiente capítulo de la serie de Netflix.

Otro porcentaje todavía mayor está laborando en la informalidad, y no ha dejado de trabajar ni porque se oficializó la cuarentena. “O nos morimos del virus, o nos morimos de hambre” me dijo el albañil que apenas dos semanas antes cuando le pregunté si no tenía problema en terminar una construcción que inició un poco antes de que “todo esto pasara.”

La frase, igualita, la dijo unos días después un empresario milloneta cuando tuvo que justificar por qué obligaba a trabajar a

su personal en punto de venta y oficinas. Cabe mencionar que este grandísimo cabrón no se va a morir de hambre, pero si existiera algo como la justicia divina, sí se puede petatear por coronavirus. Llegué al auto más desesperado que cuando me fui. Y todavía teníamos que ir a conseguir comida. Esperaba con todas mis ansias que el local donde fuéramos tuviera baño.

La esperanza la intuía vana. Todos los establecimientos están ofreciendo comida sólo para llevar. A insistencia de mi *wife* fuimos a comprar comida supuestamente cantonesa en el establecimiento Wok The Feeling (que mi amada le dice *Wat a foc*). Le insistí que podíamos pasar al Costco. Unas semanas antes me dejaron entrar con Brisa aún cuando no tenía cubrebocas porque le estaba ganando la pipí. Nos quedaba de paso. Ya estaba asimilando que sufría un castigo divino por andarme burlando de mi *wife*: diciéndole que era como un bebé, que tenía dos hijas menores de cinco años, y todo porque se me ocurrió decirle que salió de casa sin agua y sin lentes oscuros.

Bajarme a orinar en cualquier calle no estaba en los planes, amén de que no le quiero meter imágenes en el subconsciente a Brisa y le tenga que contar a un psicólogo dentro de 30 años que no puede superar ese momento en que su padre se puso a orinar en plena avenida Gustavo Baz antes de que se lo cargara una patrulla, tampoco podía aceptarle a mi esposa que me urgía ir al baño. No cuando ya estaba enojada por mis burlas anteriores. Como no había comido, seguro desataba una fiera a niveles que rayan solicitar divorcio y pensión alimenticia. Mi *wife* recordó que nos hacía falta jamón y sí, podríamos pasar al Costco. Me bajé desesperado pero intentado no se me notara. Ya con una punzada dolorosa en el vientre me fui directamente al baño. Los uriniales estaban divididos por micas, también los lavamanos.

Hasta que vacié en totalidad la vejiga fue que pude pensar con claridad. Me dediqué a buscar las dos cosas que me encargó mi *wife*. En el Costco las cosas no han cambiado mucho, aunque son menos

los asociados, los pocos que van siguen estando bien pendejos para manejar un carrito. Las chicas que revisan tu ticket para asegurar que no te hayas robado nada de camino de la caja a la salida te tratan con más desdén que el acostumbrado, pero no ponen esmero en su conteo. Más ganas tienen que se acabe el día y regresen a casa, donde están alejadas de la gente. Al menos de la que no conocen porque debe ser muy culero que te contagie cualquier hijo de vecino.

Fuimos entonces al Watafoc. Lo encontramos abierto, incluso sin ninguna seguridad extra. Mi *wife* se metió sin cubrebocas a encargar los combos. Eso te da un poco de respiro porque llegas a cierta normalidad y te quitas la paranoia. Hasta que recuerdas te pueden contagiar y entonces dudas que sea buena idea haber ido a buscar comida precisamente ahí. Me quedo cuidando a Brisa. Le saca mucho de onda que todos salgamos del auto menos ella; no le gusta mirar los parques, camellones, áreas verdes y no poder ir a correr. Le explico nuevamente de la pandemia.

Desde la primera vez que se lo contamos, ella entendió que un hombre chino muy malo había aventado un virus a la calle y por eso no iba a la escuela, no salía de su casa y no podía ir al parque. Así se lo explica a sus muñecos cuando en sus juegos le piden que los lleven afuera. Mi esposa regresa, el pedido tardará unos minutos. Aprovecho para pasar al 7 Eleven de enfrente. A la búsqueda vana de cerveza.

Es verdad, ¿qué criterio utilizar para aceptar que una Coca-Cola es producto básico y no así una cheve? Los refrigeradores ya no están vacíos, pero no tienen chela. Jugos, tequilas en lata, clamatós, pero nada de cerveza. Ni modo. En casa todavía tengo un six de Chingones, cinco de barrilito, una caguama de Stella Artois, otra de Tecate Ambar y cuatro botellas de Cucapá. Parece mucho, pero para un alcohólico cervecero sólo es un miércoles después del trabajo. Cuando quise hacer compras de pánico de cheve, la venta ya estaba limitada a tres six por persona.

Me dan ganas de comprar un tequila, o un mezcal, o esa asquerosa cosa que son cocteles en lata. Ver la fila de más de siete personas me quita las ganas y mejor me regresé con las manos vacías confirmando lo que ya sabía. Extraño la chela, me cae que sí. En cuanto salió la comida, regresamos a casa, de donde nunca tuvimos que haber salido.

Las conclusiones de la salida después de seis semanas de confinamiento: el ambiente, en definitiva, sí da miedo: no hay zombis, no hay infectados, no tenemos que traspasar ciudades tenebrosas para conseguir una inyección con la cura. Solo tenemos que lavarnos las manos muy seguido, permanecer en casa, usar cubrebocas, mantener insana distancia y no hacer reuniones de más de 30 personas.

Claro, como todo el mundo está bien pendejo, no seguimos nada de eso. Da risa aceptar que Hollywood estuvo mal siempre: el Apocalipsis no es un ambiente desolado y desgarrador, si no que viene cargado de una cotidianidad que, la verdad, sí da un chingo de miedo. Porque aceptas que lo cotidiano también mata.

Estado de México. Mayo del 2020

Tiempo y soledad

César Arceo

Hacia la mitad del siglo XIV, en 1347, una pandemia azotó Europa. Se le conoció como la peste negra. Las pequeñas hemorragias cutáneas de los afligidos cubrían sus cuerpos con manchas oscuras. De ahí, el nombre peste negra. Entre 1351 y 1353 Giovanni Bocaccio, escritor italiano contemporáneo de Dante Alighieri, escribió un centenar de historias a las que se les conoce como el *Decamerón*: cuentos breves y novelas cortas compiladas bajo la fórmula de la narración enmarcada.

La obra narra la historia de un grupo de jóvenes (siete mujeres y tres varones) que intentan escapar de una peste que azota Florencia y se recluyen en una villa alejada. En su encierro, cada noche un miembro del grupo contaba una historia. Tanto las mujeres como los varones podían ser nombrados reyes o reinas por un día. La designación real les otorgaba el poder de elegir el tema de las historias. En este escenario, *i quaranta giorni, quadraginta* o la cuarentena fue, no solo una estrategia médica para mitigar los impactos de la pandemia por la peste, sino también el catalizador para crear una de las obras capitales de la literatura universal.

Pero no todos los encierros corren con la misma suerte. *Carca* es un término hebreo que significa meter una cosa, mantiene cierta relación con coercendo que en latín refiere a restringir o coartar. Cuevas, cavernas y otros espacios lóbregos fueron construidos para confinar a los llamados enemigos peligrosos del Estado o del orden.

El *ergastulum* de la antigua Roma era una cárcel para esclavos y prisioneros de guerra, en ambos casos, el fin era ortopédico.

Los métodos de tortura se relacionan íntimamente con los confinamientos. El escritor cubano Reinaldo Arenas fue encerrado en un espacio diminuto en el que no podía permanecer de pie, acostado o parado. En una jaula de acero construida especialmente para él, Ezra Pound fue confinado al interior de un campo disciplinario en Pisa. Durante el día, el sol calcinaba su cuerpo y la aridez del polvo parecía entrar hasta lo más profundo de su alma.

Por las noches tampoco tenía calma: unos reflectores lo alumbraban para que ninguno de sus gestos escapara a la vigilancia de sus custodios. Nadie a su alrededor podía ayudarle. Rodeado de reclusos y guardianes, el escritor acusado de colaborar con Mussolini, estaba solo. La soledad es otro de los ingredientes que aderezan el confinamiento.

En *El resplandor*, la tercera novela de Stephen King, llevada a la pantalla por Stanley Kubrick en 1980, Jack Torrence, su esposa Wendy y su hijo Danny arriban al Hotel Overlook. Jack hace caso omiso a la advertencia sobre la fiebre de las cabañas, un trastorno ocasionado por la claustrofobia y el aislamiento prologando, y acepta ser vigilante durante el invierno en el lejano hotel de las montañas de Colorado.

La cuarentena, el aislamiento y el distanciamiento social, como formas para reducir la propagación de un virus, convocan a otros demonios. La expresión *pandemónium* o pandemonio, se refiere a la reunión de los demonios y también alude a un espacio de confusión, estrépito y estruendo. En 1667, el poeta inglés John Milton publica *El paraíso perdido*, un poema narrativo que explora, en clave bíblica, los problemas del mal y del sufrimiento. En el libro I de su texto, Milton describe la edificación de un recinto a manos de ángeles caídos: el *pandemónium*.

El recinto titánico fue construido para recibir a los demonios. Sin embargo, el espacio disponible en el inmueble era insuficiente y, por lo tanto, fue necesario reconstruir el lugar. Pareciera que la narrativa de Milton recuerda que no hay espacio armónico para los demonios. Quizás eso explica las diversas maneras de atravesar el aislamiento: mientras algunos armonizan o romantizan (como algunos no se cansan de decir), otros se enfrentan al concilio demoníaco de los espíritus díscolos ajenos y propios. Para quienes es posible el aislamiento, emergen distintos escenarios.

Reconociendo la simpleza de la perspectiva y lo angosto de la mirada, uno de los rasgos que se externa, con mayor incidencia, es la calamidad que Jean de la Bruyère describió como el gran mal de no poder estar solo. Hemos construido un falso sentido de la soledad, la estimamos negativa o adversa. Sin embargo, la soledad atesora un secreto que, en palabras de Montaigne, consiste en el arte de vivir conforme a nuestra satisfacción.

Ello quiere decir, ocuparse del alma propia y encarar los demonios que nos acompañan, esos que nos asisten en los espacios más recónditos y en el aislamiento más profundo. Equiparar la soledad con los espacios es disponer de fronteras. Octavio Paz recurrió a cierta alegoría espacial para pensar la soledad: el laberinto. En este sentido, la soledad es un laberinto construido con paredes de tiempo. En el dédalo, se puede pasear a los demonios propios o sufrir el encierro límbico. La mezcla de ambos escenarios es un pandemonio, un intrincado espacio ceñido por la barahúnda de lo demoníaco.

Pero si pensamos la soledad en términos de tiempo y no únicamente de espacio, notaremos cómo las paredes del laberinto mutan a un estado traslúcido. Con la cadencia del momento, el espacio cambia y la rigidez de la materia se ablanda al ser tocada por la suavidad de un intervalo. Nada es más contundente y delicado que el paso de un instante.

La soledad no es cuestión de espacio, es cuestión de tiempo. La cuestión temporal de la soledad radica en asistir a la experiencia del íterin, constatar cómo el tiempo se hincha, se expande. Quizás por eso lo percibimos lento, como un arrastre. Pero, ¿qué maldad podría albergar esta magia antigua? ¿por qué habríamos de considerar nocivo el vetusto encantamiento del tiempo? ¿Acaso hemos aprendido dócilmente a tasar el tiempo como divisa y por ello repudiamos perderlo?

Despreciamos el ocio y a quien lo practica; desdeñamos la prodigiosa oportunidad de tomar al tiempo, permitirnos experimentarlo y encarnar el interludio. Nada parece contravenir la vivacidad o la temeraria narcosis de la velocidad actual que la lentitud de la soledad. La virtualidad atenta contra la soledad. Las pantallas brillan, la seductora vibración de los dispositivos demanda nuestra atención. No hace falta el contacto físico para conformar muchedumbre: la caterva y el tropel han sabido continuar. El hombre de la multitud de Allan Poe es el arquetipo de nuestros días: un sujeto que se pasea entre el tumulto pero no entra en contacto nunca con nadie.

Requiere de los demás para ignorarlos. Sentimos la terrible pérdida del contacto humano, pero cuando estamos reunidos nos causamos repudio mutuo; añoramos estar juntos como si ello anulara todas las ocasiones en que evadimos el encuentro. Tarkovsky aconsejó a la juventud aprender a disfrutar la soledad. Quizás a ello se refiere su expresión esculpir el tiempo. El tiempo es la materia fina con la que se esculpe la soledad.

Aprender a estar solos, decía Montaigne, es saber bastarse a sí mismo para no sufrir por la partida de los demás. Quizás la empatía y la verdadera confianza (no la armonización del egoísmo mutuo) radican, no solo en aprender a esculpir la soledad propia, sino ayudar y permitir a los demás hacer lo propio. Tal vez, después de la pandemia, del pandemónium, del tiempo y de la soledad, nos reencontraremos,

nos reconoceremos o nos desconoceremos. En cualquier escenario brilla una franca oportunidad para empezar de nuevo.

Mayo del 2020

La tormenta

Verónica Calderón

Primera parte

Desde que todo esto comenzó lo he comparado con una tormenta.

Crecí en Michoacán y me considero serrana. Amo las montañas y el verde en época de lluvias. Las tormentas con truenos me calman. Quizá por eso me recuerda a una tormenta.

Recuerdo lo que veía hace semanas o un mes y me parecen estampas que pasaron tan rápido que ahora me cuesta trabajo entender. Mi trabajo va de noticias, entonces lo recuerdo leyendo a otros periodistas. *Tuits* de amigos que trabajan en China advirtiendo de la enorme magnitud de la pandemia. Un colega italiano que hablaba de cómo su madre llevaba una semana de encierro.

Mis amigos de Madrid, la ciudad que considero como mi hogar adoptivo por tanta gente que quiero ahí, que, uno por uno, comenzaron a mandarme mensajes en aquellas semanas que ahora recuerdo como las últimas de “nuestra vida anterior”.

Primero algunos de ellos hablaban del encierro en broma. Después otros comenzaban a enojarse porque los bares de Madrid, una ciudad donde la fiesta y estar con gente es un modo de vida, seguían repletos.

Otro de un ex embajador mexicano también en China, donde decía desde febrero que había que pensar que en 2020 no habría bodas

ni graduaciones por lo menos hasta junio. Entonces me pareció exagerado. Ahora pienso que se quedó corto.

Y entonces todo comenzó. Como en las tormentas con las que crecí de niña, el cielo se cerró en un momento y comenzó a llover a cántaros. El bicho tenía un nombre, uno que nos cansaremos de repetir por al menos mucho tiempo más.

Era consciente ya de la gravedad y mi sensación era la de mirar a lo lejos esas nubes que ahora se dirigían a mi casa, a mi tierra. A nuestra tierra. América, el continente; México, mi país. Y me angustiaba cuando veía los pronósticos, sabía qué ocurriría.

Una pantalla de Bloomberg, el servicio financiero, donde marcaba todas las empresas en rojo. “Me sorprende la rapidez con la que se desarrollan las crisis”, me dijo un analista financiero, con el que salí un par de veces en febrero, en lo que era la vida anterior.

Me parecía todo tan enorme. ¿Países cerrados? ¿La industria entera turística parada? ¿Ya no vamos a viajar? ¿Restaurantes también? ¿Qué vamos a hacer?

Eso me repetía una y otra vez. ¿Qué vamos a hacer?

El último mensaje fue de una querida amiga española, periodista deportiva, que con la parquedad con la que mis amigos de allá hablan de las cosas realmente graves me dijo: “Verónica, lee esto. Solamente te pido eso. Lee esto”.

“Te mando un abrazo”, le respondí.

Me respondió igual de corta. “Por raro que te parezca, lee esto”, repitió. “No salgas de casa”.

Era un artículo de una escritora italiana, donde relataba su encierro a lectores británicos en *The Guardian*, que al igual que nosotros apenas comenzaban el suyo por entonces. “Una carta desde Italia”, dice el título.

“Los veremos aplaudiendo, como nosotros vimos lo que pasaba en China. Se preguntarán cuándo volverán a ver a sus seres queridos, cómo nosotros lo estamos haciendo”.

Ese texto lo recuerdo mucho. Porque así estamos, repitiendo paso a paso todo lo que dijo. Y ahora todo se ve tan pequeño.

Lloraba solo cuando me llamaba mi madre. Le digo todavía que me parece tierno que solo me quebrara con ella, cuando comenzaba a preocuparse de que estaba deprimida de nuevo, le expliqué que me sentía así. Mantenía lo que quedaba de “normalidad”, pero con ella lloraba.

No he llorado igual desde que todo comenzó. Quizá lloraré así de nuevo cuando todo esto acabe. Aunque ahora ya ni siquiera sé que es todo esto.

Tengo la sensación de que todos estamos encerrados en algún punto, como marineros en un barco. He buscado cuánto tiempo pasaban aquellos que venía de Europa a nuestro continente. Por qué el encierro y la incertidumbre de la travesía los volvía locos y aun en medio de la enorme comodidad que tenemos ahora y la certeza de que soy una de las grandes afortunadas en todo esto, lo entiendo.

Me acordé también que algunas de mis canciones favoritas se inspiran en la tormenta. Recordé la historia de “Amazing Grace”, el himno que escribió un marinero que transportaba esclavos y que después de salvarse de una de esas tormentas, escribió los versos de la canción y dedicó su vida a liberar a los esclavos que transportaba.

O eso es lo que recuerdo.

No sabremos exactamente cuánto hemos perdido hasta que todo esto termine. Por ahora, solo son truenos, viento y agua. La esperanza de que un día terminará y entonces saber de dónde vamos a comenzar de nuevo.

Por ahora solo queda esperar que amaine la tormenta.

Segunda parte

Desde pequeña me gustaban las series de médicos. Me gustaba mucho E. R., y no porque los doctores estuvieran guapos. Me gustaba porque reflejaba la adrenalina de una profesión que va de salvar vidas.

Cuando comenzó todo-esto, un amigo médico me mandó mensajes sobre la información que rodeaba al bicho ese. Me decía desesperado que los periodistas debíamos informar de todo lo grave que estaba ocurriendo. Y que ha seguido ocurriendo.

Mi sensación fue que en una sala de emergencias (un *emergency room*, un E. R.), no podemos todavía hablar de todos los porqués.

Hay una analogía que me gusta usar cuando hablo de periodismo, cuando en la vida anterior me invitaban a dar conferencias o clases. El periodista es como un cocinero o un médico. Evidentemente el médico es el más importante de todos: trata con vidas directamente. El cocinero se aboca a la comida. Y los periodistas a la información.

Los comparo porque los tres oficios son vocaciones. Hay algo en nuestro interior que hace que queramos dejar la mesa. Mi mejor amiga es chef, y al día de hoy es imposible que se sienta a comer conmigo. Está tan acostumbrada a las cocinas que le gusta estar de pie mientras todos comemos su (deliciosa) comida.

“Nuestras profesiones se parecen mucho”, siempre le he dicho. Las cocinas y las redacciones son un caos ordenado al que uno se hace adicto, y solo habiendo trabajado en ellas sabemos exactamente de lo que estamos hablando hasta que has estado ahí.

La analogía la extendí a la medicina con mi amigo médico. Hay algo en la medicina que solo entienden sus profesionales y aún dentro de ella, son un puñado quienes realmente entienden el costo de la vocación.

Ojalá que los aplausos que hoy proliferan en redes se traduzcan en apoyos reales. Y que esa sociedad no solo aplauda, sino que exija que ese respeto no permita que vuelvan a dormir en su coche por el miedo de contagiar a sus seres queridos o que al menos tengan el mínimo equipo para garantizar su trabajo.

La última vez que hablamos fue hace una semana, por el teléfono. Miré mi cara de susto mientras me explicaba los detalles del bicho ese y apenas atiné a reírme por lo absurdo de todo al mirarme.

Le pregunté si todos esos rumores de tal medicamento o si equis vacuna servía eran reales.

“No sabemos nada”, me respondió.

Ese “no sabemos nada” me cayó como una losa. De nuevo, la tormenta y la oscuridad.

Le respondí que ya llegará el tiempo de hablar de toda la desinformación y provecho político de estos días. Ahora mismo solo atino a escribir y funcionar en mi trabajo como los médicos de emergencia, que reciben, procesan y envían.

El trabajo de diagnosticar requiere paciencia. Sé que llegará. Sé también que no se me va a olvidar.

Tercera parte

El día del funeral de mi hermano, mi padre dijo una frase que no se me olvidará mientras esté viva.

“A partir de este momento, todos seremos auténticos”.

Tiene toda la razón. El dolor te transforma. Las tragedias revelan quién eres realmente. Y si lo haces, lo abrazas, esto no es necesariamente malo.

Esa frase la recordé cuando me tocó vivir una de las épocas más difíciles de mi vida laboral, los recortes en el periódico en que

trabajaba en Madrid. Esa época de crisis me demostró que, en efecto, las crisis nos vuelven auténticos.

El malo es más malo; el bueno, más bueno; el cobarde es más cobarde y el valiente, más valiente.

Cada generación lo ha de averiguar a su manera. Ahora no me queda duda que la ocasión para la nuestra es todo-esto.

Esa es la única certeza que tengo por ahora. Que pase lo que pase (porque también sé que esto apenas comienza), nos dejará la lección de saber cómo somos realmente y cómo son quienes nos rodean.

Veremos que nuestras corazonadas no iban del todo desencaminadas. Habrá quien nos sorprenda por gestos de dignidad y valentía que no esperábamos. Y habrá gente que se quitará máscaras y nos demostrarán que nunca fueron buenas personas.

Uno de mis libros favoritos (y película también) es *El Mago de Oz*. La gran lección de *El Mago de Oz* es descubrir que la aventura solo descubre cualidades que todos tenían. Son sus actos para lograr el supuesto objetivo (llegar con un mago que les concederá todo lo que piden) los que demuestran que esas cualidades siempre las tuvieron.

La propia Dorothy tiene los zapatos rojos desde el inicio, los que le permitían regresar al hogar.

Pero el viaje, un tema constante en la literatura (desde *Ulises*), es lo que cambia. Como dice el poema de Kavafis. En el caso de *El Mago de Oz*, me gusta por la narrativa simple y quizá porque me recuerda a mi infancia.

Y hay un detalle muy importante, que me encanta cómo reflejan en la película. Dorothy regresa. Y su mundo ya es a colores, no a blanco y negro. Lo que estamos viviendo nos cambiará.

Las crisis nos vuelven auténticos, sí, y eso no es sencillo. Vamos a llorar mucho. Vamos a desvelarnos mucho. Vamos a sufrir mucho.

Pero vamos también a ver el mundo diferente. Será difícil que un político nos vuelva a convencer de que es la solución a todos los males después de esto.

Desde luego no pienso que esto será tarea sencilla. Cuando me refiero a que esto apenas comienza, no solo me refiero a la ya monumental catástrofe sanitaria. Me refiero a la crisis económica. A la hambruna que la FAO ha calificado como “apocalíptica” (ese día decidí, literalmente, cerrar la computadora unas cuantas horas). A la nueva manera de viajar. A los amigos que vamos a perder y también a los que vamos a ganar.

Estoy segura incluso que ustedes lo han empezado a notar. Amistades que se creían rotas ahora han renacido y otras personas que parecía eran incondicionales, ahora están desaparecidas.

Sobre todo ahora que todo-esto ya es real. Las pérdidas, la tormenta. Las semanas que ahora sabemos que serán meses de encierro.

Hasta ahora que escribo esto veo que, de nuevo, vuelvo a la analogía de la lluvia. En este caso, por el arcoíris. “*Somewhere over the rainbow*”.

Siempre he pensado que el arcoíris es una mezcla de lluvia y sol. Tristeza y alegría. Así estamos. Al menos por ahora.

Cuarta parte

El otro libro que siempre cito para referirme a mis aventuras en ese loco mundo al que llamamos periodismo es “*Alicia en el País de las Maravillas*”.

¿Recuerdan esa escena con el gato? “¿Todos estamos locos aquí?”. Yo he sentido eso en entrevistas, especialmente cuando he cubierto narcotráfico (tarea que me causó una crisis nerviosa y una depresión, asuntos de los que no hablaré por ahora, pero menciono por eso de las crisis).

Pero nada como esto. Los primeros días eran como una especie de película de terror psicológico. Solo falta que en alguna foto aparezca Hitchcock con cubrebocas.

Recuerdo lo que me dijo mi amigo médico. “No sabemos nada”.

Así son estos tiempos de “lo sabemos todo y no sabemos nada”. Nuestra arrogancia nos llevó a pensar que habíamos alcanzado la mayor comunicación de la humanidad y henos aquí, hundidos en una soledad colectiva sin la certeza de lo que va a pasar.

No me interesa entrar al *mea culpa* colectivo de que los humanos nos lo merecíamos. Crecí en escuelas católicas: tengo suficiente culpa para el resto de mis días. Me interesa más ver cómo esto nos transforma.

Como Alicia, muchos entramos a este oficio persiguiendo a un conejo que nos trajo a hacernos preguntas. Y el problema es que ahora tenemos muchas más. Estamos cansados de preguntar y más cansados aún de que nadie responda.

“Entre tanta actualidad se nos va el presente”, dice mi amiga Ajo Micropoetisa, otra de las españolas a quien tanto quiero y quien también en su momento se unió al coro de “no salgas de casa” en nuestros últimos días de supuesta normalidad.

También pienso eso cuando se nos culpa a los periodistas de todos los males de la sociedad. Ahora resulta que la mayor amenaza del mundo somos un montón de gente que crecimos soñando con ganarnos la vida escribiendo y no gobiernos que gastan millones de millones en ejércitos.

“Que les corten la cabeza”, parecen decir.

Nadie quiere a alguien que trae malas noticias, es verdad. Y en estos días es difícil no hacerlo. Sé que muchos lloramos todavía, especialmente los que sabemos el enorme costo de un cambio mundial como lo es este.

Al menos ya no nos dicen exagerados.

Vuelvo al agua. A la tormenta. Esto es tan grande que se llevará todo por delante. Estoy segura que no estamos lejos de unir puntos y el mundo seguirá adelante.

La actualidad nos está robando el presente. Pero el pasado, este pasado, esto, todo-esto que está pasando, nos cambiará para siempre.

Me acuerdo de esa frase del científico de *Jurassic Park*: “Detesto tener razón”.

Quinta parte

Esta frase me gusta más en inglés: *Humour lies in the roots of sorrow*. Repito, citando a Mark Twain sin consultar la frase exacta en Wikipedia, porque así la aprendí del compañero salvadoreño de la universidad que se convirtió en uno de mis mejores amigos hace 20 años.

Uno de mis grandes escapes de todo-esto es el que ha sido mi fuga cuando el anterior todo-esto (un todo-esto mucho menor que el anterior, aclaro). Un *reality show* que presenta una *drag queen*: *Ru Paul's Drag Race*.

No hay mucho qué explicar. Se trata de un programa que lleva más de 12 temporadas que trata del *drag*: hombres vestidos de mujeres que, en la idea original, parodiaban los *realities* obsesionados con la belleza y la perfección.

Aquí el chiste de lo “real” va desde el inicio. Nada de lo que ves es real.

El *drag* tomó su nombre del acrónimo usado en las obras de Shakespeare para identificar a los personajes que eran mujeres. Entre las miles de cosas que a las mujeres no se nos permitía hacer, estaba actuar.

Por tanto, el actor debía “disfrazarse” de mujer. Pero el asunto rebasa el género. Todos usamos *drag*. Cuando estudiamos, cuando

nos graduamos, cuando nos casamos, cuando asistimos a una reunión. Nos vestimos y disfrazamos para hacer nuestra vida en distintos momentos y eso, en distintos niveles, es *drag*.

Ahora ha quedado más expuesto que nunca. El *drag* es la ilusión que puede usarse para lo mejor y para lo peor. Ejemplos de cómo se hace en la peor manera sobran, así que por ahora me referiré a uno que me recuerda por qué es bueno.

El programa este ha crecido a tal nivel que RuPaul ahora respalda políticos y se convirtió en toda una industria en la comunidad LGBT. En el último que vi, Jeff Goldblum (aquel científico de *Jurassic Park*) es juez.

La emisión trataba de un supuesto “debate” entre los/las concursantes para competir por la elección de Estados Unidos. Hay algo efectivo y gracioso en medio de aquello. La broma de fingir que eres uno de quienes fingen.

El absurdo causa risas. Y los símbolos se vuelven más poderosos.

La eliminación del programa se decide en un “*lipsync*” por tu vida. La última parodia de lo real. No cantas la canción. Solo la actúas. Haces como si la cantaras.

Usaron una canción pop y que a primera vista puede parecer frívola: *Firework*, de Katy Perry. Pero en fines de semana de cuarentena, el primero que juzgue a alguien por su entretenimiento que arroje la primera piedra.

Lo emocionante fue que los dos concursantes eran una *drag queen* afroamericana vestida a lo Black Power de los años setenta y otra de origen persa, cuya madre iraní ha recibido decenas de insultos en Estados Unidos, de gente que le grita que regrese a su país. Eligió una *hijab* inspirada en la bandera de Estados Unidos.

Y ellos cantaban una canción que generalmente cantan niñas que habla de demostrar quién eres pese a todo. “Que a nadie le griten que regrese a su casa, que todos sepan que tenemos un lugar aquí”.

La *drag queen* que vestía la *hijab* explicó por qué era importante el símbolo. Más allá de todo, era también su herencia. Está en desacuerdo con las homófobas y misóginas leyes de los Estados radicales islamistas, pero también explican su lugar de origen.

Algo hizo sentido. Quizá en estos días en que todo es absurdo, vale la pena jactarse del disfraz que nos han obligado a ponerse. De las etiquetas que nos han dividido en cajas, en nacionalidades, en odios.

Lloré. Otra vez, la lluvia.

La tormenta.

Ciudad de México, abril de 2020

Lo que nos pertenece

Patricia Cárdenas

Hace un mes planeaba minuciosamente mis actividades anuales. Todo un año resuelto entre trabajo, proyectos, leer, escribir, mascarillas, tintes de cabello, gelish de uñas, ejercicio, comer sano y todo lo que implica un completo plan de vida. Tener la expectativa de cada aspecto, pareciese facilitar el cumplimiento de los retos, de los sueños.

Las noticias se desbordaban ante un tal Covid-19, la pandemia que azotaba al mundo. A México ya había llegado pero seguía siendo ajeno. “Obviamente es verdad”, respondía en mi interior a toda la gente que afirmaba lo contrario. Sabía que no es cuestión de creencias, ideologías o razas. Estaba pasando, era real, pero todo a través del móvil o el televisor. No frente a mí. Entonces continué mi vida, como si nada.

“Quédate en casa” fue el parteaguas. Palabras contundentes. Y entonces todo cambió. Nadie puede entrar ni salir de la ciudad. Las calles se han quedado vacías, acordonadas para obligarte a pasar por retenes de sanidad que verifican tu destino justificable y tu temperatura. Voy al centro comercial porque ya faltan algunas cosas básicas. Paso satisfactoriamente el retén. Desciendo del auto y entro: un minucioso protocolo de higiene para tomar el carrito de autoservicio. Camino por los pasillos.

Todos nos convertimos en sospechosos, en probables contagiados, en el enemigo. Me tomo mi tiempo, no percederos de preferencia, adiós

dietas. Termino las compras. Me dirijo a la caja y en la fila no levanto la mirada como si con eso te contagiaras. No hay empacadores, entonces hago todo. Vacío el carrito y lo vuelvo a llenar con la mercancía pagada, respirándome el aliento agitado y tragándome el gran nudo de garganta.

Han muerto personas conocidas, mi maestro de química de prepa, el papá de una amiga, la amiga de una amiga, doctores y enfermeras... por culpa del Sarscov19. Hay muchos contagiados en la ciudad, está encima de nosotros y un dolor de anginas me hace pensar en que “todo” es “nada” en un respiro. Mi afección cardiaca me hace vulnerable. ¿Recuerdas ese cliché de “ver pasar tu vida frente a ti ante la posibilidad de morir”? La he visto pasar. Toda. El insomnio me carcome pensando en cómo diablos despedirme de quien amo y las palabras adecuadas a mis hijos para que sigan con su vida. Sin mí. Pedirles perdón a las personas a quien llegué a lastimar. Tal vez filme videos para cada uno, ojalá tenga tiempo.

Frente al espejo, las canas, las ojeras y el cutis sin maquillaje, temen al igual que yo, que el dolor de garganta no ceda con la vitamina C. La moneda está en el aire. Nada nos pertenece. Se vuelven polvo los proyectos, el glamour, el auto, la casa, las palabras, el amor, los sueños. Pero no la esperanza.

Monclova, Coahuila, abril del 2020

Dos encierros

Salvador Munguía

I

Desperto temprano. Tomo café con leche y pan tostado. En la casa hay un silencio arrullador. La sala y el comedor lucen limpios, recogidos, la casa espaciosa.

Reviso el correo de la oficina, hago algunas llamadas por teléfono, reviso los malditos grupos del whatsapp. Ninguna novedad, sólo cadenas oficiales para mantenernos a salvo del virus. Leo algunas noticias y artículos de opinión, escucho tranquilamente música.

A través de un mensaje, me entero que los *podcast* que envié a la convocatoria Contigo a la distancia del (polémico) FONCA fueron seleccionados ganadores. Para celebrar, sirvo el primer vodka del día.

Las pequeños dictadores siguen dormidos. En unas horas este espacio será un chiquero reducido a juguetes, ropa, crayones, zapatos, galletas; la mesa estará pegajosa, el fregador lleno de trastes. Esto será un mercado.

II

Si se despierta Nico se despierta Vale, extrañas conexiones. Ambos bajan modorros, amenazantes, bostezando, hambrientos. Detrás de ellos, baja el gato. Invaden el comedor. La madre les prepara el almuerzo. Agarro mi *lap* y me voy a la sala. Me pongo los audífonos y finjo seguir trabajando.

Terminan de almorzar. Ahora deben conectarse a una computadora para realizar las tareas de la escuela. Comienzan las disputas: se niegan a hacer las actividades escolares, ¡estamos de vacaciones!, gritan. Son mañosos, bostezan, inventan dolores inimaginables en el cuerpo. Se distraen, con la vista persiguen una mosca, enfadan al gato.

Finalmente, luego de un grito contundente de la madre, ponen atención: ¡firmes ya! Su tono es el de un sargento. Aquí la calma es una brevedad. ¡Deja de estar echado y ayúdame a Nico con la tarea de matemáticas! De nuevo la voz de la sargento que tiende a molestar cuando me ve en paz.

Abro el *classroom* del perfil de Nico. Leo el problema varias veces. Confundo algunas multiplicaciones y tengo problemas para dividir. Me sirvo otro vodka. Intento con la calculadora. No recuerdo nada de perímetros ni secuencias. Vayamos mejor a las actividades de español, propongo. Es lectura y comprensión. Me sorprende que Nico lea claro y fluido. Pues cuántos años tienes, pregunto. Me acomodo en el camastro. El ritmo de su lectura entumece mi sistema nervioso. Siento la cabeza pesada, el cuerpo desganzado, las manos dormidas; los rumores del sueño.

III

Los horarios en esta casa son una locura. Comemos después las cinco de la tarde. Las sanguijuelas devoran todo, el encierro les ha provocado un apetito voraz y preocupante.

Papá, hace calor, infla la alberca, ordena Vale. Obedezco con tal de mantenerlos alejados. Inflar una alberca, junto a cambiar un neumático, son tareas agotadoras que parecen fáciles, pero no lo son. Vuelvo al camastro. Tomo un libro. El gato se me echa encima de la panza. Escucha esto, te puede interesar: “La soledad enseñaba a los más intransigentes a amar a sus gatos porque la soledad puede cambiar

cualquier cosa sobre la tierra”. El cabrón me ignora. Lo mismo hace con una mosca que revolotea encima de nosotros. Antes de que Vago fuera castrado era un esbelto y hábil cazador de pájaros, lagartos e insectos, hoy es un gato gordo y holgazán. Lo acaricio detrás de las orejas, Vago, ronronea con armonía y cierra los ojos. Me idéntico con él, yo también fui ligero, cazador y fértil.

IV

Añoro el encierro solitario. La mitad de lo que llevamos del confinamiento lo pasé en Uruapan. Despertaba temprano, comía a mis horas, veía mis series favoritas, dormía sin remordimientos.

Procuraba mantenerme en forma, todas las mañanas salía a correr alrededor de las huertas.

Mi aislamiento, desde un estudio fresco, rodeados de altos y frondosos árboles, era el espacio perfecto para la inspiración, donde la memoria y los relatos iban a proliferar sin esfuerzo.

No es ninguna novedad, pero la familia estorba para muchas cosas, la creatividad es una de tantas. Alejado de ellos, la evocación de la palabra fue consumándose: terminé un cuento, grabé dos emisiones del programa de radio y escribí el guion para los *podcast* seleccionados.

Presumo lo anterior, dado que normalmente nunca gano nada y tiendo a la flojera y al vicio de manera fácil.

El problema eran los fines de semana. Se acumularon más de cuatro semanas de no ver a mis hijos; comencé a extrañarlos. Abría el álbum de fotografías, y como un pusilánime, los conductos lagrimales se me humedecían.

¡Papiiiiiii, tráeme un vasito de agua de limón, hace calor! No identifiqué quién de los verdugos gritaba. Mientras les llevo el agua, recordé a Tolstoi, padre de trece hijos que los abandonó para arrojarse a la literatura y el libertinaje. ¡Carajo!, y yo con sentimentalismos.

Había desaprovechado la oportunidad de estar solo, en silencio, leyendo, viendo lo que me viniera en gana.

Los miro con resentimiento. Voy al camastro. Intento retomar la lectura pero estoy disperso. Bebo el cuarto vodka.

¡Deja de rascarte los huevos y ponte a pintar! –me dice Vago. Tiene una vocecilla suave. No estés chingando, tú no, digo y salgo a la terraza.

El viento es caliente. Está por anochecer y el cielo sigue azul. Afuera la vida parece tan normal, tan hermosa, pero sólo hay muerte, miedo y paranoia. A escasos kilómetros de aquí, la policía –esos buenos para nada– han montado un retén en “defensa” de la salud del pueblo. ¡Vaya cosa!

Un soplo cruel proveniente del infierno me quita las ganas de seguir afuera.

¡Papaaaá, trae las toallas, ya queremos salirnos!

Saco a los rufianes del charco. El agua les devuelve el apetito. Los víveres se agotan de manera alarmante. Hace unos días, la alacena estaba llena de productos suficientes para alimentar una familia de diez miembros, gato incluido, por lo menos tres meses de la maldita pandemia.

Es el momento de ver películas infantiles. Tengo prohibido ver mis series, y si dormito viendo sus películas aburridas, me dan codazos y pellizcos. A la mente me viene una frase incompleta, no recuerdo a su autor: “Hijos, mascotas, televisión, domingos familiares. No es sencillo. No es sencillo volverse una buena persona”.

Por milésima vez veremos *Wonder*, la historia de un niño con el rostro deforme. Mis hijos la han visto tantas veces que se saben parte de los diálogos. Momento que aprovecho para recordar un episodio de *Mad Men*. Acostado en el diván, Don Draper –el personaje principal– hace una confesión a su psicólogo respecto a la relación

que tiene con sus hijos: “cuando no están, los extraño, cuando están conmigo, ya quiero que se vayan”.

Nada más cierto.

La película termina tardísimo. Pero a quién le importa. Los horarios han sufrido cambios radicales. Las diez son como las ocho de la noche. Faltan bastantes horas para que regrese la tranquilidad. De diez a doce de la noche se vuelven a suscitar las riñas: es hora de recoger y hacer limpieza. Entre las dos y tres de la mañana, las luces se apagan.

Maldigo la hora en que volví a casa. Ellos también lo lamentan.

IV

No puedo dormir. Llevo varias noches que sufro pesadillas. En plena madrugada albergo temores ominosos. Creo estar resfriado, siento seca la garganta como un desierto, y he comenzado a estornudar. Son las cuatro de la mañana. Prendo la luz. Bajo a tomar agua. La casa huele a pinol. Por fin, un profundo silencio. El gato me sigue de cerca. Me aplasto en el comedor. Abro el libro. ¿Qué lees?, pregunta Vago. ¿Ahora sí me vas a pelar? Es una novela de John Cheever. ¿De qué va? Trata sobre las tribulaciones carcelarias de un culto profesor, adicto a las drogas, llamado Ezekiel Farragut, condenado a diez años en la prisión de Falconer por homicidio.

Y bueno, como lo puedes imaginar, está más encerrado que nosotros, ha perdido todo, el amor de su mujer, el contacto con su único hijo. Para chingarla, es adicto a la heroína....Entonces, una mañana, el enfermero que le suministra la metadona –un medicamento para tratar el síndrome de abstinencia de opiáceos– estornuda. Para Farragut escuchar ese espantoso sonido fue una terrible y alarmante premonición. Si el enfermero termina en la cama por un resfriado, quizá no habrá nadie autorizado para repartir el calmante. Recordar una vida sin drogas era despreciable, cortar su inspirador trato con las

#TextosAislados

sustancias, era enfrentarse a una muerte cruel y antinatural. Sabía lo que significan los mareos, el ardor en lo ojos, el temblor de manos, los sudores en el cuerpo; la abstinencia. Para que me entiendas, el sonido de un estornudo, para un opiómano, significa el dolor de la muerte.

Continúa, me ordena el gato. Espera, tengo ganas de... achuuu..., estornudo tres veces consecutivas en el ángulo interno del brazo. Perdón, digo.

Salvador, dice Vago, lo dice en tono de gato mamón preocupado: No chingues, ¿qué fue eso?

Morelia, Michoacán, México, abril del 2020

Aferrados Quintero

Pilar Quintero Márquez

En casa paterna tenemos una definición para el apellido familiar “Quintero”: persona que se propone algo (bueno o malo, pero que aferra sus pequeñas “garritas”) hasta lograr un cometido. Comento lo anterior puesto que es indispensable para esta narración.

Mi papá: de carrera médico cirujano-partero, corredor a sus más de 70 años y hombre capaz de responder cualquier duda posible con la capacidad de su sapiencia. Lo hace sin haber tocado –ni tocará– una computadora para consultar Google. Mi madre: enfermera, farmacéutica, paramédico y mujer que puede destruirte o amarte con una mirada. Y yo: escultora de profesión, paramédico, maestra de todo nivel que se deje enseñar y la “pinche” de los negocios de mis papás (actividad que realizo por gusto y gratitud).

Desde el comienzo de la cuarentena he sido más que precavida por las atenciones especiales que les debo a mis padres. A mi papá le coloco su bata, guantes y 4 cubre bocas listos para la acción. El problema es que a “don papá” (así le llamaré), no le entusiasma cubrirse como tamal en hoja de banana para atender personas, pero lo tiene que hacer. Aquí comienza un camino interminable de dimes y diretes. Yo con mi postura y él con la suya, por lo que decidió salir a seguir corriendo a sabiendas de las recomendaciones (ahora obligatoriedad del aislamiento) y las súplicas de mi parte para que mínimo usara uno de los cuatro pinches cubrebocas que le hicimos especialmente y que están

descontaminados en su autoclave (máquina de uso hospitalario que sirve para eliminar cualquier rastro de virus en prendas e instrumental de curación).

Don papá va a un cerro de la familia completamente deshabitado, mientras me quedo con el “Jesús en la boca” hasta recibir su llamada. Eso costó un arduo trabajo, primero que aceptara traer consigo el teléfono celular (exclusivamente para esta situación), y segundo, que aprendiera a utilizarlo. Antes de su llegada hago un acto de complicidad con mi mamá para desinfectarle todo y seguir protocolos que dice él es indispensable seguir... pero que solo se hace cuando yo estoy allí porque él, de ninguna manera, lo realizaría por cuenta propia.

Todo resulta de la siguiente manera: preparo desinfectante basándome en las indicaciones de la OMS para sus pacientes. Lo pongo a disposición de las personas del pueblo, pues muchas veces no tienen recursos para hacerse de los de uso comercial que duplicaron su precio. Limpio su escritorio varias veces al día, también sus pisos, mesa de mayo o curaciones, instrumental, sillas... todas las superficies que un externo haya tocado. La sensación es rara porque pareciera que hacemos cosas buenas que parecen malas, sin embargo, a estas alturas de la pandemia, no me interesa ser la mala, porque también soy “aferradita Quintero”.

Ario de Rayón, Michoacán, abril del 2020

Futuro cancelado

Mauricio Bares

¿Cuál es el colmo de estar confinado por el temible Coronavirus? Que te tumbe en cama un malestar intestinal.

El saber que estaremos aislados durante tanto tiempo y que además el plazo se aleje cada semana en vez de acercarse, cancela el futuro. Porque ninguna fecha es precisa. Con optimismo, podemos pensar que el futuro quedó latente, suspendido. Pero, ¿y si el destino te alcanza? Es mejor no hacer planes. Entonces nos queda el presente, pesado, constante.

Y el pasado.

A mi edad, tengo mucho por recordar. Y, el estar tumbado con dolores diversos, en sábado y domingo, sin doctor a la mano, me hizo recordar las muchas veces que he estado gravemente enfermo, cuando el delirio febril, y quizá el miedo, obligaron a mi imaginación a ocuparse en algo que me mantuviera vivo, como una tablita en el océano de la muerte. De allí surgieron personajes e historias como Anónimo Hernández, *Escribator: El defensor de las letras*, *Cerillos en la nieve*, entre otros.

En 1989 me fulminó una enfermedad en Londres, cuando mi precaria situación económica y laboral comenzaba a repuntar. Nunca supimos qué fue. Y los nombres en inglés no ayudaban: *measles*, *chickenpox*, *smallpox*, así que el diagnóstico del doctor fue al “Ave María, dame puntería”. Sobreviví por pura voluntad. Sólo recuerdo que me aconsejó cuidar de no golpearme la boca, porque

las encías se me habían retraído tanto, que habían dejado la base de mi dentadura al descubierto. El mínimo golpe me habría tumbado varias piezas. Con los dientes expuestos, ojeroso, demacrado, greñudo, tuve la primera visión de mi personaje más entrañable: Anónimo Hernández.

Muchos años antes, cuando cursaba el quinto de primaria, después de un divertido domingo familiar, me fui a la cama. Y media hora después desperté vomitando cubetadas de una especie de chocolate oscuro y horrible. Hepatitis. La paradoja fue que, por ser tan mortífera, me la pudieron diagnosticar de inmediato. Y en vez de morir o pasar seis meses enfermo con daños irreversibles en el organismo, sólo pasé uno en casa, adquiriendo uno de mis pasatiempos favoritos: leer. Estábamos suscritos al *Novedades*, así que todos los días tenía mi ejemplar en cama, especialmente los domingos, con su suplemento infantil “*Mi Periodiquito*”, que era una chingonería. También leí una versión en historieta de *Robin Hood* y *El libro de la selva*, en la edición de *Sepan Cuántos*, los primeros que leí por voluntad propia.

Y unos años antes, casi me muero de sarampión. Tendría cinco o seis años. Es tan difícil para un niño tan pequeño ver su vida tasajada de un modo tan cruel. A ratos creía que era una pesadilla que nomás no terminaba y no terminaba y sólo empeoraba. ¿Qué otra cosa es un delirio para un niño? Una pesadilla que no termina ni estando despierto. Yo llamaba a mis hermanas, pero mi madre las retenía a distancia. Sólo las veía llorando y extendiendo sus brazos hacia mí, mientras gritaba como loco, muerto de miedo. Y de repente sentí una paz mitigadora, la rendición del agotamiento. Un arrullo que te invita a flotar en olas suaves y tibias, a dejarte ir. El dulce canto de la muerte prometiendo disipar para siempre el sufrimiento.

Y, de repente, me despierta un chispazo. La decisión de quedarme. El instinto. Quién sabe. A partir de ese momento comencé a mejorar. Tardé varios días. Ese chispazo es el que me ha salvado

desde entonces, con la hepatitis, con la viruela/varicela/rubeola en Londres, y en muchos más casos y situaciones.

Es el as bajo la manga que tengo reservado mientras el futuro permanece cancelado, por si el destino pretende alcanzarme.

Abril del 2020, Ciudad de México

Pandemias que nos visibilizan

Magaly Vega López

Cada verano me acostumbró a que el mundo se derrumbe, las crisis han sido parte de mi vida como la lluvia que cae todos los julios. No me considero una persona negativa pero el mundo me ha enseñado a ser precavida y aun así, los desastres pasan. Logro en mi mente pensar que solo son dragones en búsqueda de tesoros de otros tiempos, tiempos que ya no nos pertenecen.

Mientras para algunos la cuarentena azotó a inicios del 2020, mi cuarentena inició con un verano del 2019 lleno de accidentes desafortunados. Terminé la maestría y eso significó buscar trabajo en un lugar donde los inmigrantes no son precisamente bienvenidos, aún cuando no tengan el personal suficiente, aún cuando tengan hogares de sobra y comidas calientes, los inmigrantes somos una especie rara que no se quiere quedar quieta en un mundo que jamás estuvo hecho para el sedentarismo.

Quizá éste sea un buen momento para presentarme, no con nombre y apellido, sino como ese espíritu nómada en busca de maravillas. Después de casi 7 años, mis cercanos siguen sin acostumbrarse a que la Ciudad de México ya no es mi hogar. Mientras todos tienen el derecho de hacer su vida, hacerse de un departamento o casa, formar una familia, cómo es que yo puedo considerar mi hogar aquel país lejano que me promete libertades fuera de sí. No es que niegue mi mexicanidad pero, he encontrado un espacio donde puedo ser yo sin reproches, sin reglas, sin condiciones, sin estándares imposibles que cumplir y sin el miedo de morir desmembrada en las calles.

Cada verano me pone un reto, el del 2019 fue perder mi taller, mi comunicación, la idea de tener una pareja, el sueño perdido de ver a mis abuelos verme triunfar y al terminar el verano como broche de oro, mi cuerpo colapsó. Siete años de una enfermedad imaginaria para los doctores profesionales, siete años de dolores de medianoche insoportables, de rostros que no entienden el dolor, de diagnósticos mal informados, de una tortura insoportable que se reveló en una vesícula dañada que su extracción me paralizó por casi tres meses.

Mientras la gente me exigía cómo es que no podía seguir trabajando desde la casa de mi padre, como si transportar lienzos y pinturas fuera cualquier cosa o como si el arte costara unos cuantos centavos, entendí que para muchos lo que hacía no era un trabajo real. Sentían que mis argumentos eran solo excusas, era imposible pensar que esa mujer sonriente estuviera sumida en una depresión brutal. Porque además el verano se llevó a mi terapeuta y mi acceso a mi sanidad mental.

Cuando por fin pude volar a mi hogar, un 12 de marzo del 2020, no pasaron ni 24 horas cuando la gente me cuestiona, si iba a volver. Si no iba regresar a lo que ellos consideraban que era mi hogar. Me preguntaron, si honestamente hubiera preferido quedarme en el lugar donde nací o regresar a donde mis sueños me mantienen viva. Por más absurdo que parezca, el miedo de un virus que no entendemos hace que no empaticemos con el otro, que solo pensemos en nuestra realidad y lo que creemos que es lo más conveniente para uno, mientras exigimos empatía nos volvemos soles que queman a nuestros seres queridos.

El virus por un lado me ha cancelado mil y un proyectos pero, por el otro me ha dado la oportunidad de repensar mi actividad artística. Un Nueva York desolado por los medios y un Nueva York que se resiste a morir. En mis casi 7 años, jamás había tenido tantas llamadas, tanta gente preocupada, tantas ganas de saber del otro, por primera vez los elevadores saludaban y deseaban el bienestar, los

cajeros de los supermercados nunca habían estado tan atentos y tan amables. Mi ex terapeuta, mis profesores, mis alumnos y mis colegas, inundando mi correo con mensajes de amor y compasión. Mensajes a media noche preguntándome si estoy bien, si mi estado mental no ha invadido mi cabeza con malos pensamientos. Ya saben, esa clase de pensamientos que te inmovilizan, que te hacen sentir insignificante, que te hacen rendirte. Sin embargo, recuerdo todos esos esfuerzos, de aquellos que cuando el virus me atacó hicieron todo lo posible para mi supervivencia, de la misma manera que con mi cirugía estuvieron ahí apoyándome cada uno a su manera.

Cómo olvidar aún con tapabocas y con reglas de distanciamiento social, ver la emoción de mi portero al saberme viva. Ya que en medio una madrugada decembrina, mi cuerpo deteriorado, sin recursos para una ambulancia, ahí iba en un Uber al hospital más cercano solo para que 14 horas después me dijeran que no tenía nada, solo un mal estomacal. Cuando en realidad estaba a unos segundos de una pancreatitis mortal. Unas horas después o puede que hayan sido días, me encontraba en México, en una silla de ruedas intentando volar a un hospital.

Entre tanto ajeteo, el tiempo deshecho, amigos que nunca aparecieron, ahí estaba yo, perpleja de ver al neoyorkino con lo frío que es, con lo distante que aparenta, no pudo mi portero evitar más que abrazarme. Unos segundos de humanidad porque entre el caos se me olvidó mencionar que me habían hospitalizado en México y el pobre solo se quedó con dudas rondando en su cabeza, bien yo pude ser un número más. Y claro no pasaron ni unos segundos cuando el virus en mi total soledad me atacó.

A 49 días de confinamiento, de no saber si tendré comida o volveré a ver a mis seres queridos o podré despedirme de mis muertos, o podré tener un trabajo o podré vender obra o podré a mis 33 años tener un bebé, ya ni pensar en tener una pareja, es ahí en esos crueles momentos donde mis demonios deciden bailar cada mañana con sutileza.

#TextosAislados

Lleno mi agenda con proyectos sin importancia y no me queda de otra que agradecer a este virus por no ser una más de esas vidas olvidadas. Un virus que nos recuerda que hay un otro invisible que hace nuestras vidas un poco más aguantables. Porque no todos tenemos el privilegio de resguardarnos, de paralizar la vida y tomar estos tiempos como unos cursos de veranos para infancias nostálgicas de películas de Hollywood. Para algunos este virus solo hace visible lo inevitable, un sistema colapsado donde sólo ciertas vidas tienen valor.

Nueva York , 29 de abril del 2020

El silencio a oscuras

Luis Tovar

Fue idéntico al hallazgo de la vieja fotografía que, de tan olvidada, dejó de concedérsele incluso la condición del extravío; como esa sensación a caballo entre la sorpresa y el recuerdo, profundo de tan lejano, que corre por las arterias del pensamiento cuando la suerte decide, generosa, devolvernos algo que tuvimos y creíamos seguir teniendo pero, en realidad y a saber desde cuándo, ya no era sino ausencia y, precisamente por serlo, también fue paradoja: con y sin juego de palabras, aquello consistió en la notable presencia de lo ausente por partida doble, pues cuando desaparecieron los sonidos concluyó la ausencia del silencio y éste, como aquéllos antes, tuvo a bien llenarlo todo: en ese momento la noche, las esquinas de las calles, los minutos que hacían falta para llegar andando a casa, vuelto recinto para la quietud al término de una llovizna muy discreta, se inundaron de una calma que no era nueva pero sí desconocida, de tan esporádica y escasa.

Fue preciso entonces, por inevitable, caer en cuenta de la maravilla y sumarse a ella, más lentos los pasos para no incordiar ni al aire, y desde la inmovilidad casi total salirse de uno mismo, dejar de ser lo que se es, fundirse con el entorno y comprender, más allá de las palabras y precisamente gracias a su ausencia, que la parte no es distinta del todo, que no hay desdoro alguno en dejar abandonada, en medio de la calle vacía y silenciosa, esa máscara compuesta por dos letras acostumbradas a pronunciar su nombre a gritos y que ahora,

#TextosAislados

en ausencia de testigos, ve cómo su función es mucho menos esencial de lo que parecía: ¿quién es yo? Podrían dar una respuesta idéntica las aceras deshabitadas y el agua de lluvia, donde los reflejos nocturnos inventan una danza fugaz, como podría responder a lo lejos una ventana todavía iluminada o la fragancia de la tierra húmeda, o el reloj ya innecesario, o los pasos que ya no se sabe, y ha dejado de importar, si van a alguna parte, a todas o a ninguna: dentro y fuera de ellos, ocupando y envolviendo a la materia que los hace reales de tanto imaginarlos, es el silencio.

Ciudad de México, mayo del 2020

10 de mayo

David Miklos

Destapó una cerveza, la sirvió en un vaso y se sentó a escribir estas líneas, primero en el celular, ya luego en la computadora, que siempre se tardaba mucho en estar lista después de encenderla.

Hoy es un buen día para valer madres, escribió por fin, luego de todo lo anterior.

Era domingo, 10 de mayo, su mujer dormía a su hijo, su hija jugaba con el iPad, él bebía su cerveza y escribía estas líneas, afuera ya no se veía nada, apenas el cielo gris y la buganvilla negra fundida con un negro tinaco de Rotoplas y varios tubos de respiración de cobre para que el agua fluyera mejor a las casas. Alcanzó a ver la antena en la que, por las mañanas y por las tardes, se posaban las águilas o aguiluchos, halcones de Harris según le había dicho un amigo.

¿Por qué se dirá valer madres?, se preguntó.

Hasta donde entendía, valer madres era explotar, llegar a un límite, alcanzar un punto de no retorno, tronar como una paloma o uno de esos cohetes blancos de mecha rosa con los que jugaba en su infancia, hacía muchos años, décadas incluso, que no veía uno.

Pero valer madres también apelaba a la insignificancia, a ser nada, a ser, pues, una madre en esa versión machista del español de su país, en donde el 10 de mayo se veneraba a la vez el todo absoluto y la nada relativa que, a los hombres, les significaba la maternidad, supuso.

La línea que pensó antes de escribirla, mientras se destapaba una cerveza y la servía en un vaso, llegó a su cabeza en estado puro, sin mayor reflexión, es decir, sin los tres párrafos anteriores.

El gallinero de junto estaba apagado, las luces de neón aún no activaban al par de gallos que cacareaban todo el tiempo, a deshorras, sus vecinos no parecían tener piedad de los que habitaban en su misma cuadra, la cuadra de un viejo barrio absorbido por un viejo pueblo a su vez reclamado por una vieja ciudad que, pese a todos sus intentos, jamás llegaría a ser moderna o de vanguardia, una ciudad demasiado atada a su pasado y a una serie de usos y costumbres que burlaban tanto al sentido común como a la posibilidad de ser civilizadas, domeñadas por la razón y el civismo, algo así.

Iban ya para dos meses de encierro y nadie había tronado cohetes en todo ese tiempo, quizá los santos patronos eran los únicos que respetaban las leyes no del todo explícitas de la pandemia, la sana distancia y demás gracias que el gobierno había pergeñado y soltado al pueblo sin mucho pensarlo.

El cielo estaba quieto.

Y oscuro.

Cada vez menos gris.

Cada vez más valiendo madre.

Algunos decían madres en plural, lo mismo que en su país otros decían no vales verga en vez de vales verga para decir que eras nada, una madre.

Nunca había sentido que su país fuera del todo su país, pero su idioma, el idioma de su país, sí era su país, la lengua no materna pero sí huérfana que, dada su propia historia, había aprendido y adoptado y asumido como propio y su patria, el idioma en el que hablaba, en el que pensaba la mayor parte del tiempo y en el que siempre, aunque intentara neutralizarlo, escribía.

Su idioma no era el castellano ni el español en sí, pero tampoco el mexicano o el mejicano, porque tal cosa no existía.

Tampoco podía decir que el suyo fuera un español latinoamericano, ese Frankenstein de la lengua inventado por los que subtitulaban películas para la región 4, es decir, el perenne tercer mundo, aunque su escritura y su habla estaba afectada por, valga la redundancia y aliteración, sus afinidades culturales, algo de argentino por acá, un poco de colombiano por acá, ideas de uruguayo por allá y así.

(Y tanto argentino como colombiano y uruguayo tenían sus propias variaciones, no es lo mismo un cordobés que un porteño ni un bogotano que un caleño, aunque quizás en Uruguay si haya cierta uniformidad de habla, casi todos allí viven en Montevideo, pero los habrá del campo y de la frontera con Brasil que hablen distinto, tendré que preguntarle a mi familia de allá si esto es cierto).

Lo único que podía pensar, y lo pensó en el momento que cambiaba de párrafo, es que el español como tal no existía, aunque el castellano quisiera reclamarlo como suyo y ponerle reglas a través de su anquilosada Real Academia Española de la lengua, cuyos diccionarios reales –redundancia, redundancia–, y virtuales apestaban a naftalina y sabían a rancio (¿era rancio un sustantivo o sólo podía utilizarse como adjetivo, de acuerdo con la ley legítima del idioma?).

El único pájaro al que realmente había visto de cerca en su casa, además de a tórtolas y gorriones, era un canario silvestre, de trino inconfundible, el ave que nunca había estado en una jaula ni había sido obligada a elegir la suerte de los humanos, pardo y no colorido, moteado y no de plumaje uniforme, una criatura hermosa que aparecía pasada la madrugada, junto con la plena luz del día.

Afuera llovía, de pronto.

La noche valía madre.

Su hija se preparaba para dormir.

Su hijo ya se habría dormido.

Su mujer tal vez también, aún no llevaba al niño a su cuna, a su propio cuarto.

Él dormiría en otra parte, aunque en la misma casa.

Había valido madre.

Su sueño también, probablemente, aunque aún era muy temprano como para declarar el insomnio.

Le quedaba un trago a su vaso de cerveza.

Vació el vaso.

La cerveza valió madre.

Se rasco una costra del antebrazo y comenzó a salirle sangre.

Lamió la piel, la gota roja, casi marrón.

Se probó a sí mismo, su yo más metálico. Era hora de apagar la computadora, de abandonar el manuscrito, de que su escritura valiera madre aunque sólo fuera temporalmente.

Le dolían los hombros.

El cuello.

La puta vida.

La puta vida que había valido madre.

Era domingo.

Diez de mayo. 2020.

El año del encierro y de la pandemia.

Aún podía ver la antena en la que se posaban las águilas, más allá de la buganvilla ennegrecida, absorbida por la noche, una mera silueta de su ser diurno.

Como él mismo, supuso.

Y puso un punto final, aunque tal vez no definitivo, a las líneas que escribía.

No te mueras todavía, ¿vale?

Almudena Barragán

No quiero que mi abuelo se muera. Está cerca de los 96 años y sé que mi deseo cada vez tiene la mecha más corta. A veces pienso cómo sería el mundo y mi familia cuando ya no esté y ante mí, queda la sensación de tener en la tripa un hoyo inmenso, un vacío, como el cráter de un meteorito que se estrella contra la Tierra. Tengo el mismo miedo que millones de personas. No puedo parar de pensar en que si se lo lleva el coronavirus, no habrá besos ni abrazos. No podré verle, ni sujetarle la mano, ni decirle que es el abuelo más guapo del mundo mientras él me responde que yo soy la nieta más pesada. Qué puta mierda es estar lejos, Juan.

Así que mi abuelo y yo hemos aprendido a hacernos video-llamadas. Él no tiene móvil porque dice que no lo necesita, que la humanidad “está idiotizada con esos cacharros”, pero mi abuela, que siempre ha sido la jefa de máquinas de ese matrimonio, decidió aprender a utilizarlo gracias a que se apuntó las instrucciones básicas en un cuaderno. Maricarmen, 86 años y dos clavos de titanio en las caderas que harían saltar las alarmas de cualquier aeropuerto. Ella es sin duda, la más tecnológica de los dos. Mi abuelo cree que la tecnología está acabando con el trato humano de las personas y terminará con el trabajo de la cajera, el dependiente y el kiosquero. También con el del empleado de banca, como él, que trabajó durante cuarenta años en el Banco Español de Crédito.

Nuestras conferencias transatlánticas lo molan todo. Él vive en Madrid y yo a 9,000 kilómetros de allí, en Ciudad de México. Aunque todavía mi abuelo no apunta bien con la pantalla, nos marcamos buenas conversaciones. Se coloca el teléfono debajo de la boca y yo alcanzo a verle sus dos ojillos pequeños y los pelos que tiene en la nariz. A veces hay fallas en la comunicación y hay que repetir las cosas un par de veces porque aunque mi abuelo tiene una memoria impresionante, cada día está más sordo.

–¿Qué tal, cómo estás, guapo? ¿Cómo lo llevas?

–Llevo encerrado 47 días y esto parece que no va a acabar nunca. Me aburro lo que puedo.

–Tú acuérdate de lo que decían en la guerra los republicanos, abuelito.

–¿Eh?

–¡EN LA GUERRA, CUANDO EL ASEDIO DE MADRID! ¿Te acuerdas?

–Sí, sí. No hace falta que me grites. Decían: “No pasarán”, como La Pasionaria. Pues ahora igual. ¡No pasarán!

–¿Y qué haces para pasar el rato, qué estás leyendo?

–Estoy con un libro sobre la historia de Madrid, ya voy por el siglo XVII.

–Suena muy interesante.

–¿Sabías que en el 1600 y pico ya había 800 casas de putas en Madrid?

–Ja, ja, ja, ¿de eso va el libro que estás leyendo?

–Bueno, cuenta datos curiosos de la ciudad, está bien documentado aunque hay partes con demasiados nombres y no me acuerdo de todos. También estoy haciendo sopas de letras de esas con las que te vuelves loco y miro cómo va la Bolsa en el teletexto, pero es horrible, hija. Está cayendo mucho el mercado, las acciones no valen nada. Una pena.

Después de varios meses de riguroso confinamiento, el gobierno español dio autorización para que las personas empezaran a salir a pasear a la calle pero mi abuelo, después de dos meses incrustado en su sillón orejero, tenía miedo de volver al asfalto. En invierno tuvo una fuerte caída en la calle y desconfía de sus piernas y sus fuerzas para caminar. Tampoco se fía de que “el bichito” no de la vuelta al mundo y nos volvamos a contagiar de nuevo.

–Tengo un poco de miedillo, hija. Siento que las piernas no me sujetan bien.

–¿Pero estás mal, qué crees que te pasa?

–Lo que me pasa es que estoy viejo y tengo muchos años, Almudenita.

Y tanto que tiene muchos años. Nació en Madrid en 1924. Le pasó por encima una guerra, una posguerra, una dictadura, el regreso de la democracia y ahora una pandemia. Con la mitad de eso, hay quien escribe una saga familiar. Recuerdo que la última vez que salimos a pasear por el barrio fue este mes de febrero. Con una mano se apoyaba en su bastón y con la otra me agarraba fuerte del brazo izquierdo. Merendamos en una cafetería de la glorieta de Quevedo y hablamos varias horas. Mientras le contaba detalles de mi vida, él mojaba su bollo en el café descafeinado y entornaba los ojos para oírme mejor. Siempre está muy pendiente de las noticias y si dicen algo de México en la tele o en la radio, pone el volumen al máximo y usa la mano como amplificador para enterarse bien y luego comentarlo en nuestras charlas. Recuerdo bien esta fecha porque fue la primera vez que le pregunté si tenía miedo a la muerte.

–A mí ya no me da miedo nada.

–¿Pero eso no significa que te quieras morir, no?

–No, hija. ¡Vaya cosas que me preguntas! No me quiero morir pero soy muy viejo, así que ya no me queda otra cosa que hacer en la vida más que morirme.

#TextosAislados

–Bueno, pues si no tienes prisa, no te mueras todavía, ¿vale?

–Vale.

Ahora cuando hablamos, antes de colgar, siempre me dice: “No te resfríes, lávate las manos y ten mucho cuidadito”. Yo le respondo que sí a todo y le digo algo parecido. Los dos nos quedamos más tranquilos de cuidar del otro aunque sea a través de la pantalla. A fin de cuentas, el mensaje es el mismo: “No te mueras todavía, ¿vale?”

Ciudad de México – Madrid, 19 de mayo 2020

(Año 1 de la pandemia)

Normalizando la nueva normalidad

Luis Backer

Con mi admiración para todo el personal de salud, por su ardua labor durante esta pandemia, en especial a mi hermano Diego.

Mucho antes de que se decretara de manera oficial la emergencia sanitaria en México, me sorprendió que algunos de mis contactos en Facebook ya permanecían encerrados. Supongo que se debió a las noticias del exterior. Así, en el *lockdown*, como lo llaman, continuaron quejándose y compartiendo estados para recordarme lo buenos ciudadanos que eran por haber acatado una orden que nunca se les dio. Y bueno, para autoimponerse el confinamiento tampoco hace falta una pandemia, de hecho en Japón existe desde hace décadas y se llama *Hikikomori*.

Ya para cuando las autoridades de salud decidieron pasar de la sana distancia al quédate en casa, me encontraba redactando un texto sobre la película de Felipe Cazals, *El año de la peste* (1978), aquel desafortunado filme que Ayala Blanco resumió como “el cine de autor más enérgico y estridente del echeverrismo había dejado de indignar, para empezar a inspirar lástima”. La novela *Diario del año de la peste*, escrita por Daniel Defoe en el lejano 1722, fue una obra que gustó mucho a Gabriel García Márquez, al punto que adaptó el texto a un hipotético contexto mexicano en compañía de Juan Arturo Brennan y José Agustín. Similitudes con la situación actual: muchas y espeluznantes, pero

también vino a mi mente Edipo y la desesperación del rey de Tebas por frenar la epidemia y la muerte.

Las primeras semanas de la fase dos fueron relajadas en medidas y me seguí escapando para trotar en el Parque Hundido, que está a espaldas del edificio donde vivo y por lo que esta crónica versará de lo que sucedió principalmente en la Colonia Noche Buena de la Ciudad de México. Así, mientras en la televisión aparecían personas llenando carritos para el súper y llevando grandes cantidades de papel higiénico, aquí se respiraba tranquilidad y hasta el día 12 de mayo no he visto personas haciendo compras de pánico en los establecimientos de la zona. Ni de cerveza, vamos. Respecto al uso del cubrebocas, este no comenzó a extenderse hasta ya entrada la fase tres, cuando se dijo que sería obligatorio, siguiendo las recomendaciones de las 19:00 hrs., mientras que la vida transcurría lejos de un escenario apocalíptico, por lo menos en las calles del barrio.

Basura de moda

Vivo muy cerca de la Av. Insurgentes, frente al Eje. 6. Por estos rumbos el tránsito de automóviles es tan solo poco menor al habitual, mientras que las bocinas y los escapes de los automotores siguen sonando. Sobre la avenida pasan los peseros y metrobuses a la mitad de su capacidad y lucen así hasta los domingos. No se parece en nada a los paisajes desiertos de la ciudad que veo en fotografías de las redes sociales, por lo que pregunté a un amigo que vive por el rumbo, si el Zócalo, Bellas Artes y el Eje Central, se ve como en esas fotos: –¡No mames, claro qué no! Bellas Artes y la Alameda están cercados y hay policías, aun así hay gente tomándose fotos, y en Eje Central pasan coches, muchos menos, sí, ¡pero desierto no está! –respondió.

Durante la fase tres de la contingencia sanitaria, los repartidores de las distintas aplicaciones de entrega se reúnen por docenas afuera de los comercios más populares. No aplican las medidas de

distanciamiento, no usan cubrebocas y se les ve notablemente tranquilos mientras circulan a toda velocidad por las aceras sin importarles los pocos peatones que transitan.

Los cubrebocas son la basura de moda. Detesto esa práctica de hacer los desechos rollito y meterlos en una cavidad: ya sea en las casetas telefónicas, en las comisuras de los asientos del transporte o las bancas, en este caso. Así, adornadas con injertos en diversos tonos de azul, los espacios destinados para que la gente repose se convierten en un foco de infección.

Desde el primer día que se nos recomendó quedarnos en casa, he monitoreado la calidad del aire. Tomando en cuenta que la ciudad anunció una reducción en la movilidad en un 46%, supuse que disminuiría la contaminación, pero no fue así. La calidad del aire ha sido mala todos los días según su propia aplicación móvil y no mejoró ni cuándo implementaron la restricción especial del programa hoy no circula.

Mientras camino por el parque se escucha un grito que proviene desde un balcón: «¡Quédense en su puta casa!». Nadie replica. Algunos letreros escritos a mano dicen que un *runner* tiene 20 veces más posibilidades de contagiarse. Los propietarios de perros sueltan a los animales para que anden libremente por las jardineras mientras que la mierda de sus mascotas pulula por todos lados, y no solo en el parque, también en las calles.

Supongo que se deberá a que los servicios de limpieza han disminuido su personal por la contingencia, o a que algunos dueños, al no sentirse observados, se olvidan de recoger las heces. Muy preocupados, eso sí, con caretas protectoras y todo, sin darse cuenta de los riesgos para la salud que representan los excrementos de sus mejores amigos.

Eje Central de la CDMX

Las ambulancias chillan a toda hora. En sus escapes atrona la desesperación. Entonces pienso en el dolor y la angustia de aquella persona que llevan abordo, deseándole que su paso por el hospital sea breve y que vuelva a reunirse con los suyos, como yo deseo hacerlo con los míos, en cuanto sea posible. Me aflijo cuando leo sobre el proceso que siguen los enfermos al entrar a un Hospital Covid y me parece desolador que muchas personas no volverán a ver a sus familiares; la parte más cruel de toda esta historia llamada pandemia.

En *Edipo Rey*, Sófocles nos muestra que un dirigente político puede llegar a tener un alto grado de compromiso con su pueblo, pero aquí no es Tebas, y la situación se parece más bien a *El año de la peste*. Aun así, y luego de releer mis quejas y recapitular todo lo que pasa afuera, llego a la conclusión de que es mejor quedarse en casa y recordarle a nuestros seres queridos, amigos y personas cercanas, que los extrañamos, que falta poco: que pronto volveremos a estar juntos, aunque tal vez no de la misma manera.

Ciudad de México, mayo del 2020.

¿Quién dice yo?

César Calderón

Ya lo veía venir. Nada bueno ha de esperarse de un preámbulo en tinieblas. Tres pérdidas en menos de un año: tres seres queridos, muy queridos. Mi padre es mi dolor más reciente. Él sufrió junto conmigo mi otra pérdida, y estoy por decir que le dolió tanto como a mí. Quince días después de su partida el gobierno declaró el confinamiento social. Un nuevo virus nos acecha.

No es para tanto, pienso cada vez que llego a casa y grito hola pretendiendo hallar respuesta. ¡Hola! ¡Hola!... Silencio. Sólo ese silencio que lacera mi conciencia. A veces deseo ser parte de las estadísticas. Un muerto más, uno de tantos muertos que se ha cobrado ese maldito virus que tiene al mundo de rodillas. Bajo la maleta y voy directo a mi habitación. Me persigno ante el crucifijo que está sobre la cabecera. En un principio no sabía por qué lo hacía, pero luego de mecánicas repeticiones he descubierto que ese simple gesto me otorga un sosiego mil veces más potente que el que pudiera concederme una cajetilla de cigarros.

Fue un regalo de mi madre, el crucifijo. “Para que los cuide”. Con el tiempo, ese plural se ha convertido en singular. Voy al baño y me empapo el rostro para que mis lágrimas se confundan con el agua salitrosa. El espejo me devuelve una imagen distorsionada por las salpicaduras de agua. Así de alterada siento mi alma. Salgo al jardín y enciendo un cigarro.

El primero de una larga noche de insomnio y pensamientos catastróficos. Frankie, mi perro, se retuerce, brinca y da rodeos en torno mío. Yo creo que es del gusto de verme luego de un par de semanas de ausencia. Sólo por esas muestras de cariño no he concretado mis impulsos de matarlo cuando encuentro mi jardín agonizante.

No se piense que poseo la maquiavélica crueldad de esos dictadores que han puesto a temblar al mundo entero en diferentes momentos de la historia, como Napoleón o como Hitler... o como el Covid-19. Destino parte de mi sueldo a una persona que pernocta en mi casa y cuida a mi perro durante mis destierros cada vez más prolongados. No quiero estar aquí, ni allá. En ninguna parte de este mundo. Ahora estoy casi todo el tiempo en mi pueblo, con mi madre. Una rutina edificante me mantiene al margen del colapso.

A las 6 de la mañana levanto pesas como si quisiera reventar mi cuerpo. Dos horas después me enfrasco en la lectura y escritura y en los trabajos que dejo a mis alumnos. Luego revisiones y más lectura y escritura hasta que se llega la hora de salir corriendo rumbo al cerro. Siempre busco las pendientes más prolongadas. Una vez más intentando desgranarme por dentro, pero sin mayor éxito que una taquicardia cada vez menos recurrente. Sin pretenderlo, mi cuerpo se hace cada vez más resistente.

De nuevo en mi casa, en mi jardín, tras el viaje desde mi pueblo que se prolonga por casi dos horas. Doy una calada y retengo el humo durante unos segundos mientras levanto la mirada y veo un montón de estrellas parpadeando como luces navideñas. Me pregunto desde cuándo habrán dejado de existir. Lo que vemos en el cielo no es más que un espejismo. Eso me hace recordar la muerte. Otra vez la muerte. La gente sólo muere cuando les damos carpetazo en la memoria.

Eso no pasará con mi padre, ni mi abuela, ni... De nuevo el agua en mi garganta... y estas ganas de morirme. Cualquiera que me

vea sin conocerme dirá que soy un tipo duro, de esos tipos duros que no les conmueve ni siquiera la muerte de un ser querido. Mis casi uno noventa metros de estatura y ciento y tantos kilos, junto con la mirada de lobo en cautiverio podrían validar dichos supuestos. Pero no es bueno dejarse llevar por apariencias.

Ya se ha dicho muchas veces. Soy tan frágil como cualquier otro ser humano. Aunque, eso sí, es muy difícil que me vean llorar alguna vez. Incluso creí imposible llorar en público hasta que estuve frente a los despojos de mi padre. Sólo he llorado frente a él. Y frente a sus cenizas, cuando las depositamos en la cripta. Enciendo otro cigarro y marco el único número que no tengo que consultar en mis contactos. 353 10... luego de dos o tres timbrazos surge esa vocecilla que me motiva a utilizar el tapabocas y guardar la sana distancia y a no viajar a más de 140 kilómetros por hora: ¡paaapi! Sí, ella es mi ancla en este mundo.

No pretendo ganar sus indulgencias con pensamientos negativos. Incluso estoy por invocar los retazos de buen humor que aún permanecen en mi mente. Dice la ley de un tal Murphy que cuando algo sale mal puede incluso estar peor. ¿Qué más angustia podríamos padecer ahora que la cerveza está en peligro de extinción? Es un decir lo de extinción, pero confieso que ni con la escasez de gasolina del 2019 sentí esa incertidumbre que se apoderó de mí cuando entré en un Oxxo y supe que ya no había cerveza. ¡Líbreos Dios de más desgracias!

Bueno, ahuyentando un poco los tintes deprimentes de mi narración, se me ocurre recordar lo que alguien dijo alguna vez: en las crisis, o creces o te hundes. He optado por crecer, aunque estoy consciente de que todo desarrollo implica un dolor que resulta inevitable. Es como caminar bajo la lluvia y no mojarse. El sufrimiento, por el contrario, es para los que se inclinan hacia la segunda opción. En el argot de los gimnasios se dice que no *pain* no *gain*; sin dolor no habrá ganancia. No sé qué habrá de cierto, pero elijo aferrarme a esa

#TextosAislados

creencia cada vez que siento la opresión de este dolor que asfixia mi conciencia.

Y no, no voy a morirme pronto, al menos no por decisión propia. Porque se debe esperar la voluntad de Dios, aunque, ya lo sugirió Rulfo en su inigualable Pedro Páramo, también se puede torcer la Divina Voluntad y hacer la propia. Pero no pensemos en eso. Prefiero imaginar el día (esperemos no tan lejano) en que salgamos del confinamiento y todo haya retornado a la nueva normalidad (ya nada será como antes).

Estaré ansioso por echarme unas cervezas con ustedes. ¿Quién dice yo?

Jiquilpan, Michoacán, mayo del 2020

Blanco de titanio

Néstor Cánchica

Hoy tocó mercado, a duras penas hemos conseguido aguantar hasta fin de mes, es la meta que nos hemos puesto mi mujer y yo; hacer mercado una vez por mes. Solo somos nosotros. Al momento llevamos casi tres meses sin salir, más o menos desde el veintinueve de febrero; bueno, hemos salido a por víveres tomando las precauciones pertinentes; las que nos han dicho, así que con excepción de hoy, algunas tres veces sí que hemos salido, además, yo llevaba al menos una semana sin salir antes de que se decretara la emergencia; llevo ventaja.

En varios aspectos llevo ventaja, me considero casero y mis actividades, pintar y escribir, tienen la particularidad de que se pueden hacer desde casa, y encima, me encontré con Geraldine, una mujer guapa que amo, con la que me he llevado excelente desde que la conocí. Ya van a ser quince años, ¡carajo! Cómo se nos va el tiempo... quiero creer que en su caso es igual, aunque ahora, en estos encierros, sale la verdadera casta de todos, sobre todo de aquellos que jamás se habían tomado un momento para hablar consigo mismos, éstos descubren que no saben quiénes son.

Por eso digo que llevo ventaja. Hace unas semanas atrás, las primeras dos del encierro, viví momentos aterradores, de la nada empecé a sentir cierta dificultad para respirar. Al principio me pareció algo normal y se lo atribuí a que siempre están quemando maleza a los alrededores, pero para el segundo día ya no había humo de

quemas y la dificultad era mayor, lo cual hizo que no pudiera seguir ocultándoselo a mi mujer.

El tercer día todas mis alarmas se habían encendido, a duras penas podía tomar de cuando en cuando una bocanada de aire y había logrado dormir algunos cuarenta minutos a lo sumo repartidos en dos noches. Hay un mecanismo de defensa (según supe) que nos despierta cuando caemos dormidos en esos estados de asfixia; Apnea de sueño, lo llaman. Ese mismo día la dificultad ni siquiera me permitió comer y al llegar la noche estaba aterrado, aunque haciéndome el fuerte, sentado en el borde del sofá fingiendo ver fútbol, y cuando mi mujer se descuidaba me alzaba prácticamente en puntillas para coger algo de aire. A eso de las once de la noche Geraldine, que para el momento se hallaba sentada a mi lado sin despegármeme, también alarmada, no pudo evitar llamar a María Esperanza, su mejor amiga y para fortuna nuestra doctora.

«Si sigue así hay que sacarlo al centro médico más cercano...» Escuché que dijo. La verdad fue como una sentencia anticipada de que lo peor había llegado. No es que sea un tipo alarmista o hipocondriaco; me considero todo lo contrario, pero a todo este asunto de la pandemia hay que sumarle el gentilicio, somos venezolanos y vivimos acá. Esto, créanme cuando lo digo, no es cualquier cosa; tenemos al menos siete años en caída libre. No quiero enumerar los muchos males que nos aquejan (la mayoría de la gente en el mundo los conoce).

Lo cierto es que estaba y estoy convencido, de que si hubiera tenido que salir a algún centro médico no lo cuento. Primero hubiera ido a dar a algún lugar público donde no hay ni lo básico (agua y a veces ni electricidad), mucho menos eso que llaman en las televisoras extranjeras “Test de descarté”, esto sin mencionar que quienes nos gobiernan vienen maquillando las cosas desde hace bastante tiempo, con un discurso que ya nadie cree pero que persiste en sus bocas, y en cuanto al Covid-19, simplemente no existe para ellos, es decir que ni llegó ni llegará.

Por tanto sabía que una vez allí me aislarían y muy seguramente no dejarían que nadie me visitara por miedo al contagio, y ahí quedaría solo a mi suerte. «Esperemos a ver cómo pasa la noche y mañana veremos...» Terminó diciendo la doctora y decidí en ese instante que debía calmar los nervios a como diera lugar.

Mientras en la televisión pasaban *Master Chef España*, le pedí a mi mujer un trago «¿Estás seguro?» Recuerdo que preguntó con la preocupación viva en los ojos. «Sí, me siento un poco mejor y eso me ayudará a dormir». Mentí, pues lo que quería era noquearme con alcohol y si amanecía, como había dicho María Esperanza, pues veríamos. Pensé en *Soylent green*, *Hangar dieciocho*, *La vida de los otros*, *El jugador*, *Pedro Páramo*, *El otoño del patriarca*, *American Gods*, en mujeres, en sus pies, en mis difuntos padres, mis hermanos, los hijos de mis hermanos, en mis amigos, mis cuñados, pensé en Reinaldo, en Claudia, en Kiddo (que es Renata), en Andrés, en si los volvería a ver y al parecer, mi idea surtió efecto, pues al segundo trago había cabeceado algunas tres veces y le dije a mi mujer que si me dormía, en la posición que fuera, ni se le ocurriera moverme. Yo estaría bien y “descansando”.

Así logré por fin conciliar el sueño algunos cincuenta minutos casi seguidos. A las cinco de la mañana estaba activo boceteando una nueva pieza y corrigiendo alguno de los cuentos de mi segundo libro de relatos, igual respiraba con dificultad pero en el día la cosa era más llevadera. A eso de las ocho mi esposa salió en busca de unos antibióticos fuertes que le había recomendado su amiga y por fortuna los encontró cerca. Era un tratamiento de cinco pastillas, una por día. Confieso que tras tomar la primera, la mejoría fue evidente, de hecho logré pegar el ojo algunas tres horas ininterrumpidas en la tarde y la noche la dormí completa.

El resto de los días del tratamiento me sentí normal aunque con el miedo habitándome y fue allí cuando empezamos a discutir si tenía, si había tenido o no el mencionado virus. Geraldine alegaba

que sí, pues una semana antes del confinamiento habíamos ido a la boda de unos queridos amigos, e insistía en que allí estuvieron personas que recién llegaban de Italia y España; cosa que en efecto fue así. Esto sin decir que mi mujer había perdido el sentido del gusto casi por completo por algunos días y tenía ciertos malestares corporales.

Sin embargo, al terminar los antibióticos (que tomamos ambos) me sentía tan bien que estaba seguro me había curado del todo, pero ocurrió que un día después volví a experimentar dificultad respiratoria, ya no tan intensa pero ahí seguía. El cerebro, que en ocasiones pasa totalmente de nosotros, me hizo tejer cualquier cantidad de hipótesis acerca de lo que me pasaba; todas malas por supuesto. Así, en esa incertidumbre aterradora, pasé al menos dos semanas más, en las que un día estaba bien y el otro no, pero para mi suerte al fin me normalicé del todo y seguí viviendo el encierro con un ánimo renovado.

Según yo había sentido en el hombro el huesudo dedo de la muerte tocándome, solo que no tuve el valor de voltear: aún no estoy listo; quizá nunca lo estamos. Los demás días que vinieron a continuación parecían sacados de una máquina fotocopidora, me sentía como Bill Murray en *Groundhog Day*.

Me levantaba, vaciaba el cuerpo en el baño, montaba un café y luego, según las señas, hacía el desayuno o esperaba a que mi esposa lo hiciera, pintaba si era el caso, y seguía corrigiendo uno tras otro los cuentos de *Pasajero a Frankfurt +7*, que con el confinamiento se convirtió en +8, +9 hasta terminar en +10, donde paré para no seguir agregándole relatos, pues las ideas me llovían e iba a resultar que terminaría escribiendo dos libros o quizá, y esto nadie la sabe aún, tres o cuatro. Entre tanto leo, leo varios libros a la vez, mi editor, Roger Michelena, está al pendiente de proveerme libros en formato electrónico que sabiamente escoge para mí «Chaval, en su correo». Eso dicen sus mensajes.

Desde que leyó mi primera novela siempre me ha llamado así: Chaval o El Chaval, ¿les mencioné que corro con ventaja? Bueno. Mi mujer parece gozar de cierta calma la mayoría de las veces, aunque algunos días los pasa enteros pegada de las noticias, solo que tiene el suficiente tino de no compartírmelas. Yo traté de evitarlas porque las que he visto me han descompuesto, la cantidad de muertes en Italia, en España, los cadáveres desperdigados por las calles de Ecuador y algunas locales que poco tenían que ver con el virus pero si con violencia, que se ha hecho moneda de curso corriente en nuestro país.

En mi recorrido por la vida he pasado periodos en los que me tocó vivir en pueblos, barrios y hasta en cerros, así que he sentido de cerca las carencias y miserias. He visto la violencia de que somos capaces en los estratos más bajos, entonces no tengo que echar mano de mucha imaginación para saber lo que está ocurriendo en las zonas deprimidas. Como dije, desde hace algunos años de vaina se puede mal comer y si a esto le agregas la escasez de agua y luz, pues tenemos entre manos un coctel que poniéndole una sombrillita bien podría titularse “Infierno sin retorno”, así que trato y sigo tratando de no empaparme del asunto, quiero mantenerme ecuánime en la cabeza, prefiero pensar en positivo, quiero que Geraldine me perciba así.

Desde pequeño he tenido ese problema, he sido y sigo siendo un “optimista patológico”; nadie me lo enseñó, simplemente vine con ese defecto de fabricación. En eso de lo positivo, cuando noto mis reservas demasiado bajas, me contacto con mis amigos más cercanos que debido a estos tiempos se han convertido en los más lejanos. Por cierto, en el grupo siempre hay alguien que no es ni tan cercano ni tan amigo, alguien que nos heredaron y pese al poco caso que le hago sigue pegado ahí, le llamo: “Aypapá”, es el amigo de un amigo que cuando vio que la mierda iba llegando al cuello hizo maletas y se fue a Miami.

Este personaje me escribe con frecuencia; con demasiada diría yo. Empieza sus mensajes siempre de la misma forma «¡Ay papá, ahora

si se terminaron de joder!, acabo de leer que se va a ir la electricidad en todo el país; ya no solo en el interior». Después de dar el tubazo o el gran titular, saluda dizque con cariño y me pregunta cómo estoy. Como es costumbre desde hace algunos años, digo que bien. Es un bien que los venezolanos tenemos identificado, es un bien que trascendió hace rato lo diplomático y políticamente correcto, o el deber ser, como me reprende mi esposa cuando me escucha decirle alguna verdad a alguien «Sí, Néstor, no es lo correcto, pero es el deber ser». Y aunque confieso me molesta, debo admitir que soy mejor persona por su causa.

Volviendo a lo de “Aypapá”, hay cosas de las que me he enterado que ocurren acá mismo, que de otra forma no habría sabido. «¿Supiste que en El Guarataro mataron a un viejo en su casa, y la familia se lo fue comiendo de a poco? ¿Te enteraste que un chamo de quince años mató a martillazos a su padrastro mientras dormía porque los golpeaba a todos? Parece que como era alcohólico y no tenía qué beber, se volvía monstruo ¿Supiste que está a punto de estallar una guerra en Petare...?» De ese talante son las noticias de “Aypapá”, siempre muy malas y siempre de Venezuela; a veces me pregunto si de verdad está en Miami.

Mis demás amigos son un caso muy diferente y por cierto, de cuando en cuando me dan alguna pequeña alegría que me motoriza, que me hace reavivar la llama de la esperanza. Hace algunas semanas por ejemplo, Caning Jaramillo (Malasia, Kuala Lumpur), me envió fotos al *e-mail* «¡Tigre! Revisa el correo que te envié una vaina, no te lo había dicho antes porque estaba cuadrando algo mayor, pero con este peo...»

Es un tipazo Caning, hace miles de cosas, ahora está incurriendo en el cine ya no como actor sino como productor y director; con mucho éxito por cierto, se fue hace algunos años, fue de los primeros en irse y de las personas que más extraño, siempre se refirió a mí con un cariño especial, jamás me dijo Néstor o Cánchica como

todos los demás, siempre me ha llamado: Príncipe, Rey, Verdugo, Padrecito o Tigre.

La sorpresa eran unas fotos tomadas en un salón de clases de la Universidad de Malasia, donde aparecen jóvenes con mi primer libro de cuentos proyectando en video bing «Es la clase de español, Tigre, se están leyendo y estudiando tus cuentos. Por cierto, Tigre, escogí uno para hacerlo cortometraje, ¿Si estás de acuerdo?» A esto por supuesto digo sí, me motoriza, me hace pensar que saldremos de este encierro fortalecidos, mejores personas aun a pesar de todo esto.

Luego pienso en mi patología optimista y no puedo evitar que se me salga un suspiro involuntario. En estos días me escribió Juan Carlos Rosillo (Chile), otro querido amigo. Nos conocimos hace un montón de años en “Tiempo Fuera” su programa de radio de la 99.1 fm, y contra todo pronóstico me hizo mi primera entrevista en confinamiento a través de una aplicación llamada Zoom, con la que me enredé como el viejo que recién estrena su medio siglo. Confieso que de no haber sido por mi esposa (Santa Geraldine), simplemente no hubiera sido posible la entrevista.

Creo no salió tan mal después de todo, aunque lo positivo fue el subidón de ánimo que me produjo. En medio de esto los días siguen pasando, las uñas, los pelos y la barba ya no son míos, son sin duda de algún naufrago perdido en el Caribe, la higiene se va a segundo, tercero y amenaza con irse a un cuarto plano, pues es cada vez más aislada; total que las dificultades van en aumento. Los ahorros son casi inexistentes a este punto, aunque, he de agregar, contamos con ayudas, igual nos vamos restringiendo hasta de lo más básico.

El agua dura treinta minutos los días que llega, el internet es lento e intermitente y cuando pensábamos que las cosas no podrían ir y a peor ¡zas!, reaparece “Aypapá”: «¡Ay papá, ahora si se terminaron de joder!, me acabo de enterar que se les acabó la gasolina, ¿ahora cómo van a hacer?» Esto lo acota de una forma que parece le

divirtiera; ojalá no sea así, ojalá solo sea yo, ojalá solo sea yo... Para colmo y como siempre, “Aypapá” tenía razón, ahora, en medio de la pandemia y el encierro, en medio de que aquí si no tienes dólares estás condenado a morir, también nos quedamos sin gasolina.

Sí, en el país con las reservas de petróleo más grandes e infinitas del mundo, como les gusta gritar a éstos. Mis tubos de pintura y los metros de lienzo también juegan en mi contra, me preocupan, se van restando prácticamente solos y por tanto, he empezado a pintar más pequeño e incluso, hace poco, fui sorprendido con un aluvión de comentarios negativos en un grupo de Facebook en el cual publico mis obras desde hace poco (hacía tiempo de la última vez que me había pasado esto), por un retrato de Frida Kahlo, el cual, según la “Crítica Especializada” de ese grupo, consideraron poco femenino y muy parecido a la descendencia de cierto mandatario nuestro; esto sin mencionar la sarta de groserías y mensajes agresivos de que fui objeto; aunque para qué negarlo, también hubo quien defendió la obra.

“Esperando a Diego” (Frida Kahlo). Acrílico sobre lienzo. 100 x 70 cm. 2020.

Hubo quien dijo que la libertad es el principal ingrediente que conforma a un artista; estoy de acuerdo. Como hago siempre vi lo positivo: el arte debe producir emociones. Estas no fueron las mejores, claro está, pero fueron emociones al fin; además es la “crítica especializada”; los que de verdad saben de estas cuestiones. Pasado el temporal seguí pintado, si no pinto me vuelvo loco, bueno, un poco más, la verdad sea dicha; a mí no me voy a mentir.

Esta vez partí a la mitad un pedazo de lienzo que parecía esconderse en un rincón, medía un metro de alto por uno sesenta de ancho, y con uno de los pedazos me embarqué en la aventura de crear *“La Divina”* María Callas. Con ella hay historia reciente, en mi tercera novela (aún sin publicar) tengo una rutilante viuda, sibarita y cosmopolita de edad madura e insólita belleza, heredera de una

incalculable fortuna que viaja por el mundo comprando exquisitas obras de arte y acostándose con los jóvenes más hermosos que se le cruzan. La historia está ambientada en la década del sesenta y ella es fanática de las óperas interpretadas por María Callas, así que, a cuenta de artista y amigo personal de *“La Divina”*, pues me metí en su retrato; espero no sea demasiado bombardeado, veremos...

Días mas tarde y para mi desgracia, descubrimos con terror que “Aypapá” tenía razón una vez más. ¡Petare estalló! Se trata del barrio más grande y peligroso de Caracas, que como todos sabemos maneja desde hace tiempo armamento de guerra. De repente se formó una balacera insólita que parecía no tener fin, donde según las noticias, buscaban a un peligroso malandro que está acabando con la paz del pueblo; incluso publicaron su nombre con foto incluida, y nos dimos cuenta se trataba del mismo individuo que años atrás nombraron jefe de una mal llamada Zona de Paz, imagínense, las zonas de paz ahora son para hacer la guerra, y la gente, como siempre, situada en medio; ya nos lo había advertido Mary Shelley en su *“Moderno Prometeo”*, si te dedicas a la fabricación de criaturas y encima resulta que poseen libre albedrío, no esperes se comporten como te plazca.

Así seguimos acá, en lo mismo, en el absurdo, pues desde hace un tiempo la normalidad venezolana es esa: el absurdo; nuestra única certeza es la incertidumbre. Entre tanto no todo es tan malo, el mundo no se reduce solo a mi país, por allí se oyen voces de optimismo, al parecer están cerca de encontrar una vacuna en China, Alemania, Estados Unidos o, ¿será mas bien Francia...?

Una vacuna que según “los expertos” eliminará o neutralizará el virus, así dicen los que saben; espero la hallen y alcance para todos. Espero que nosotros, los países más deprimidos por las razones que sean, también tengamos derecho y acceso a esa milagrosa vacuna que nos sacará de este encierro para comenzar de nuevo como mejores personas, digo yo, esto quiero creer, el optimismo patológico que me aqueja, al parecer, no piensa dejarme nunca.

¡Ah, esta sí es la última!, tres días antes de hoy, mientras me percataba que mi último tubo de Blanco de Titanio estaba a obra y media de fenecer (sin él, como dice Geraldine entre risas, entraré en mi periodo oscurantista), me dijo mi esposa: «¿Lilu, viste que se fue el satélite de la televisión...?» «No Lilu, no me había dado cuenta...» Dicho esto ¡Zas! Otra vez, “Aypapá”: «¡Coño, ahora si se terminaron de joder! Directv acaba de cerrar relaciones con Venezuela, ¡se acaban de ir pal’coño!» Adivinen, otra vez tenía razón.

¡Uff...! En este momento acabamos de llegar de hacer el mercado, ayer pudimos cargar la batería del carro con la ayuda de un vecino y mi mujer, después de seis horas de espera, logró llenar el tanque con Gas, su carro cuenta con este sistema (Santa Geraldine de nuevo), así que nos pudimos movilizar. Tras descargar y descansar unos minutos nos conectamos a Youtube, hay buena señal de wifi, colocamos música por supuesto y nos servimos un buen trago de ron con papelón y limón.

Suena la salsa más que otros géneros (la sangre latina), sin embargo yo pongo de todo, ahí nos respetamos siempre, así que con la agilidad de un cunaguaro salto de Cheo Feliciano a U2, de U2 a Roberto Carlos, de Roberto a Stevie Wonder, de Stevie a La Lupe y de La Lupe a “*Looking Up*” de Michel Petrucciani (éste también aparece en uno de mis cuentos, tenemos historia). Mientras me dejo llevar por la música empiezo a cocinar y mi mujer se percata que dejé abierto Facebook, Instagram y mi correo electrónico, por tanto de cuando en cuando aparecen nuevos mensajes o comentarios en la pantalla «No pasa nada». Le digo «Sí, pero te están llegando mensajes al Messenger...»

Dejo de cocinar un momento y me asomo, sí, me escriben de México. Hay un proyecto literario, me invitan a participar, se trata de un libro que está a punto de salir, digo sí, me comprometo, me motorizo, tengo poco tiempo, me motorizo más, empiezo a pensar en qué y cómo escribirlo.

“Divina” (María Callas). Acrílico sobre lienzo. 100×70 cm. 2020.

Dos tragos más tarde creo tener listas las primeras líneas, enseguida me llega el tono ¡Lo tengo!, ya sé por dónde ir, ya sé por donde disparar las primeras flores, pero eso será mañana, ahora vigilo la carne molida que hace borbotones y vigilo muy de cerca a Geraldine, quien amenaza con robarme el turno para la música; tiene sonando *“Volveré a mi tierra”* de Nella Rojas, y cuando empieza a escuchar a Nella se emociona mucho y usualmente me roba turnos. Yo tengo en la cabeza *“Mata Siguaraya”* cantada por Oscar D’Leon ¡Gañote e’voz, caballero! Me gusta mucho, me gusta cantarla, así que me pongo pilas, escribiré mañana, hoy que tocó mercado no, mañana...

Caracas, Venezuela, mayo del 2020

Los deseos de pandemia

Maritza L. Félix

–Mamá, prométeme que cuando te conviertas en estrella buscarás mi ventana, todas las noches, todas, para que yo pueda pedirte un deseo –dijo Matías.

Dejé de respirar un instante.

Mi hijo de 5 años y yo íbamos tomados de la mano en nuestra caminata diaria; su hermana melliza correteaba al perro y Rocco jalaba la correa en busca de agua. El papá se quejaba del calor que ya superaba los 100 grados Fahrenheit y ni siquiera había empezado el verano. Estábamos sudados y un poco fastidiados del encierro, pero no tanto como para hablar de muerte durante el atardecer. Pero bueno, es la cuarentena; ya no hay privacidad ni temas tabúes en nuestra casa.

Tardé en responderle y buscó mi mirada con insistencia. Le sonreí con la cara, pero con la mirada apagada.

–No solo me voy a acercar a tu ventana, me voy a meter a tu cuarto y te voy a jalar los pies y a tronar todos los ejotes, hasta los del pícaro gordo –bromeé.

Nos reímos, ellos con carcajadas y yo con nostalgia.

No quiero convertirme en estrella todavía, ¡no! Tenemos tantas aventuras por vivir y cuentos por contar, quiero ver sus caras cuando aprendan a andar en bicicleta sin llantitas o se enamoren o se gradúen de la universidad. Quiero que sembremos flores y no se mueran.

Maldita pandemia que nos ha vuelto tan fatalistas. Ahora no puedo dejar de pensar en la muerte. Huérfanos, viudos, madres de pechos fríos, mujeres con entrañas sangrantes, cruces, cementerios, la frontera cerrada, mi papá, mi tata, el quirófano, la morgue... ¡ah!, ¡que alguien pare al tren de la memoria con destino al limbo sin paradas ni límite de tiempo!

No le tenía miedo a la muerte, pero ¡qué caray, si en mi familia se nos mueren todos! El año pasado enterramos a tres y mi mamá me ha llevado a visitar el cementerio desde que tenía tres años para llevar flores a la tumba de mi padre.

Quizá tengo la culpa de que mis hijos hayan romantizado a La Huesuda. El año pasado montamos nuestro primer altar de muertos (sí, nos enamoramos de la tradición apenas en el extranjero, somos del Norte pues, allá donde las buenas costumbres se acaban en el entierro) y no cabían las ofrendas ni las fotos. En mi afán de hacerles ver qué tan natural es la dolorosa partida, tal vez los he hecho inmunes al duelo y se imaginan que, irremediabilmente, todos terminaremos en el cielo.

Los mellizos saben que la vida se nos va en un instante. Ellos no piensan que nos desaparecemos, sino que nos transformamos: del cuerpo al alma, del alma al cielo, del cielo a las estrellas. Eso -dicen- ni la pandemia lo para. El encierro los ha hecho más conscientes y nos ha convertido en una bola de empalagosos enamorados. Vivimos sabiendo que no tenemos el tiempo comprado, pero ninguno queremos que se nos acabe. Por eso me pegó tan duro la realidad en esa tarde de caminata.

Cuando nacieron prometí amarlos desde su primer suspiro hasta el último mío, pero me aterra quedarme a medias. Apenas van cinco años. Y si les falta, pienso y se me encoje el corazón, se me enredan las tripas, se me va el aire y se colapsa la boca de mi estómago.

¡Pinchi coronavirus!

(Pinchi, sí, con í, porque en el Norte le decimos como nos da nuestra pinchiiiiiii gana).

—

En algún momento yo también pensé que todo esto era una exageración; que pasaría, como lo hace todo. Creí que el hombre encontraría la manera de imponerse a la naturaleza, no sé, qué ingenua, pero a veces lo hace. Viví lo mismo que muchos: me envolví en una burbuja de negación disfrazada de positivismo, por un corto tiempo engañé a mis demonios. Pero no.

No hay cómo sobornar a una pandemia.

¡Dímelo a mí!

¿A ti? Si tú eres yo.

Por eso.

¡Bah!

—

Principios de marzo de 2020. Sonora, México

Terminé el plan de preproducción para un documental en el que he trabajado desde noviembre. Estoy en casa de mi mamá en mi pueblo mágico (Insertar chiste local: Magdalena viuda de Kino, viuda de Colosio y ahora de Félix: ya sé que no tiene gracia... ¡ah cómo hablo sola!). Mis hijos están disfrutando de las vacaciones de primavera en Hermosillo y mi esposo tuvo que volver a Phoenix por cuestiones de trabajo.

Actualicé mi calendario: vuelos a Denver, luego a San Francisco, Orlando, La Mora, Chihuahua y Disneylandia. Al menos un viaje por mes y varios proyectos en el tintero.

De hecho, voy llegando de la Ciudad de México, hará menos de una semana. Me acuerdo que en el avión apenas se podía respirar con el denso olor a alcohol. Más de la mitad de los pasajeros traían

cubrebocas, unos cuantos, guantes. No levantaban la mirada, no tocaban nada y se movían como si estuvieran dentro en una burbuja protectora imaginaria. El exceso de desinfectante se coló por la nariz, los ojos y la boca. Era casi insoportable. Estornudé. No hubo más remedio. Mi cuerpo no lo pudo camuflar. Pero ese “achú” me convirtió en la apestada. Mi reacción biológica fue tomada como una afrenta a la salud pública. Pero en una nave llena, ya en el aire, pues nadie se salva. Fueron tres horas muy largas.

Después los estornudos fueron cayendo como fichas de dominó. Una tras otra. Cada minuto se sumaban más a la misma lista de los apestados. Casi todos, con tapabocas o no. Y volvimos a ser todos iguales. Nadie, que yo sepa, se enfermó. El avión no era una incubadora de virus, sino de paranoias; de un enfrentamiento con los miedos propios y una pandemia lejana que hemos adoptado nuestra. Muere más gente de otras epidemias que de esta.

Somos seres de extremos. Exageramos. Minimizamos. Nos enfrascamos en crisis y pandemias. Volteamos a otro lado. Nos cubrimos la boca. Nos dejamos asustar. Somos impulsivos. Reaccionamos siempre. Marchamos, incendiamos, condenamos, nos escandalizamos y estornudamos; sí, hasta nos atrevemos a respirar, Dios nos guarde.

Vamos por las calles desprendiendo olor a desinfectante, así, desvergonzados, portamos orgullosos el olor del miedo. No vaya a ser que algo se nos contagie... algo que no sea lo que ya traemos dentro. Por eso nos han espantado tanto todas las epidemias, a veces tan lejanas. Ahora es el coronavirus, antes fueron muchos otros más. Vaciamos los anaqueles y nos lavamos frenéticamente las manos. No saludamos, no viajamos, no besamos, no abrazamos... nada. No vaya a ser. Y perdemos el control, con tal de tenerlo.

Son muchos los casos de coronavirus en el mundo, estamos a principios de marzo y apenas van unos 116,000; más de 4 mil

muerdos. No es tanto, pienso. Se declaró la pandemia y yo seguía dándoles vueltas al asunto: ¿cuándo la prevención se convierte en una exageración? La línea es muy delgada.

En Estados Unidos se cancelaron viajes, conferencias, reuniones importantes de negocio por miedo al contagio y muchas de las universidades han vaciado las aulas para hacerlas virtuales. Los mercados lo han resentido también; la política tampoco se salva.

Para la reacción humana ante la crisis, no hay antivirus. Pero aún así no es el coronavirus lo que más rápido se contagia, sino la ignorancia. Ojalá nos laváramos las ideas así como las manos. Ojalá hubiera un desinfectante de conciencias. Estamos tan enfocados en repeler el virus, que quizá no estamos notando algo más importante. No hay vacuna para nuestros extremos: a los miedos los engrandecemos o los ignoramos. La alarma sale cara, se paga con vidas y capital humano.

Mediados de marzo de 2020. Phoenix, Arizona

Escribo desde el sillón de la sala de mi casa, una trinchera casi sagrada en el cuartel familiar. Aprovecho la noche porque es el único instante silencioso dentro del caos de vivir al estilo *Big Brother*; en esta versión de la vida real no hay la posibilidad de nominar a mis parientes ni desahogarme en el confesionario. Qué duro puede ser esto del aislamiento y qué irónicamente bonito también.

Fue todo tan rápido que no hemos tenido tiempo de pensar. El primer caso de coronavirus en Arizona se registró en enero y, salvo la escasez de cubrebocas, no tuvo mayor efecto. Pero el diablo se soltó: 20 casos, cuarentena, cancelación de eventos, suspensión de clases y atrincheramiento forzado. Se vaciaron agendas y carteleras: ¡todos a sus casas! ¡No salgan!

Mi agenda también está “desinfectada”. En mi camino de regreso a Estados Unidos se cancelaron casi todos mis contratos, las

grabaciones se pospusieron, las entregas se retrasaron... ¡ah! Y, pues, los presupuestos se congelaron. ¡Chín...! Dios proveerá, quiero pensar... pero luego lo encierran a uno con sus demonios y la cabeza se le vuelve un infierno. Así no hay manera.

Phoenix parece un pueblo fantasma. Los casinos no tuvieron más remedio que cerrar sus puertas y dejar que la casa perdiera, los bares también sirvieron la última copa. Los restaurantes solo atienden por autoservicio, para llevar o de entrega a domicilio; los gimnasios, estadios y zoológicos están clausurados. Poco tráfico y estacionamiento en todos lados. Ahora las reuniones sociales son de madrugada en la fila del supermercado. No hay agua embotellada ni papel higiénico, ni soñar con toallas desinfectantes o gel antibacterial. Todo el país está igual.

La paranoia vació los anaqueles y acabó con el sentido común. La pandemia no es solo por el virus, sino por los demonios internos que hemos pasado años y generaciones incubando. El coronavirus se recita en las noticias como si fuera una letanía y las redes sociales le hacen eco. El “no vaya a ser” es lo que se propaga más rápido. Y en una autocompasión nos diagnosticamos con miedo, nos recetamos un permiso descarado para delirar... y lo contagiamos con cepas de persecución.

Estamos encerrados, pero no paramos. Estamos acuartelados por el terror y no por la razón; por miedo a que nos dé y no al de no darlo. Estamos aislados por nosotros mismos. Estamos en cuarentena sin entender que quedarse en casa es un sinónimo de sensatez... aquí y en China. No hay vacuna aún para el coronavirus, pero sí hay antídoto para el comportamiento humano.

En mi casa estamos intentando que el encierro nos caiga bien, le hemos puesto pausa al caos. Decidimos que estas semanas sin clases no serán un “aislamiento forzado”, sino un retiro artístico, espiritual y familiar. Yo trabajaré desde la comodidad del sillón y mis

hijos tendrán la libertad de colorear, crear, inventar, actuar, cantar y sacarme de las casillas. Es cuestión de perspectiva: decidimos hacer la cuarentena divertida, por nosotros y por los que más queremos. ¡Es temporal!

A mí también me servirá este estate quieto obligado... a pesar de toda la ansiedad que me causa el silencio y la estática. Qué raro esto de no empacar ni viajar, de ver vacía la agenda, de no tener prisa ni a dónde ir. Qué delicia pasar el día en pijamas y conquistar el mundo con la cara lavada. Tengo suerte de poder quedarme con ellos, aunque proteste mi cuenta bancaria. Qué dicha que evitar el contagio nos resulte, después de todo, algo tan grato.

Finales de marzo 2020. Phoenix, Arizona

Seguimos en la encerrona. Llevamos dos semanas aislados y nos faltan al menos tres más. Qué eterno... y qué bueno. He aprendido –a la mala– lo relativo que puede ser el tiempo; cómo se desnudan los minutos con recuerdos y cómo usan los instantes para asaltarte. A mí me rodearon. Levanté los brazos. No me pude defender.

Hace tres años y medio también estuve confinada a la sala, pero no por placer. Tuve un accidente. Me chocaron y me dejé de mover. Nada ha vuelto a ser igual, ¡nada! No sé aún si haya sido bueno o malo; aún no dejo de andar el camino a la recuperación, vivo entre aeropuertos y quirófanos; con terapias y esteroides. Todavía me duele todo, a veces el cuello, y otras, el corazón. Hay días en los que me siento invencible y otros en los que lo más valiente que hago es levantarme de la cama. Así como hoy.

Entre quejidos silenciosos y un par de analgésicos me di cuenta de que la pandemia es como el freno de mano, la detención -obligada y abrupta- para reencontrar la paz. Si el mundo se para, yo puedo hacerlo también... y tú.

Aún así, se me va el día cazando historias y contando cuentos. Sí. Así de bonito es mi aislamiento. Madrugo todos los días para devorar los últimos detalles de la pandemia, mando un par de correos electrónicos y empiezo mi acoso textual a las fuentes. Antes de la primera taza de café hago unos dos o tres enlaces telefónicos y al menos una propuesta de historia. Me alisto de la cintura para arriba para reuniones virtuales y hasta me perfumo. Ahora perreo menos en Spotify y tuiteo más. Escribo. Sumo, cuento, dibujo, rezongo y le doy clases a mis hijos.

Y luego dejamos la seriedad.

Nos arrinconamos en su cuarto y dejamos volar la imaginación. Nos disfrazamos y leemos cuentos... ahora también los contamos... a todos los niños del mundo, dijo Matías. Dejamos que Facebook nos acerque a los que tenemos tan lejos. Los abrazamos con emojis y carcajadas, con sonidos de animales y un colorín colorado, los abrazamos así, porque quién sabe cuándo podamos sentir su calor cerquita de nuevo. Así nos gastamos las horas. Somos los cuentacuentos.

Quizá algún día contemos juntos el de esta pandemia y cómo las letras nos salvaron. Ellos no lo saben, pero mientras corren vestidos como Batman y Blanca Nieves, afuera, la gente se está muriendo. Nuestro hogar es nuestra fortaleza y nuestros brazos el asilo; Dr. Seuss, nuestro escudo. Ellos piensan que estamos luchando contra el malvado villano del coronavirus, cuando en realidad me están salvando –en cuarentena– de otro frenón drástico.

Ahora pienso distinto. No, no es exageración. Hay que cuidar mucho de los ojos, la nariz, la boca, las manos, la inocencia, la alegría y el corazón, para que no se nos contagien de la indiferencia ajena, esa que no hace mucho fue nuestra. Porque en medio del caos, este es nuestro érase una vez y nuestro felices para siempre.

Principios de abril de 2020. Phoenix, Arizona

Los hijos no vienen con instrucciones y, aunque las trajeran tatuadas al nacer, quizá no las hojearíamos ni como lectura de baño. Eso de criar al natural se nos da, aunque eso de “natural” tenga un concepto diferente para todos. Por ejemplo, en mi casa ni hubo chancala ni cintarazos, los gritos fueron contados y crecimos rodeados de libros, labores e integridad; se valía soñar, pero era obligatorio ayudar. No todos tienen tanta suerte.

Confieso que durante el embarazo no leí libros sobre cómo ser una buena madre, devoraba novelas para mí y cuentos para ellos. Ahora tienen 5 años y no son perfectos, pero son felices y aventureros. Quizá si me hubiera enfrascado en seguir métodos ajenos para educarlos serían distintos; tal vez si hubiera leído libros típicos hubiera encontrado el capítulo que traigo perdido: Cómo criar a un niño (bueno, dos) durante una pandemia. ¡No hay!

Nuestra sala se convirtió en un salón de clases improvisado, el laboratorio de manualidades de Cositas, mi oficina, el área de juegos, el cine, el estudio de yoga, la cancha de fútbol y un campo minado de juguetes. Es difícil concentrarse estando ahí y mucho más mientras uno intenta seguir las instrucciones de una maestra que -a distancia- hace hasta lo imposible para que sus alumnos de *kinder* no pierdan el año académico.

Mis hijos también se rehúsan a dejar de aprender. Se sientan a completar los problemas de matemáticas que imprimo todas las semanas en hojas recicladas, coloreamos las lecciones de arte y cantamos la de música... luego llega la tarea de literatura y tiemblo.

Para mí el fonograma “ai” y el de “ay” suenan igual; no entiendo qué palabras tienen una “a” mandona y en cuáles la “e” se hace muda porque es una escurridiza. Fui a la escuela en español y la vida me enseñó el inglés, así que un “*sneaky e*” o una “*bossy a*” no forman parte de mi vocabulario... ¡Ah! Además soy de Sonora donde

la “ch” y la “sh” suenan igual, por eso nos encanta gritarle a los mu-
chhhhhaaaachhhhoossss.

Cuando leo las aventuras de Pete the cat, mis hijos dicen que hablo como robot. No, no es que me haya convertido en Siri, sino que tengo un acento marcado (me gusta decir que al estilo Salma Hayek). Y a ellos se les hace gracioso. Ni siquiera saben quién es Salma o cómo habla. Quizá los desespero y tal vez por eso me invitaron a la sesión virtual con su maestra de idioma... para que aprenda a pronunciar bien “ph”, “th” y otros por el estilo. Estoy aprendiendo mucho, y sin quererlo, mi pronunciación ha mejorado más en estas tres semanas que en los últimos 10 años.

Estudiamos juntos, jugamos juntos, armamos figuras de cuentas juntos, vemos películas juntos, desayunamos, comemos y cenamos juntos; contamos cuentos juntos, limpiamos juntos, nos amamos juntos, nos desesperamos juntos, nos peleamos juntos, nos exasperamos juntos, salimos a caminar juntos, aprendemos juntos... sí, mucho, más de esta pandemia que nos tiene más de tres semanas en aislamiento y nos lleva hasta el límite.

Estamos en una metamorfosis obligada por el encierro y la convivencia. No somos los mismos y esto aún no acaba, está lejos de hacerlo. Pero estamos descubriendo ese manual que se nos perdió o que nadie escribió antes: cómo ser una familia en medio de una crisis mundial y todavía tener las ganas de carcajearnos y querernos durante el encierro.

El trabajo ha mejorado. Empecé a escribir en inglés y creo que mis letras tienen mejor pronunciación que mi acento. Publiqué un par de historias en una revista importante y poco a poco se me han abierto las puertas. Si hace un mes me hubieran dicho que estaría encerrada escribiendo en otro idioma, me hubiera carcajeado. Lo que hace la crisis. Qué suerte tengo de que me hayan empujado. Tengo

dos contratos más y unas propuestas en el correo electrónico. La cosa pinta mejor.

Ya me llegaron los cubrebocas que encargué y podré salir a reportear. Soy como una masoquista empedernida que se muere por estar en el frente de batalla. Pero los hijos me han hecho miedosa. ¿Y si les falto? pero, ¿y si no?

El gobernador de Arizona ha extendido la orden de quedarse en casa. Ya no sé ni cuantos días llevamos, deben ser como 40 porque nos estamos quedando sin cuentos infantiles en español. La frontera tampoco reabrirá. ¡Ay, cómo extraño a los míos!

—

Ya me la estoy creyendo. Dos meses encerrados y los datos —que míseros y muy probablemente tergiversados— me dan miedo. ¿Ya se debería de aplanar la curva, no? Esto es más grave de lo que pensé.

¿Ya me crees?

Sí te creía, pero pensaba exagerabas.

Y se pone todavía mejor.

¿Mejor? ¡Qué alivio!

Qué ingenua. Te conoces mejor.

¡Bah!

Mediados de abril de 2020. Phoenix, Arizona

“¿Qué es lo que más te ha gustado de la cuarentena?”, le pregunté a Matías, mi hijo de 5 años. Tardó solo dos minutos en contestar: ¡La familia! Su sonrisa fue tan grande al responder que se le arrugó la nariz y se le enchuecaron los lentes. A Mika, su cuata, le brillaron los ojos cuando escuchó la pregunta. Para la más traviesa de la casa, la encerrona ha sido la guarida perfecta para inventarse aventuras con Rocco, nuestro french poodle al que ya le comienzan

a pesar sus 14 años. Tenemos siete semanas encerrados y cada día los veo más felices y plenos. Bendita la inocencia infantil.

Tenemos suerte de estar juntos. Mis hijos no son víctimas ni sobrevivientes de esta pandemia... la gozan. Saltan, colorean, leen, se disfrazan, nadan, cuentan cuentos, juegan y apenas se dan cuenta de que están viviendo un encierro histórico. Ellos no están atrapados en casa, están seguros en casa. Son felices, pero son conscientes de sus privilegios.

Hace un par de noches entré a su cuarto justo a la hora de dormir. Estaban mirando por la ventana. Buscaban la estrella más brillante. No me escucharon llegar.

“Estrellita, estrellita, que todos los niños tengan casita”, dijo Matías, haciendo gala de sus clases de rima.

“Estrellita, estrellita, que todos los niños tengan mamá”, fue el deseo de Mika, niña de pocas palabras.

Los dos pidieron que los villanos derrotaran al coronavirus y dijeron amén. Me sacudieron el alma.

En las noches, justo después de la ducha, en esa media hora en la que se resisten a Morfeo, es cuando escucho lo que en realidad calla su corazón. Durante el día yo les leo cuentos; en la noche, ellos los inventan para mí. Así sé cómo se sienten.

Extrañan su escuela (yo también); mueren por ir a Disneylandia (yo también); quisieran abrazar a los abuelos (yo más); se les antoja mucho la vagancia (a mí también); pero no lo piensan tanto (yo tampoco) y quizá por eso no nos hemos vuelto locos.

No le tienen miedo al coronavirus, pero sí a no volver a ver a sus seres más queridos. Les preocupa que tata se enferme o que nana no venga a la casa a ver su alberquita nueva; se acongojan al no saber cuándo podrán dormir con la abuela... ¿y si no viene para nuestro cumpleaños?

Si ellos estuvieran aquí, la cuarentena sería perfecta. Pero se nos atravesó una frontera. Cuando las personas se quieren tanto, nunca es suficiente un abrazo en emoji o por FaceTime.

Luego me preguntan por los niños que no tienen que comer, por los viejitos que se mueren solos, por los animalitos de la calle, por las personas que no tienen moneditas, por Mason que tenía gripe, por los que trabajan en la calle, por los doctores superhéroes, por las maestras en sus casas, por las familias que no se quieren, por los papás que se van, por los que no tienen brinca brinca, por los que jamás han visto una película de Disney Plus, por los que no tienen mamás graciosas y por aquellos a los que el bicho del coronavirus se les metió en el cuerpo. Ojalá tuviera todas las respuestas.

Yo estoy exhausta. Me pesan más las ojeras que los kilos que he ganado en esta cuarentena. Aun así, tampoco me olvido de mis privilegios. Tengo familia, casa, trabajo, comida, amigos y amor... mucho. Los tengo a ellos. Este par me mantiene con el corazón abierto y la conciencia despierta.

Hace justo un año escribí del reencuentro con un niño migrante al que apenas reconocí en su mirada. Sus ojos delataban la madurez forzada. Se le había escapado la inocencia. Luego veo las pícaras miradas de mis hijos, llenas de travesuras, de magia, de ensoñación, de pureza y de carcajadas y sé que no puedo más que dar gracias. Así que en las noches, ahora juntos le pedimos a la estrellita también por ellos.

Finales de abril de 2020. Phoenix, Arizona

Estoy exhausta. Esto de ser mamá trabajadora en una pandemia es muy duro; si de por sí. Me levanto a las 6:00 de la mañana todos los días y empieza mi maratón de juntas virtuales. Luego llegan las clases, las sesiones por Zoom, las tareas, el proyecto de ciencias, las pinturas de arte, la hora de yoga, la comida, el cuento, la limpieza de

la casa, una carga de ropa y luego otra, la caminata, la cena, la ducha, el cuento de buenas noches, la batalla contra la almohada, la lavada de platos... y cuando dan las 9:30 de la noche me siento a escribir. Me voy a la cama muy de madrugada. Dos o tres horas de sueño y a seguirle. Pero la noche es mi cómplice. Es el único momento de paz.

Mi esposo está igual. A veces nos gruñimos de cansancio. Es normal. Nos reímos cuando nos damos cuenta que peleamos por las labores tan simples del hogar que se nos van acumulando.

Tenemos suerte de conservar el sentido del humor. Mis amigas más cercanas podrían decir que ese es mi súperpoder: soy resiliente y alburera... una combinación difícil de tener... vaya, lo que quiero decir es que ¡soy un partidazo si buscas compañía en la pandemia que se parece al fin del mundo!

El exceso de B12 en mi cuerpo me explota en carcajadas. Y pienso, que se me acabe todo, menos esto. Ese positivismo es lo que me impide arremeterla con aquellos que presumen que ya vieron mil series, leyeron 30 libros, limpiaron su casa, bajaron 10 kilos, acomodaron los clósets y se echaron tres siestas... ¡y yo que no puedo terminar de doblar la ropa!... ropa que me aprieta, porque eso de asaltar la canasta de los dulces cada noche no se lleva con la báscula.

El gobernador ya anunció que los niños no vuelven a la escuela, hasta agosto; quizá. No sé si reír o llorar. En realidad ya me resigné. No es que no los quiera o sea mala madre, pero sin los abuelos o los viajes, esto se traduce en la extensión automática de las noches sin dormir hasta que empiece de nuevo el ciclo escolar. Y estoy cansada. Me pesan los párpados y no me alcanza el café. Siento que hasta se me está cayendo el pelo.

La espalda me está matando y el cuello parece que se ha empeinado conmigo. Tengo más de dos meses sin los tratamientos y siento como mis nervios del dolor reviven. Ha vuelto el martillo a mi cabeza y vuelven a dormirse los brazos y las manos. Pero las consultas con el

doctor son por teléfono y el único remedio que me da son analgésicos. No quiero. Me aguanto como la macha que no soy, pero no sé hasta cuándo. El dolor me transforma, me arrebató la paciencia y me enchueca la sonrisa.

Ojalá esto mejore pronto, ojalá.

Principios de mayo de 2020. Phoenix, Arizona

Viene el Día de las Madres y me pongo fatalista. Pienso en la suerte que tengo de vivir lo que nunca soñé: las guerras de almohadas, las noches de desvelo materno, las carcajadas y las bobadas, las ocurrencias infantiles, las manitas pintadas y la bendita oportunidad de repetir todas las frases que tanto le criticaba a mi mamá.

Qué privilegio es poder rezongar porque no se duermen temprano o no juntaron los legos; qué maravilla es poder usar la imaginación para decirles que no son vacunas, sino súper poderes y que el brócoli se convierte en los músculos de Batman. Qué bendición es cerrar los brazos con ellos dentro.

Qué responsabilidad es saber que muchas madres no tienen eso, que sus pechos están fríos y sus párpados arrugados por la tristeza, la separación y la culpa. También pienso en aquellas que sobaron panzas y nunca escucharon un llanto, y en las que tienen hambre en las entrañas; quisiera abrazarlas, sin decirles que todo estará bien, porque no siempre es así. No necesitan compasión, sino amor, mucho, es que a mí por alguna buena fortuna, me desborda. Y me descubro muy egoísta porque no quiero que se me acabe.

Y vuelvo a tener miedo. Ese nunca se va. Pero luego los escucho roncar quedito o saltar con carcajadas escandalosas, y los observo jugar haciendo voces y llorar con las greñas enredadas; los veo vivir felices, con tanto descaro, que decido hacer las pases con mis fantasmas. Estoy aquí, con ellos, encerrada y abrumada, pero enamorada hasta el tuétano.

Y si les falto, que se acuerden que me hicieron muy, muy, muy feliz. Y si les falto, que les quede todo el cariño que les di. Y si les falto, que sepan que me convertiré en estrella, luna y sol para acompañarlos en esta y otras galaxias. Y si les falto, que les sobren mis recuerdos. Y si les falto, que les florezca el amor.

Mediados de mayo de 2020. Phoenix, Arizona

Mis hijos se graduaron del *kinder*... por Zoom. Fue la ceremonia más insípida que he visto en mi vida, incluso mis reuniones de madrugada con mis editores anglosajones en Nueva York tienen más sazón. Se pusieron guapos; Mika incluso dejó que la peinara sin chistar. Pero en el evento virtual, los estudiantes tenían que apagar sus cámaras y solo escuchar. Quince minutos y listo. ¿Qué hago con las pancartas, la matraca y la porra?

Nos decepcionamos, pero nos comimos un helado y se nos pasó pronto. Pensé que todo sería más fácil ahora sin la presión de estar revisando cinco aplicaciones de tareas y mensajerías. Pero no. El primer lunes sin tareas, casi me tumban la casa.

Los niños están cansados de estar encerrados y a veces noto sus repentinos cambios de humor. Extrañan lugares y gente; quieren salir a tener aventuras y explorar, viajar por el mundo, visitar a sus abuelos, comer una cajita feliz y salir por una nieve. Pero seguimos encerrados, bueno, ellos... nosotros, los adultos, volvimos a nuestras oficinas vacías. Tomamos turnos para trabajar fuera de casa y lo hacemos con precauciones exageradas.

Arizona comenzó la reapertura gradual del estado y la verdad es que parece que afuera, en ese tenebroso mundo exterior lleno de virus, no pasa nada.

Cada día abro los ojos y antes de levantarme de la cama me descubro revisando las estadísticas del coronavirus; es mi trabajo y mi obsesión. Las primeras semanas me alarmaba al ver cómo los casos

aumentaban por docenas, ahora son por cientos. Pareciera ilógico. Tenemos más de dos meses encerrados, ya debería aplanarse la curva ¿no?

Pronto superamos los 16 mil casos en el estado. Suenan como muchos, pero no los suficientes para mantener en pie la orden de “quédate en casa” del gobernador Doug Ducey. Es por eso que a partir del 15 de mayo, Arizona está básicamente “de vuelta a los negocios”.

Primero abrieron los salones de belleza, después las tiendas y algunos centros comerciales; poco más tarde, las albercas, las iglesias y los gimnasios; luego se sumaron los casinos y algunos centros recreativos. Solo permanecen cerrados los bares, los cines y otros lugares de entretenimiento.

Las autoridades estatales están tan confiadas en que pueden hacerle frente a la pandemia, que el gobernador invitó a los equipos deportivos profesionales para que escojan a Arizona como sede de sus eventos y campeonatos. Hasta el momento, los partidos tendrían que ser sin público, pero no descarta la posibilidad de que en un futuro no tan lejano, se puedan abrir las puertas de los estadios a la afición.

Pero muchos residentes no están tan seguros de estar listos para regresar a la antigua normalidad. Desconfían del gobierno, de los datos oficiales, de sus vecinos y de los otros que no respetan las recomendaciones de seguridad pública; a veces dudan de ellos mismos y su capacidad de minimizar el peligro. Temen que la recaída sea más dura. Lo curioso es que los mismos que se oponen a dejar el aislamiento, son los que consideraron que esto era una exageración cuando la pandemia recién empezaba. Quizá soy uno de ellos.

Me cuesta mucho creer que sea este el momento más conveniente para reabrir el Estado, cuando he sido testigo de cómo durante la pandemia lo que más escasea es el sentido común. He entrevistado a sobrevivientes del coronavirus y también a deudos; he escuchado a empresarios y religiosos; también les he prestado oído a los extremistas. Todos distintos, todos con un miedo escondido, al virus o a

la pobreza, a la enfermedad o la negligencia. Sus posturas cambian según su conveniencia o necesidad. Están cansados del encierro y la incertidumbre, pero más que nada, de la indiferencia ajena.

La reapertura tendrá un costo que Arizona parece estar dispuesto a pagar: los más vulnerables. Siempre ha sido así, los más necesitados con las bajas que poco le importan al privilegio. Es un sacrificio humano para Midas; es la realidad que ha existido desde antes de la pandemia.

Finales de mayo de 2020. Phoenix, Arizona

Hay días que me duele el corazón por males ajenos. A principios de mayo lancé un servicio de noticias y recursos del coronavirus en español por whatsapp y hemos creado un grupo fantástico. Todos los días nos echamos el cafecito y charlamos. Hemos roto la indiferencia a través de mensajes de texto y estamos en la etapa de las coincidencias.

Me han contado de todo, desde historias de terror en la prisión hasta duelos a la distancia por el coronavirus. Y me gana –en silencio– la impotencia.

El hermano de una de las mujeres del cafecito se murió en Sonora hace un par de semanas. A ella se le partió el corazón. No pudo ir al velorio, porque si sale de Estados Unidos quién sabe cuándo podría volver. Ella tiene muchos años viviendo en “el otro lado” con visa de turista y viaja solo a renovar su permiso. Con la pandemia, no quiere arriesgarse; cruzar a México podría significar una ida sin retorno a Phoenix, su casa, a su familia y a todo lo que ha construido en el lado arizonense de la frontera.

Vivió el funeral por FaceTime. Lloró con el micrófono en silencio y su cámara en negro. No quería que la vieran destrozada; no quiso estresar más a los suyos que de por sí sufrían con el sorpresivo duelo.

Se autoconsolaba con la idea de que faltaba muy poco para ir a abrazar a su mamá y darle el pésame. La última vez que la sintió cerquita fue en Navidad y se había despedido con el estómago encogido. El Alzheimer le está borrando los recuerdos y a la mujer de 46 años le da mucho miedo pensar que esa fue la última vez que la reconocería. Sabe que a su mamá, de más de 80 años, no le queda mucho tiempo.

Por eso se desplomó cuando supo que la frontera no reabriría el 20 de mayo. Ya tenía las maletas hechas. Iría a Hermosillo, se quedaría una semana y se traería a su mamá de vuelta. Pero no. Treinta días más. Otro mes; quizá dos. ¿Quién sabe?

Las restricciones para viajes no indispensables de México a Estados Unidos se extendieron hasta el 22 de junio. Las autoridades estadounidenses anunciaron que, de ser necesario, el cierre parcial podría prolongarse hasta que el riesgo de la pandemia se minimice. Pero Arizona tiene más de 14 mil casos confirmados, a pesar de los casi dos meses de cuarentena obligatoria, y más de 700 muertos. Que la curva se aplane después de la reapertura gradual del estado se ve cada vez más lejos.

Arizona intenta volver a la “normalidad”, como si eso fuera posible. Los casinos están a reventar, hay largas filas para entrar a las tiendas, se ven decenas de personas sin cubrebocas en los supermercados y los restaurantes con bar cierran hasta la madrugada. El miedo parece evaporarse con el calor. La mala memoria vuelve a hacer de las suyas. ¿Qué podría pasar si salimos? ¡Bah, de algo nos tenemos que morir!, dicen. Pero que la orden de quedarse en casa haya terminado no significa que el coronavirus se haya ido, sino que hay lugar suficiente en los hospitales para los que caigan con contagios.

Quizá, aunque a ella le duela reconocer, cerrar la frontera no es una mala idea. Tal vez su mamá esté más segura allá. Mientras en México siguen con las medidas de prevención, de este lado del muro sobra la indiferencia... y esa, con el virus, también traspasa fronteras.

También siento frustración de no poder ver a mis seres queridos. En mi pueblo hubo muchas balaceras mortales en las últimas semanas. Mi familia aún está allá y no pueden cruzar. A mí se me eriza la piel cuando pienso que algo malo les pueda pasar y yo no esté ahí, que no los pueda proteger, como si sola pudiera lanzar una lucha contra el narco, una pandemia y un sistema obsoleto de migración. Pero quisiera. Fantaseo.

La pandemia se convirtió en el muro que tanto deseaba Trump. El coronavirus es una valla humana más poderosa que la cerca de acero y concreto que se ordenó construir en la frontera. A esta nadie la burla. Irónicamente conveniente durante un periodo electoral. Quizá es el coronavirus el que esté salvando la reelección de Trump.

—

Me da miedo la recaída. La indiferencia nos puede matar. Hemos enterrado a muchos, hemos sacrificado tanto, hemos sobrevivido a duras penas. Esto no se acaba y no sé si vaya a hacerlo. Me aterra pensar que no aprendimos nada.

—¿Te perdiste?

—Sí.

—¿Te encontraste?

—No soy la misma de antes.

—¿Sobreviviste?

—No sé.

—¿Respiras?

—Sí.

—Entonces estamos bien...

—Me das (doy) risa.

—Ah... pero... ¿y si te conviertes en estrella?

—Los visitaré cada noche.

–Les cumplirás su deseo.

–No, en realidad, tú bien sabes, que es el mío, bueno, el nuestro.

Una temporada particular

Cintia Bolio

¿Contingencia ambiental? Molesta pero *normal*, décadas ha. Y entonces *hoy no circulas*, nos dijo el marzo mexicano, *ni mañana ni pasado*, mientras los marzos asiáticos y europeos se hallaban en la faena dolorosa. Maldito Covid19 y sus malditas cepas que siguen fastidiando este barrio nacional.

Febrero ya tenía a nuestra familia en otra crisis médica que al fin se estabilizó, por fortuna. Esto ha sido vivir una contingencia doble, cosa que quizá nos aligeró la *depre* por el aislamiento al cambiarla por preocupación y nos hizo duplicar precauciones, como espaciar la convivencia familiar. Snif.

Las y los monitos siguen, con el notorio protagonismo del coronavirus, que llegó para acompañar al otro, el machovirus, y es que las mujeres (otra vez) llevamos la peor parte en este momento histórico: se exagera la violencia en casa, hay más trabajo en casa y también hay una mayor carga de responsabilidades para las que trabajan en los servicios médicos. Todo *muy dibujable*. Me tocó modificar parte de mi *modus operandi moneril*, pues ya no voy a grabar la cápsula de *La Chamuca* que hago para *Chamuco TV* a Canal 22: adiós pantalla verde, hola autocaricatura con audios (horrorosos) que viajan vía *e-mail*.

La gente se disciplinó bastante en mi zona los primeros meses. Esperé y esperé a que el confinamiento por coronavirus se acabara. Pero llegó otoño y más o menos desde agosto se sale. “Al mal tiempo, buena cara con cubrebocas”, parece ser el lema con el ánimo entre

resignado y harto. A cambio del pequeño lapso de hermosas imágenes de cielos despejados y animales regresando a los espacios que les arrebató la humanidad, se acumulan ahora los reportes noticiosos de la enorme contaminación por residuos sanitarios... ¿qué? Ajá.

Fue lindo pensar brevemente que algo se aprendería como cuerpo social pero era una expectativa romántica, ¿no?, predomina la estupefacción pues no termina de acabarse esta pandemia acá, y que la hace de emoción y va por su segunda vuelta allá, mientras yo siento que no está regresando a los espacios públicos una nueva sociedad, la de los y las desconfiadas, ni los dejó nunca cierta parte de la sociedad —que es legión y no suele quejarse en las redes ni cantar el “*Cielito lindo*” en su balcón— porque alguien tenía que hacer el trabajo esencial.

Y entonces vivimos un caso de confinamiento parecido al dilema del gato en la caja (pero definitivamente no es el bicho lindo que te cura de tristeza y es estrella del Instagram). A seguir.

Como postdata, algunos “saldos” pandémicos hasta el momento:

Nueva “normalidad” (Le incluye vieja violencia vs. las mujeres, *but of course*).

Nueva polución en tierra y mar.

Aprendimos a lavarnos las manos cantando.

Aumento de violencia intrafamiliar y llamadas a los números de emergencia.

Primer viaje al extranjero de AMLO. A ver a Trump (horror) con todo y empresariado, y entonces sí se puso cubrebocas.

Primer plantón de madres y familias de víctimas de feminicidio en Palacio Nacional.

Protestas feministas en fiscalías del país por impunidad en feminicidios, y marcha en Puerto Vallarta por funcionario pederasta impune.

En septiembre, toma okupa de la CNDH y Antigrita feminista contra las violencias machistas y la violencia de estado (desaparición forzosa).

Anglicismo en tendencia: whitexican.

Religión evangélica recibe obsequio del INE con el nuevo registro chueco al PES.

Como no podía faltar, surrealismo: irrupción en el arte conceptual por parte de la ultraderecha: plantón/instalación de casas de campaña en el Centro Histórico.

Nuevos personajes para la pandemia: el Macho Virus y Justicia Patriarcal.

Ciudad de México, septiembre, 2020



Esta edición de *#TextosAislados*.
Crónicas de la pandemia®, fue
realizada por FB Libros® en la ciudad
de Caracas en el mes de mayo del año
dos mil veintiuno.
(Año uno de la pandemia).

